FRAY MOCHO



"LA FLOR DEL BOSQUE"
Por HARRISON FISHER

N.° 703

13.10.1925.

FOSFOROS



BONOS DE AHORRO

ABONADOS EN LIBRETAS DE AHORRO
DE LA CAJA NACIONAL DE AHORRO POSTAL

EN EL MES DE SEPTIEMBRE

2.784 BONOS

18.875 PESOS

EN LOS 10 MESES

13.494 BONOS

101.080 PESOS

UNA MARCHA SIEMPRE ASCENDENTE
SEÑALA EL COBRO DE NUESTROS
BONOS DE AHORRO POSTAL
POR LOS CONSUMIDORES !

Mes	Pesos	Bonos
DICIEMBRE	$ 1045	55 Bs.
ENERO	$ 3390	301 Bs.
FEBRERO	$ 4175	434 BONOS
MARZO	$ 7155	763 BONOS
ABRIL	$ 8960	1090 Bs.
MAYO	$ 11225	1449 BONOS
JUNIO	$ 12200	1662 BONOS
JULIO	$ 16715	2449 BONOS
AGOSTO	$ 17340	2507 BONOS
SETIEMBRE	$ 18875	2784 BONOS

CERTIFICASE
que los importes y cantidades de Bonos de Ahorro consignados en este diagrama corresponden a los presentados mensualmente a esta Caja para acreditar en libretas de ahorro.
Bs. Aires Septiembre 10 de 1925



Compañía General de Fósforos
LIMA, 239 BUENOS AIRES

FRAY MOCHO

Año XIV — Buenos Aires, 13 de octubre de 1925 — Núm. 703

COLUMPIO...

Por Eduardo Acevedo Díaz

—¡Más fuerte el envión, Oscar!—exclamaba Luisa, con una risa jadeante que dejaba ver entre sus labios hinchados y rojos, llenos de regocijo, unos dientes blancos y pulidos.—¡No temas..., colúmpiame mucho, que esto me deleita!

En el rostro de la niña se reflejaba como una llamarada de placer que hacía más atrayente y seductor su ceño juvenil retozante en la carne blanca y encendida, y más irresistible la expresión de sus verdosos y brillantes ojos ornados por largas pestañas obscuras, que contrastaban con el rubio dorado de sus guedejas amontonadas sobre la frente húmeda de sudor.

Sus pequeños pies, mal aprisionados por unos zapatos de cabritilla con hebillas de acero, que permitían admirar los contornos del tobillo y la pierna, se agitaban de atrás para adelante sacudiendo los pliegues del vestido nuevo, como los de una bandera virgen que el aura sacude por vez primera sobre el rostro de un soldado.

Oscar, que no tenía el corazón aguerrido, sentía como un hálito de fiebre, o un ambiente de noche de verano a cada columpio de la hamaca.

Firme sobre sus pies, encorvado el talle, tiesos sus brazos nervudos y bien ceñidas las manos a una de las cuerdas, ora imprimía a la hamaca un movimiento rápido, ora la detenía con miedo en mitad de su balanceo, temiendo se deslizara al suelo de golpe la frágil carga de aquellas trece primaveras.

—¡Deja que descanse! — dijo de pronto, soltando la maroma.

Y se enjugó la frente tembloroso.

Ella siguió riendo.

La hamaca continuó sus vaivenes, más suaves, más leves, en voluptuosa oscilación a manera de enorme péndulo; hasta que, echándose Luisa hacia un lado con abandono, recostó la cabeza en la cuerda, y mirando de reojo a su compañero de juegos, dijo con un aire de burla y de enfado:

—¡Flojo!...

Oscar sacudióse el cabello crespo, tomó aire con la boca de grana bien abierta y volvió callado a tomar la maroma.

La tarde avanzaba, llena de celajes; el sol se hundía agigantado por los velos del horizonte; la quinta estaba desierta; hoja alguna se movía en los árboles, y en el estanque del fondo, plano y sombrío como un vidrio turbio, el sapo dejaba oír su canto monótono, en dúo con el silbo del chingolo solitario.

II

—¡Más fuerte!—gritaba Luisa, con la greña caída sobre la mejilla de un rosa vivísimo, y el cuerpecillo de pequeña dama arrogante arqueado, al extremo de señalar todas sus formas encantadoras, desde la pequeña cintura, que abarcar pudieran las manos del mancebo, hasta el nacimiento del seno turgente.—¡Qué dulce mareo!... El aire, al entrárseme en la boca, parece tibio vapor!... ¡Más!

Oscar seguía forcejeando con denuedo, cambiando de mano a cada momento para conservar la viveza del esfuerzo; y, en tanto, el ruedo del vestido de Luisa, al agitarse oreaba sus sienes, esparciendo en derredor como un perfume de resedá que subía sutilmente al cerebro del doncel, ya fatigado y febril, lo mismo que un suave aroma venenoso.

Los luceros han de ser rubios, con luces azules en el medio...

Oscar sujetó la hamaca de golpe, y dijo en voz bajita:

—¡Mira!... Allí, en aquel hoyo de la pared, se ha entrado una "ratona", y ha de tener huevitos... ¿Por qué no te paras y miras? Yo te sostendré... Verás cómo no te haces daño alguno, porque yo te puedo...

—¡Hum!—repuso Luisa, con cierto tonillo de orgullo.—¡Ya peso!

Mas levantando sus lindos ojos al agujero del nido, se atrevió, e incorporóse para afirmar la planta en el asiento de la hamaca, que era red gruesa de anchas mallas hechas con fibras de pita.

EL PATRIARCA DE NUESTROS DEPORTISTAS



Doctor Carlos Delcasse, que no obstante haber cumplido recientemente 81 años de edad, demuestra poseer una resistencia física, que envidiarían muchos jóvenes para los deportes.

—¡Ahora te creo!—proseguía la niña entusiasmada.—¡Qué bien que me mueves!... Parece que me empujaras al cielo, porque aquella estrellita se me acerca, cada vez que vuelvo.

—Es el lucero—arguyó Oscar con su acento ronquillo, alzando los ojos todo trémulo.

—Ya lo sé—respuso Luisa volviendo el rostro con gesto picaresco.

Oscar, muy contento, con el cabello caído sobre la vista, lo mismo que un embrollado madejón de seda virgen, procuraba mantener tiesa la cuerda sin perder un solo movimiento de su pareja.

Luisa se balanceó un instante, agitando a todos lados su vestido, animada y sonriente, hasta que introdujo la mano en el hueco, empinándose mucho.

El mancebo la miraba inmóvil, con un brazo extendido, por si perdía el equilibrio, y el corazón palpitante.

Ella, ya empinada, notó recién que sus blancas ropas esponjadas ofrecían demasiada recreación a su compañero; e inclinándose hacia él, con una gracia mezclada de dulce pudor, las oprimió con su manecita, y antes de reincorporarse, tomó con reproche cariñoso un bucle de Oscar, sacudiéndoselo de uno a otro lado.

Oscar dejó hacer, lleno de humildad, y dijo con una voz muy suave:

—No seas mala, Luisa... ¿Qué te hago yo?

Movió la niña la cabeza, callada, y volvió a inclinarse sacando la mano del hoyo para tomar de nuevo la cabellera de Oscar.

Pero esta vez se la meció con ternura, preguntando llena de repentina tristeza:

—¿Te hice daño?

—¡Quiá, prima!—exclamó Oscar estremecido.—Ni el roce siquiera...

Estúvose ella quieta y silenciosa.

De repente, la hamaca dió un columpio.

El pie perdió su firmeza, cayendo a plomo el cuerpo, Oscar cayó de rodillas y Luisa sobre él, temblando, como un ave que se desploma a tropiezos con las ramas, de lo alto de la copa.

—No es nada—murmuró Oscar.

Y moviendo a uno y otro lado la cabeza, como quien está por atreverse, unió al de Luisa su rostro, oprimióle la mejilla, miróla de frente, demudado, sudoroso; y tal vez sin quererlo, dióla un beso en los labios, seco y ruidoso como un chasquido.

—¿Tú me quieres?—preguntó Oscar.

—Sí—respondió Luisa, aturdida.—¡Sí, que te quiero!...

Y le acercó a su vez la boca, hecha ascua, con un mohín de casta ternura.

Así estuvieron algunos instantes, muy juntos los dos, cual si el aroma sensual de las madreselvas los hubiese embriagado hasta el vértigo.

Luego, él apartó las manos de donde las tenía puestas, muy grave; y ella se levantó con lentitud y dignidad, acaso asombrada de lo que acababa de pasar y de lo que había dicho.

Y mirándose los dos con cierta extrañeza, comenzaban a alejarse, mudos, de los árboles frondosos, cuando apareció en el viñedo próximo la abuela vigilante.

—¿Qué estás haciendo, Oscar?—gritó la anciana, mirando muy seria por encima de las gafas.

El mancebo se encendió hasta las orejas, respondiendo un poco turbado, mientras se iba a saltos menudos:

—¡Nada, abuela!... Luisa quería que la hamacase, y al fin cayó de boca... Pero no se hizo daño.

—Sí... ¡Mira el camastrón!—dijo la niña, sacudiéndose el vestido y aplanándolo con las manos.

Y fué hacia la abuela, muy ruborizada, con la vista incierta, como si temiese encontrarse con sus dobles ojos; deteniéndose, a cada paso, delante de las plantas para arrancarles alguna hoja, o en presencia de algún insecto para darle una manotada insegura.

—¿Qué te hizo?—inquirió la abuela.

—¡Oh, nada abuelita! Es que él quería que yo cogiese las "ratonas" y caí sin pensarlo...

Calló la anciana, y cruzóse de brazos para mirar a Oscar que se alejaba silbando, rumbo a la glorieta

III

Años después, los primos volvieron a verse.

Ella era casada, y estaba muy hermosa.

El era libre como un pájaro, pero lo habían puesto marchito los rudos contrastes de la lucha por la vida.

Fué en un paseo.

El landó estaba parado en la plazoleta, y Luisa, brillante y seductora, había reunido a su alrededor otras bellezas y atraídose las miradas de los hombres.

Oscar pasó con las manos en los bolsillos de su pantalón de guardamarina, el semblante pálido, el bigotillo chamuscado por la brasa del cigarro, la gorra de pastel sobre la oreja, y esas huellas que en el rostro graba una juventud turbulenta.

No quiso ella verlo, aunque él pasó cerca, dispuesto a llevarse la mano a la gorra; y apoyándose en el hombro de su esposo, que estaba muy formal y soberbio a su lado, con el gesto altivo de quien es dueño de un tesoro envidiable, siguió en sus risas y parloteos con las amigas, circuída de esa atmósfera de consideración que se forman en su médium las hermosuras resaltantes y las virtudes inequívocas.

Oscar siguió su camino, pero a cierto trecho se detuvo; y volviendo la cabeza, miró primero con un ceño raro al marido y luego a ella por detrás, con un aire filosófico, murmurando:

—¡No se acuerda!...

Encogióse de hombros, y prosiguió su marcha, arrojando por boca y narices una gran espiral de humo, que él miró al lanzarla, cual si se hubiera complacido en hallarla semejante a los vaporosos ideales de la inocencia.

Los problemas del polo

¿Tiene la tierra forma piramidal?

Los sondeos hechos por Amundsen durante su última tentativa han confirmado definitivamente que la cuenca polar ártica está ocupada por un vasto océano de una profundidad de cerca de 4.000 metros.

Así se encuentra establecido una vez más el contraste que existe entre los dos polos. El polo Sur es, en efecto, ocupado, contrariamente al polo Norte, por un vasto continente en relieve, o sea la Antártica, cuya altitud media es considerable y cuya extensión sobrepasa la de Europa.

Esta oposición, esta desemejanza diametral no existe solamente para los dos polos. Tiene un carácter casi general y parece aplicarse a las regiones más variadas del globo.

Aunque con ciertas restricciones, existe esta misma oposición antipódica entre mares y continentes, entre depresiones y cumbres. El profesor Alfonso Berget ha demostrado, por ejemplo, que se puede dividir el globo terrestre, por un gran círculo convenientemente escogido, en dos hemisferios, un hemisferio continental, que contiene casi todas las tierras y un hemisferio oceánico, que encierra una superficie de mares nueve veces más grande que la de las tierras de ellos emergidas.

Según cálculos de M. Perget, el polo del hemisferio continental coincide con la pequeña isla de Dumet, situada en las aguas francesas, cerca de la desembocadura de Vilaine.

Esto hace más actual y más seductora que nunca la concepción emitida hace poco por Lowthian Green, según la cual la superficie terrestre afecta la forma no de una esfera, sino de una pirámide regular de cuatro vértices, o, lo que es lo mismo, de un tetraedro regular.

Green había observado que cuando se comprime exteriormente y simétricamente unos tubos de caucho, asumen una forma de sección triangular de lados cóncavos. De modo parecido, cuando se hace el vacío en un balón esférico de caucho, la cubierta pierde su forma esférica y adquiere una forma vagamente piramidal con cuatro cuencos producidos por la sobrepresión exterior.

La razón del fenómeno es geométricamente muy simple. Supongamos que una superficie esférica asume exactamente los contornos de la substancia que contiene. La superficie esférica obligada a conservar su extensión primitiva tenderá a moldearse sobre ella.

La geometría elemental nos enseña que la figura que, para una superficie exterior dada, corresponde al volumen mínimo es la pirámide regular de cuatro caras triangulares, es decir, el tetraedro regular. En su consecuencia, a medida que el núcleo interno del globo se enfría y se contrae, su superficie exterior, obligada a reposar siempre sobre el núcleo interno, debe tender vagamente a la forma de un tetraedro regular, perdiendo la esferoidal.

Tal es la teoría tetraédrica de la tierra. Ella explica por qué tres grandes continentes, Africa, Asia, América, convergiendo hacia el polo Sur están separados por tres océanos; por qué el polo Sur, que es una elevación, corresponde a la depresión oceánica del polo Norte; por qué, de una manera general, a los fondos oceánicos corresponden elevaciones continentales, del mismo modo que en el punto opuesto de las superficies del tetraedro se encuentran los continentes.

Esta teoría explica muchas otras cosas aún, especialmente la notable frecuencia de los volcanes y de los fenómenos sísmicos a lo largo de las zonas que corresponden a las grandes aristas de dislocación de la corteza terrestre.

Importaba señalar aquí esta audaz y fecunda concepción teórica, a la cual los recientes sondeos de Amundsen acaban de prestar una fuerza extraordinaria.

Desde luego, esta teoría, como todas las teorías, no está plenamente confirmada, y más bien ha perdido algún terreno de algunos años a esta parte, a consecuencia, sobre todo, de la famosa hipótesis de los continentes flotando a la deriva, ideada, o cuando menos perfeccionada y divulgada, por Wegener, y en seguida adoptada sin discusión por un número no pequeño de cultivadores de la ciencia, de esos que creen que la sabiduría consiste en adherirse a toda nueva teoría en cuanto haya sido proclamada fuera de su patria y ofrezca un aspecto raro y desusado. Los hechos, sin embargo, examinados fríamente parecen estar más de parte de la teoría del tetraedro terrestre que de la teoría de Wegener, y sin duda alguna las observaciones de los exploradores y viajeros científicos han de ser en estos casos de más fuerza que todas las eruditas deducciones de laboratorio. Esa es, precisamente, una de las utilidades que a la humanidad reportan tales expediciones: la de descubrirnos poco a poco, no sólo las particularidades de la superficie terrestre, sino también los fenómenos evolutivos de nuestro globo.

EL HOMBRE MUERTO

Por Leopoldo Lugones

La aldeita donde nos detuvimos con nuestros carros, después de efectuar por largo tiempo una mensura en el despoblado, contaba con un loco singular, cuya demencia consistía en creerse muerto.

Había llegado allí varios meses atrás, sin querer referir su procedencia y pidiendo con encarecimiento desesperado que le consideraran difunto.

Demás está decir que nadie pudo deferir a su deseo; por más que muchos, ante su desesperación, simularan creerle. El loco advertía instantáneamente la falsedad, y aquello no hacía sino multiplicar sus padecimientos.

No dejó de presentarse ante nosotros, tan pronto como hubimos llegado, para implorarnos con una desolada resignación, que positivamente daba lástima, la imposible creencia. Así lo hacía con los viajeros que, de tarde en tarde, pasaban por el lugarejo.

Era un tipo extraordinariamente flaco, de barba amarillosa, envuelto en andrajos, un demente cualquiera; pero el agrimensor resultó afecto al alienismo, y no desperdició la ocasión de interrogar al curioso personaje. Este se dió cuenta, acto continuo, de lo que mi amigo se proponía, y abrevió preámbulos con una nitidez de expresión, por todos conceptos discorde con su catadura.

—Pero yo no soy loco—dijo con una notable calma, que mal velaba, no obstante, su doloroso pesimismo. —Yo no soy loco, y estoy muerto, efectivamente, hace treinta años. Claro. ¿Para qué me morí?

Mi amigo me guiñó disimuladamente. Aquello prometía.

—Soy nativo de tal punto, me llamo Fulato de Tal, tengo familia allá...

(Por mi parte, callo estas referencias, pues no quiero molestar a personas vivientes y próximas).

—Padecía de desmayos, "tan semejantes a la muerte", que después de alarmar hasta el espanto, concluyeron por infundir a todos la convicción de que yo no moriría de eso. Unos doctores lo certificaron con toda su ciencia. Parece que tenía la solitaria.

Cierta vez, sin embargo, en uno de esos desmayos, me quedé. Y aquí empieza la historia de mi tormento; de mi locura...

La incredulidad unánime de todos, respecto a mi muerte, no me dejaba morir. Ante la naturaleza, yo estaba y estoy muerto. Mas para que esto sea "humanamente" efectivo, necesito una voluntad que difiera. Una sola.

Volví de mi desmayo por hábito material de volver; pero "yo", como ser pensante, "yo", como entidad, no existo. Y no hay lengua humana que alcance a describir esta tortura. La sed de la nada es una cosa horrible.

Decía aquello sencillamente, con un acento tal de verdad, que daba miedo.

—¡La sed de la nada! Y lo peor es que no puedo dormir. ¡Treinta años despierto! ¡Treinta años en eterna presencia ante las cosas y ante mi no ser!

En la aldea habían concluído por saber aquello de memoria. Pasaron a ser vulgares sus reiteradas tentativas para obligarlos a creer en su muerte. Tenía la costumbre de dormir entre cuatro velas. Pasaba largas horas inmóvil en medio del campo, con la cara cubierta de tierra.

Tales narraciones nos interesaron en extremo; mas cuando nos disponíamos a metodizar nuestra observación, sobrevino un desenlace inesperado.

Dos peones que debían alcanzarnos en aquel punto, arribaron la noche del tercer día con varias mulas rezagadas.

No los sentimos llegar, dormidos como estábamos, cuando de pronto nos despertaron sus gritos.

He aquí lo que había sucedido:

El loco dormía en la cocina de nuestro albergue, o aparentaba dormir entre sus velas habituales—la única limosna que nos había aceptado.

No mediaban dos metros entre la puerta donde se detuvieron cohibidos por aquel espectáculo, y el simulador. Una manta le cubría hasta el pecho. Sus pies aparecían por el otro extremo.

—¡Un muerto!—balbucearon casi en un tiempo. Habían "creído" en la realidad.

Oyeron algo parecido al soplomate de un odre que se desinfla. La manta se aplastó como si nada hubiera debajo, al paso que las partes visibles—cabeza y pies—trocáronse bruscamente en esqueleto.

El grito que lanzaron púsonos en dos saltos ante el jergón.

Tiramos de la manta con un erizamiento mortal.

Allá, entre los harapos, reposaban sin el más mínimo rastro de humedad, sin la más mínima partícula de carne, huesos viejísimos a los cuales adhería un pellejo reseco.

FUGA

Al doctor Roberto A. Beretervide

El grito del cisne que anuncia la aurora
y el ansia de sueños que a veces me afiebra,
mézclanse a tu fácil risa turbadora
que es, por su registro, cristal que se quiebra.

Risa deliciosa, diáfana y ligera,
que, como el allegro de una sinfonía,
bajo el sol dorado de esta primavera,
tornará en locura mi melancolía.

Fresco chorro de agua que en rocío estalla
al caer de lo alto dentro de la fuente
de un jardín en donde la juventud halla
sus fugacidades en la onda bullente.

Yo por ella vivo floreciendo en una
casi interminable sucesión de goces:
por ella me encantan los claros de luna
y tiene el silencio recónditas voces.

Fluidez de tu risa que el eco despierta
de un idilio antiguo que el recuerdo glosa:
rosal que perfuma la ventana abierta;
balada que sueña con ser mariposa.

Caricia furtiva, mensaje anhelante
de quién ha nacido con alma de artista:
poema dichoso de un músico errante;
metálico juego de un malabarista.

Así elogio, novia, la vibración pura
de tu risa virgen que me pone inquieto,
toda vez que efluvia la suave ternura
del labio que oculta quizás un secreto.

Ríe, ríe, amada, de la suerte loca;
ríe, ríe siempre: haz de la alegría,
la gloria del beso de tu linda boca
y el epitalamio de mi fantasía.

Ríe, ríe siempre, ya que eres hermosa,
lo mismo en la urbe que allá en la campiña,
luciendo tu egregio peinador de rosa,
triunfal y ondulante, que te hace tan niña!

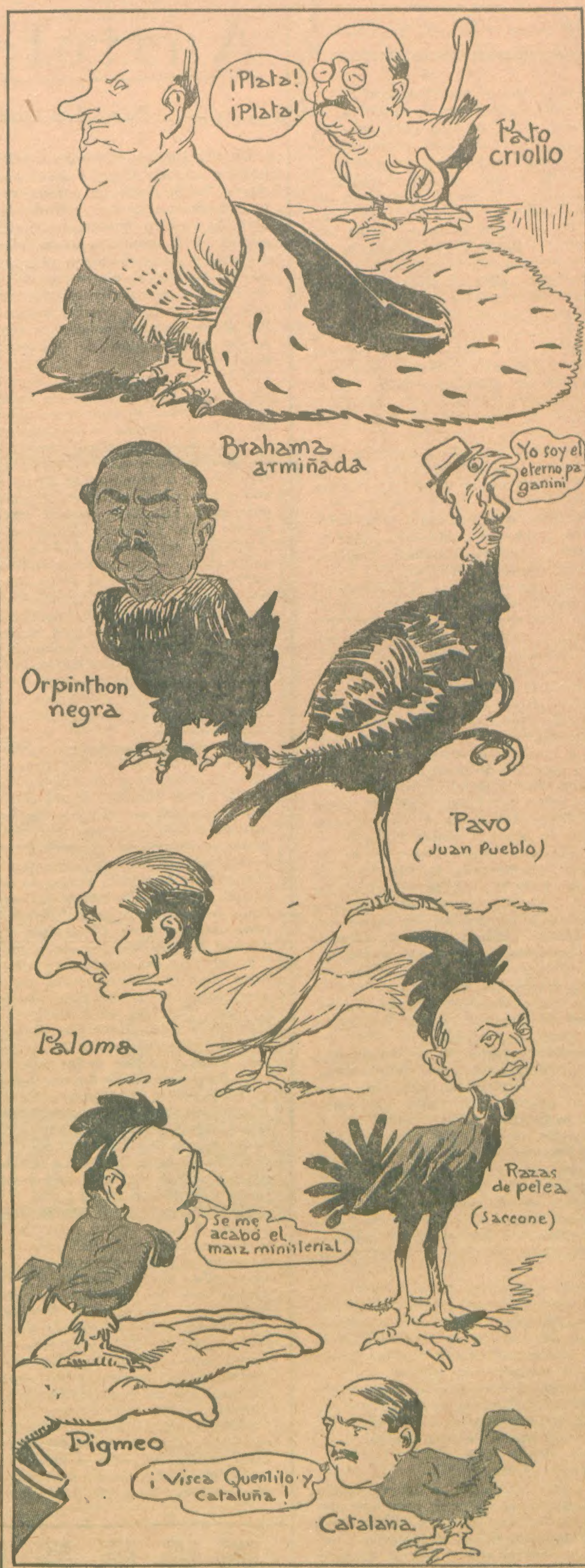
Y alza hasta los dioses himno de belleza
y al son de las flautas y címbalos, danza:
que a tus pies se rinda la Naturaleza
y le crezca un ala de oro a la Esperanza!

Sí, mujer: y muestra, en curvas y en giros,
tus plásticas formas intactas al mundo:
reina de los hondos y dulces suspiros,
del éxtasis breve y el canto errabundo...

Santos Aguilera

De la reciente exposición de avicultura

Por ROJAS



¿Por qué se mató Martín?

Un cuento de Otto Miguel Cione

—¿Por qué se mató Martín?

Un día apareció en la casa rica, un pobre hombre, de tipo indio genuino, no muy alto de estatura, picado de viruelas, con cuatro pelos mongólicos en lugar de bigote, cabello renegrido e indomable a la acción combinada del peine, cepillo, rasqueta, cosméticos, aceites, vinagres, potasa y ácido sulfúrico. Al haber nacido perro, se hubiera dicho de él, que era "más compadre que cuzco al trote" y a ser caballo, que era "peor que el petiso bichoco de los mandados".

Casi tartamudo y con voz de niña resfriada para hablar, algo coqueto en la indumentaria, amigo de corbatas, con un chambergo color ceniza en la cabeza, calzaba botas amarillas debajo del pantalón cortado a la francesa.

¿De dónde venía? ¡Quién sabe dónde nacen esos bichos raros que encuentra uno en la vida! ¿Qué sabía hacer?

De todo: cochero, carpintero, lavaplatos, trenzador, encerador, pintor de paredes, cocinero, panadero, tuzador, mandadero, domador, etc.

Pero: ¡los platos que él lavaba!, ¡el piso que él enceraba!, ¡el guiso que él hacía!, ¡la compostura de mueble que llegaba a realizar!, ¡el mandado que él cumplía! ¡Oh! Todo lo hacía mal.

Un defecto: mas rezongador que zángano de colmena.

Una virtud: bueno como un santo.

Un tic: coleccionista de cuanta cosa inútil encontraba en su camino, desde un alambre o varilla de paraguas hasta una lata de sardinas o el gollete de una botella de champagne.

No sabía leer y para hacer una cruz necesitaba dos horas de ensayo, una resma de papel y cuatro lápices.

Tenía una manía inocente: la de limpiar los bronces. En esa tarea se llevaba toda la mañana. ¡Pero así los dejaba! Su distracción: decir piropos a todas las sirvientas del barrio con un gesto relamido, y con un ademán de seminarista por demás casto, en esta forma:—Adiós María, adiós Petrona, adiós Jacinta.

Un vicio capital: la caña, ya en forma de guindado, o con durazno, o con guaco o con ruda.

Cuando ingresó en la servidumbre de la casa, hará unos veinte años, lo hizo en carácter de jardinero; pero desde que arrancó todos los yuyos que vegetaban en el jardín, se le quitó ese empleo. ¡Los yuyos para él eran los rosales! Se le pasó a la caballeriza, pero un día le ganó de mano o mejor dicho de pie, a uno de los caballos que de amagó una coz, y le dió una patada con una de sus botas amarillas, tan fuerte, que el bucéfalo quedó inválido para el resto de su vida.

Se le pasó a la cocina. Allí, con la más santa intención del mundo, destruyó en menos de un mes, un entero juego de loza. Se le nombró barrendero de los patios con terminante orden de no barrer las piezas.

Estrelló contra el suelo, inocentemente, un elegante acuario que con sus peces colorados adornaba el "hall".

Por último se le dijo que se fuera, que no hacía falta.

¿Irse? ¿Adónde?

Su cara de cacique en desgracia hizo unas muecas que parecían propias de un tony de circo, y que en él eran manifestación de inmenso dolor y fué a hablar con el patrón. El sería bueno, llevaría a los niños al colegio, les serviría de caballo, les tiraría del carrito, y para complemento de todos los terribles compromisos que adquiría así de golpe, sin titubear, prometió limpiar los bronces de la puerta de calle, nada más, todas las mañanas.

Se quedó. Y así durante veinte años, siempre bueno, pero rezongador, siempre casto aunque enamorado, siempre inapetente pero ebrio consuetudinario.

Aquella familia era la suya, así como él, que hasta que llegó a conocerla había sido ajeno o de todos, ahora le pertenecía en cuerpo y alma.

Un buen día, el doctor, su patrón, resolvió hacer un viaje a Europa con toda la familia.

Una de las niñas, ya señorita, le preguntó si quería ir a Europa.

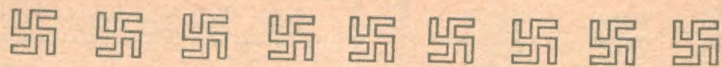
—¿Con ustedes? ¡Bueno!

Y se fué a su cuartujo, ató el colchón con las frazadas, se detuvo emocionado a contemplar sus colecciones de bastones rotos, jaulas deshechas, latas vacías, frascos de colores, figuras de caja de fósforos y otros notables objetos, y se dispuso a abandonarlo todo, hasta una cotorra que había enseñado a hablar en correntino, como decía él.

Pero su decepción fué inmensa cuando supo que en el buque no había sitio para él, ni siquiera en carácter de limpiador de bronces. El patrón le pidió que se quedara a cuidar la casa de la ciudad hasta que ellos volvieran.

Pero, una vez que se vió solo en aquel inmenso caserón, una vez que no tuvo quien le respondiera ni a quien rezongar, una vez que fué dueño de todos sus actos sin que nadie le fiscalizara sus salidas y entradas, una vez que pudo emborracharse a su gusto, dormir, pasear, comer, tomar mate, una vez que no oyó más los retos de la patrona, ni las bromas de las niñas, ni las "judiadas" de los muchachos de la casa, ni sintió el peso de la mirada del patrón cuando le notaba algo más que pasado de la bebida, una vez que se vió solo en medio de sus artísticas colecciones y se le murió de tristeza la cotorra correntina, comprendió que volvía a los principios de sus existencia, a ser ajeno, de cualquiera, que le faltaba la guía, el hilo conductor de sus actos y presa de cruento dolor, fuese a la dársena, al mismo sitio donde se habían embarcado sus amos y se dejó caer al agua para no volver a aparecer vivo en la superficie.

¡Así se mató Martín!



Anatole France

Por Lorenzo Sitano

Un año hace que "la que corta los saltos a los más fieros leones", como dijera Rubén Darío, la muerte, esa vagabunda inexorable, cortara las alas al mago de las letras, al noble anciano, a la más alta personalidad literaria y social del siglo, al genio irónico y sutil, al glorioso príncipe de los escépticos, Anatole France, cuya vida serena y apacible deslizábase dulce y armoniosamente en apoteosis perenne, plena de inmortalidad.

Sobre los espíritus pesó una angustia trágica. El divino maestro había dejado de existir después de una agonía heroica, sublime y maravillosa. Y el mundo entero honró como correspondía al insigne pensador, al forjador de la literatura de ideas, al más genuino representante del genio galo, cuya existencia venerable y venerada sigue y seguirá difundiendo a raudales, en todos los ámbitos del universo, la excelsa luz de su ingenio imponderable, la bondad de su alma generosa y noble, fuerte y soberbia, sedienta de ideal, abierta a todos los vientos, que supo llenarla, en su ansia de azul, de amor, de armonía y de belleza, con todas las santas emociones del corazón humano y las más altas concepciones, elevándola por cima de los sordos rumores del agitado vivir.

Puro, florido, transparente y cristalino, el estilo de Anatole France, lleno de simetría y de belleza, de sencillez y de claridad, de esa claridad y sencillez que él tanto amaba, encanta, deleita y subyuga. Para expresar su pensamiento y sentimiento, había adoptado diversas formas, particularmente la novela, aunque no ha dejado, en realidad, ninguna que merezca tal nombre. Era un omnipotente destructor de fanatismos, de dogmas, de prejuicios, de ambiciones y de intereses encontrados. Su admirable espíritu irónico sabía jugar graciosamente con las ideas. Sabía reír con Rabelais, se burlaba con Voltaire y sabía dudar con Renán. Castigaba riendo. France ha conseguido hacerse admirar de los letrados como de las masas, de los selectos y de los sencillos. La intolerancia lo exasperaba. Contra ella combatió tenazmente. Hombre del futuro, que va a caza de una esperanza, en pos de ideales altos, miraba hacia el porvenir y soñaba con una humanidad purgada de maldades y de vicios. No perdonó nunca una injusticia, una mentira, y luchó contra los errores y convencionalismos. Por eso, fué inexorable con los potentados y los favorecidos por la fortuna, siendo piadoso con los pequeños, con los humildes. En las agitadas jornadas del "affaire" Dreyfus, France se colocó al lado de Zola y al lado de Jaurès, descendiendo a la arena, alistándose en las filas del pueblo, para defender con calor la verdad y la justicia.

Múltiple, vasta y varia, la obra del valiente escritor no es posible abarcarla en los estrechos y reducidos límites de un artículo. No intentemos siquiera bosquejarla. No hablaremos pues, de sus producciones más brillantes y más intensas, fundidas en el crisol de su corazón inmenso, en el inagotable tesoro de su sinceridad ejemplar, buscando siempre la perenne, la única, la suprema perfección: la bondad. No hemos de referirnos a su novela, la más sentida y la más humana, "Los dioses tienen sed", cuya trama gira alrededor del más estupendo acontecimiento del siglo XVIII, la gran revolución francesa, singularmente la época del terror, es decir, el año 93, que France describe abandonando las vulgaridades, con palabras desprovistas de todo ropaje vistoso y deslumbrante, sin disfrazar, ni levemente siquiera, la rotundidad de su pensamiento, cuyos personajes están trazados con caracteres firmes, desde Marat, el "Amigo del Pueblo", hasta los generales de la República de "cráneo de buey y de cerebro de pájaro". Tampoco hablaremos de la "Isla de los Pingüinos", del sutil e incomparable escepticismo del maestro, que se exhibe claramente en frases radiantes de verismo, pletóricas de verdad y de justicia.

No nos vamos a ocupar de su señor "Bergeret en París", la bella figura del ínclito y humilde Luciano Bergeret, en quien muchos han querido ver al propio France, que platica sobre la justicia social, en una sociedad de codiciosos, de pillos y de truhanes, ansiosa de ganancias y ávida de placeres, ni a todas las profundas reflexiones filosóficas, políticas y sentimentales, ni a las enseñanzas fecundas y admirables que encierra el libro en todas sus páginas.

Y la "amable y riente desolación", que ama entrañablemente en los libros, en su "Jardín de Epicuro", con sus disertaciones eruditas y profundas sobre todas las cosas que puedan preocupar a los hombres de nuestros tiempos, tampoco será motivo del comentario nuestro.

"Amo a la humanidad. Sí, la desearía buena, feliz y mi ironía no es muchas veces más que la expresión aguda de mi dolor, de mi ternura", nos ha dicho Anatole France. Y él, bondadoso por excelencia, forjador impecable de grandes ideales, espíritu cumbre, pleno de luz y de amor, ha preferido la austera soledad del buen Hermano de Asís al halago de todas las torpezas y estupideces del mundo materialista y egoísta. Su silencioso afecto por los dolientes, por los vencidos, por los humildes, por los desheredados y por los tristes, le ha hecho comprender y sentir con intensidad sus angustias, sus ansias, sus inquietudes, sus alegrías y sus amarguras.

Recordemos al vigoroso hacedor, al alma helénica que arde en el culto del ideal excelso y grande, al dulce maestro de serenidad y de virtud, al respetable pesimista porque es de un hondo y humano optimismo, a la figura más sobresaliente de la literatura de ideas, Anatole France, gloria de su patria y honra de la humanidad, cuyo espíritu sublime vivirá eternamente.



El primer aviso publicado en un periódico

El primer anuncio en una revista se publicó en el "Mercurius Politicus", en 1562, cincuenta años después de la creación del "Mercure François", anuncio que estaba redactado de la manera siguiente: "Frenodia gratulatoria", poema heroico dedicado al regreso del lord general, cantando sus victorias elocuentemente. De venta en casa de John Halden, la nueva Bourse, Londres, imprenta de New Court, 1652."

Este anuncio se refiere a un panegírico de Cronwell, siendo uno de los editores que primeramente usaron esta forma de publicidad. También en 1659 un periódico inserta el anuncio de una obra del gran Milton: "Consideraciones para evitar en la Iglesia las simonías, autor, J. M."

Desde esta época data la costumbre y el procedimiento del anuncio para encontrar los objetos perdidos, los sirvientes, los perros, compra y venta de caballos, etc.



Los cuentos de aparecidos

Fantasmas y fenómenos. La imaginación y la ciencia.

El misterio, lo sobrenatural y lo fantástico han preocupado siempre el espíritu humano. Bajo la forma de superstición en los espíritus primitivos, o de fenómenos psíquicos (sugestión, alucinación, telepatía, espiritismo) en las mentes ilustradas, los cuentos de aparecidos o de revelaciones sobrenaturales han ido eslabonándose a través del tiempo y constituyen una literatura novelesca o documentaria extraordinariamente sugestiva y atrayente, a la que nunca le ha faltado el favor del público, adorador invariable del misterio ansioso de las revelaciones de lo desconocido.

Una síntesis de los más interesantes cuentos fantásticos o de los más notables casos de manifestaciones excepcionales, subyuga siempre la atención del público y constituye una lectura a la vez que emocionante, llena de atractivos.

Los fantasmas del bandido

Alejandro Dumas ha escrito un encantador libro de cuentos fantásticos, entre los cuales se destaca aquel del magistrado inglés que se desmejoraba de día en día, sin ninguna causa aparente de desarreglo en su salud, al influjo de terrible melancolía, y que, habiéndole instado su médico a que le declarara como amigo su enfermedad, le dijo con triste sonrisa:

—Pues bien, sí, estoy enfermo y mi enfermedad, querido doctor, es tanto más incurable cuanto que existe entera en mi imaginación.

—¿Cómo en vuestra imaginación?

—Sí; me vuelvo loco.

—¡Os volvéis loco! ¿y por qué? Vamos a ver. Tenéis la mirada lúcida, la voz tranquila—le tomó la mano,—¡el pulso excelente!

—He aquí precisamente lo que agrava mi estado, querido doctor; el verlo y juzgarlo.

—Pero en fin ¿en qué consiste vuestra locura?

—Cerrad la puerta para que nadie vuelva a interrumpirnos, doctor; voy a decíroslo.

El doctor cerró la puerta y fué a sentarse junto a su amigo.

—¿Recordáis—le dijo el magistrado—la última causa criminal en que intervine?

—Sí; la de cierto bandido escocés a quien vos condenasteis a ser ahorcado y lo fué.

—Precisamente. Al día siguiente de la ejecución presentóse el verdugo en mi casa pidiéndome humildemente perdón por su visita, y motivada por haber creído de su deber advertirme que el bandido había muerto pronunciando una especie de conjuro contra mí y diciendo que al día siguiente a las seis, hora en que había sido ejecutado, recibiría yo noticias suyas.

El magistrado siguió entonces contando al doctor cómo, temiendo alguna sorpresa de los compañeros del bandido, alguna sorpresa a mano armada, se encerró en su escritorio con un par de pistolas sobre la mesa, a la espera de la hora señalada. A las seis oyó un maullido y vió en la pieza un enorme gato negro y rojo fuego. Llamó al criado para que sacase el gato; lo buscaron inútilmente; había desaparecido. Al otro día, a las seis se repitió la aparición y durante treinta días el gato negro y color de fuego hizo su aparición a las seis.

Al día siguiente el gato no apareció; el magistrado no pudo dormir de alegría, creyendo haberse librado de la aparición fantástica, que tal era pues, sólo él la veía, donde su criado no sospechaba tal gato.

Excusado es decir que la víctima esperó con intensísima ansiedad la llegada de la hora fatal al siguiente día de la ausencia del fantasma a ver si ella era definitiva. Al sexto golpe del reloj se abrió la puerta y apareció un alguacil del tribunal, vestido como si estuviera al servicio del lord teniente de Escocia. El magistrado creyó al pronto que el lord le enviaba algún mensaje y tendió la mano hacia el desconocido; pero éste sin reparar en el gesto, fué a pararse detrás del sillón que aquel ocupaba.

Entró el criado y no lo vió. Se acostó el juez y el fantasma se acomodó en un sillón como para pasar la noche. Al amanacer se desvaneció.

Esta aparición se repitió durante treinta días. Una de esas noches el magistrado tuvo que concurrir a una recepción. El fantasma apareció a las seis, no obstante estar la puerta con cerrojo y, muy solícito, ayudó al criado a vestir a su señor con el traje de ceremonia sin que el criado se diera cuenta de la presencia de su extraño ayudante.

Llegada la hora de salir, el alguacil se adelantó, deslizóse por la cerrada puerta del aposento, bajó la escalera, mantúvose con el sombrero debajo del brazo mientras John, el sirviente, abría la portezuela del carruaje, y cuando John la hubo cerrado y hubo tomado su sitio en la trasera del coche, subió él al asiento del cochero que se hizo a un lado para dejarle sitio.

Una vez llegado al palacio donde se daba la recepción, el fantasma echó pie a tierra y pasando por entre los criados que llenaban el vestíbulo, esperó a que el juez le siguiera.

Este se decidió entonces a interrogar al cochero:

—Patrick—le dijo.—¿Quién era ese que estaba a tu lado?

—¿A mi lado, señor?

—Sí; el hombre que estaba sentado en tu mismo asiento.

Patrick miró a su señor con un asombro que le hizo comprender que estaba diciendo una locura.

El pobre caballero renunció a explicaciones y entró al palacio. El fantasma entró en el salón precediéndolo, como para anunciarlo, y luego fué a ocupar su puesto en la antesala sin que nadie pareciera darse cuenta de su presencia, y cuando el magistrado creyó del caso retirarse, salió precediéndolo, como lo hiciera a la llegada, subió al pescante, entró con él en la casa y una vez que su víctima hubo ocupado el lecho sentóse en el sillón donde había pasado la noche anterior. Al amanecer desapareció.

Esta visión duró un mes.

Cumplido este tiempo faltó un día a la cita acostumbrada.

Al siguiente día, al dar el reloj la última campanada de las seis, el magistrado oyó un ligero roce en las cortinas de la cama, y entre el lecho y la pared vió un esqueleto, que, con sus ojos vacíos lo seguía en todos sus movimientos. Esa noche el pobre hombre no tuvo valor para acostarse, pero a la noche siguiente, haciendo un esfuerzo de voluntad, se acostó. La cabeza se inclinó entonces sobre él y los ojos vacíos no dejaron de mirarlo ni un solo instante hasta que al amanecer desapareció.

Fué entonces cuando el médico amigo después de oír el relato de estos episodios de la enfermedad se propuso curarlo, suponiendo una alucinación fantástica y quedaron concertados para empezar al siguiente día el tratamiento.

Al día siguiente, a las siete de la mañana, el doctor entró en el aposento de su amigo.

—¿Qué hay?—le preguntó.—¿Y el esqueleto?

—Acaba de desaparecer—respondió éste con voz débil.

—Pues señor, vamos a arreglarnos de manera que esta tarde no vuelva.

—Haced lo que gustéis.

—¿Por lo pronto, decís que entra a la postrer campanada de las seis?

—Sin falta.

—Comencemos por parar el péndulo.

Y fijó el volante.

—¿Qué queréis hacer?

—Quiero quitaros la facultad de medir el tiempo.

—Bueno.

—Y ahora vamos a estarnos con las ventanas y los postigos cerrados, a obscuras.

—¿Por qué?

—Siempre con el mismo objeto, a fin de que no podáis daros cuenta del curso del día. Cerraron los postigos y encendieron luces.

—Tenednos dispuestos un desayuno y una comida, John—dijo el doctor;—no queremos ser servidos a horas fijas, sino cuando yo llame.

—Ya lo oís, John—dijo el enfermo.

—Sí, señor.

—Y ahora dadnos naipes, dados, dominós y dejadnos.

John trajo los objetos pedidos y se retiró.

El doctor empezó a distraer al enfermo lo mejor que pudo, hablando, jugando con él; después cuando sintió apetito, llamó.

John, que sabía por qué le llamaba, trajo el desayuno.

Después del desayuno empezó la partida, y fué interrumpida por un nuevo campanillazo del doctor.

John entró con la comida.

Comieron, bebieron, tomaron café y se pusieron a jugar de nuevo. Pasado así, entre dos personas solas, el día parece largo. El doctor creyó haber medido el tiempo con su imaginación, y parecióle que debía haber ya transcurrido la hora fatal.

—¡Bueno! — dijo levantándose, — ¡victoria!

—¿Cómo victoria?—preguntó el enfermo.

—Sin duda, serán ya las ocho o las nueve y el esqueleto no ha venido.

—Mirad vuestro reloj, doctor, puesto que es el único de la casa que no está parado, y, si ha pasado la hora, me comprometo como vos a cantar victoria.

El doctor miró su reloj, pero nada dijo.

—Os habéis engañado, ¿no es verdad, doctor?—dijo el enfermo: — son las seis en punto.

—Sí, ¿y qué?

—Que ya está aquí el esqueleto.

Y el enfermo se hizo hacia atrás y dió un profundo suspiro.

El doctor miró a todas partes.

—¿Dónde le veis?—preguntó.

—En su sitio acostumbrado, á la cabecera de mi cama, entre las dos cortinas.

El doctor se levantó, separó la cama, pasó a la cabecera y fué a tomar entre las cortinas el sitio que el esqueleto ocupaba.

—Y ahora—dijo,—¿continuais viéndole?

—No veo lo bajo de su cuerpo porque el vuestro lo oculta, pero veo su cráneo.

—¿Dónde?

—Encima de vuestro hombro derecho; como si tuviéseis dos cabezas, la una viva, y la otra muerta.

Aunque incrédulo, estremecióse el doctor a su pesar.

Volvióse, pero nada vió.

—Amigo mío—dijo tristemente volviendo hacia el enfermo;—amigo mío, si tenéis que hacer testamento, hacedlo cuanto antes.

Y salió.

Nueve días después, John, al entrar en el cuarto de su señor, le encontró muerto en la cama.

Hacía tres meses, día por día, que había sido ejecutado el bandido.

El conocido astrónomo Camilo Flammarión, que se ha dedicado con mucho empeño al estudio de los fenómenos de telepatía y espiritismo, relata los siguientes casos comprobados como absolutamente reales.

Despedida de ultratumba

El 18 de diciembre de 1873—dice otro testimonio, el de W. S.—mi mujer y yo fuimos a casa de su familia, en Southport, dejando a mis padres en perfecto estado de salud, según las apariencias. Al día siguiente por la tarde salimos a dar un paseo por las orillas del mar, cuando me encontré tan triste que me fué imposible interesarme en lo que veía, de modo que no tardamos en volvernos.

De pronto manifestó mi mujer cierto sentimiento de disgusto y me dijo que iba al cuarto de su madre por unos minutos. Un instante después me levanté yo a mi vez del sillón y pasé a la sala.

Entonces vi salir de la alcoba vecina, vestida como para ir de paseo, una señora que llegó hasta cerca de mí. No me fijé en sus facciones, porque no miraba a donde estaba yo; sin embargo, le dirigí la palabra saludándola; pero no recuerdo lo que le dijo.

En el mismo momento, y mientras esto sucedía, volvió mi mujer del cuarto de su madre, pasando precisamente por el punto donde estaba aquella señora, sin fijarse al parecer en ella. En seguida dijo con vivo sentimiento de sorpresa:—¿Quién es esa señora a cuyo lado acabas de pasar?

—¡Pero si no he encontrado a nadie!

—¡Cómo, repliqué, ¿no acabas de ver ahora mismo una señora que acaba de pasar por ahí, por donde mismo estás tú, que sin duda sale de casa de tu madre y que ahora debe encontrarse en el vestíbulo?

—Imposible—contestó mi esposa,— en casa no hay más mujeres que mi madre y yo en este momento.

En efecto, ninguna extraña había venido y por más que buscamos inmediatamente, no encontramos a nadie.

Entonces eran las ocho menos diez. Al día siguiente por la mañana nos anunciaba un telegrama la muerte repentina de mi madre a la misma hora, por efecto de una enfermedad del corazón.

Al ocurrir su muerte, se hallaba en la calle, vestida exactamente como la desconocida que acababa de pasar por delante de mí.

La pizarra del náufrago

En el libro que Gougenot des Mousseaux publicó en 1864 sobre los altos fenómenos de la magia, se relata el hecho siguiente, que dicho autor presenta como absolutamente auténtico:

Sir Roberto Bruce, de la ilustre familia escocesa de ese nombre, era segundo de un barco; un día en que navegaban cerca de Terranova, púsose a hacer unos cálculos, y le pareció ver a su capitán de la mesa principal; pero al fijarse, notó que era una persona desconocida cuya mirada inmóvil le extrañó. Sube a cubierta y ve al capitán; éste nota su asombro y le pregunta qué ocurre.

—¿Quién está sentado en su mesa? —dice Bruce.

—Nadie.

—¿Cómo nadie? Hay una persona cuya cara no conozco... ¿Y cómo puede ser?

—Usted sueña... o bromea.

—No, señor; tenga usted la bondad de bajar a su cámara y lo verá.

Bajan, pero no encuentran a nadie. Registran todo el barco, sin descubrir ningún rastro desconocido.

—Sin embargo — añade Bruce, — el que yo vi escribía en su pizarra.

Cogen la pizarra y leen estas palabras: "Steer to the north-west", es decir: Gobernad al noroeste.

—Pero esta letra es de usted o de alguien de a bordo.

—No, señor.

Todo el mundo escribe la misma frase; pero la letra de la pizarra no se parece a la de ninguno de los marinos.

—Pues bien—dijo al fin el capitán;—obedezcamos al sentido de esta frase; el viento es bueno y lo permite; gobiérnese al noroeste.

Tres horas después señalaba el vigía una montaña de hielo y veía junto a ella un buque de Quebec, desarbolado y cubierto de gente, que se dirigía a Liverpool. Las chalupas de Bruce recogieron a los náufragos.

En el momento en que uno de éstos subía al barco salvador, Bruce se estremeció y retrocedió, vivamente conmovido.

Acababa de reconocer al forastero que había visto escribiendo en la pizarra, y lo contó así a su capitán.

—Haga usted el favor de escribir; Steer to the north-west, en esta pizarra—dijo el capitán al recién llegado, presentándole la cara donde no había nada.

El náufrago hizo lo que le pedían.

—¿Esta es su letra de costumbre? —preguntó el marinero, sorprendido por lo análogo de la forma.

—¡Ya lo creo! ¿No me ha visto usted escribir?

El capitán entonces volvió la pizarra, y el forastero quedó atónito al reconocer su letra.

—¿Ha soñado usted que escribía en esta pizarra?—preguntó a su pasajero el comandante del buque náufrago.

—No conservo recuerdo ninguno de ello.

—¿Qué hacía a las doce de la mañana este pasajero?—preguntó a su colega el capitán salvador.

—Durmióse profundamente, declarando que estaba muy cansado, y si mal no recuerdo, fué poco antes de las doce. Una hora después apenas, se despertó y me dijo:—Capitán, hoy mismo seremos socorridos. He soñado que estaba a bordo de un barco y su arboladura, y mi sorpresa fué grande al divisarlos a ustedes y ver la pintura era exacta.

Finalmente, el pasajero dijo a su vez: "Lo más raro es que cuando veo me parece conocido, y que sin embargo, no he estado aquí nunca".

Curiosidades

Casi todas las iglesias de Nápoles poseen tres o cuatro gatos, a los que se confía la misión de destruir los numerosos ratones que infestan todos los edificios antiguos napolitanos.

Es frecuente verlos cruzar el templo y hasta los altares en ocasiones de las más brillantes ceremonias.

El popular acordeón es hijo, digámoslo así, del pequeño aparato llamado tipótono, inventado en París por un mecánico llamado Pinsonnat.

Atribuyen también el invento del acordeón a Damián, quien construyó uno en Viena, en 1829, sobre el principio de la guimbarda, que se hacía vibrar con el soplo.

Un puñado de sal gruesa en un baño de agua caliente alivia el cansancio y no pocas veces cura o evita un resfriado.

En 1914 costaba un acorazado de primera clase doce millones y medio de francos, aproximadamente; en la actualidad, cuesta ochenta y dos y medio.

Los tornillos hechos en las fábricas de relojes son los más pequeños que se conocen. Un dedal corriente puede contener hasta cien mil de estos diminutos tornillos.

De dónde vienes viento

¿De dónde vienes viento con tanta sinfonía,
trayéndome perfumes de rosas y azahar;
de qué punto lejano, ciudad o serranía?
¡Acaso has levantado tus alas tras el mar!

Hace muchas mañanas que espero. ¿Quién no espera
en este corto viaje del vivir? Mi ilusión
se marchó cierto día como un ave cualquiera,
y quedó solo y triste mi ardiente corazón!

Por eso son mis noches interminables, malas
y cuando tú te allegas junto a mi ventanal,
pienso que algo pudieras traerme entre tus alas...
luz a mis pobres ojos, a mi alma un caudal
de ensueños...

Padre viento, la vida me acobarda
con su lucha y mi frente se nubla de pensar;
¡cuánto tarda mi amor y mi fe cuánto tarda
en llegar!

Esther? Vitillo?

Goethe y el canal de Panamá

Miércoles, 21 de febrero de 1827. Fuí a comer con Goethe. Habló mucho y con admiración de Alejandro de Humboldt, cuya obra sobre Cuba y Colombia había comenzado a leer, y cuyas opiniones sobre el proyecto de perforación del istmo de Panamá parecían interesarle especialmente.

—Humboldt — dijo Goethe — con gran conocimiento del asunto, indica otros varios puntos, en los cuales se conseguiría quizás mejor que por Panamá lograr el fin perseguido, utilizando algunos ríos que desembocan en el Golfo de México. Mas todo esto queda reservado al porvenir y a un gran espíritu emprendedor. Ahora lo que es indudable es que si se lograse construir un canal que permitiese pasar del Golfo de México al Pacífico a todos los barcos de cualquier carga y desplazamiento, se producirían incalculables resultados para el mundo civilizado. Mucho me admiraría que los Estados Unidos dejasen pasar la ocasión de apropiarse una obra como ésa. Es de prever que ese juvenil Estado americano, en su decidido impulso hacia el Oeste, llegue, en treinta o cuarenta años, a ocupar y poblar los territorios que se extienden más allá de las Montañas Rocosas. Es de prever además que en toda esta costa del Océano Pacífico, donde la Naturaleza tiene ya formados los más espaciosos y seguros puertos, vayan naciendo poco a poco importantes ciudades comerciales que sirvan para intermediar el comercio entre la China y los Estados Unidos. En tal caso, no sólo sería deseable, sino hasta casi necesario que, tanto los barcos de guerra como los mercantes, pudiesen ir de la costa occidental norteamericana a la oriental por un camino más rápido que el de la travesía pesada, larga y costosa, dando la vuelta por el Cabo de Hornos.

Juan Pedro ECKERMANN.

Las de Barros

Por Daniel E. Lenguas

La señora Esquivel festejaba su cumpleaños con una regia "soirée" en su posesión veraniega.

Contrariando un inveterado hábito propio de las personas nacidas en medio de la holgura y el regalo, había abandonado ese día el lecho muy de mañana. Una vez en pie, más imperiosa, más dueña de su casa que en otras circunstancias, puso en movimiento todo su personal de servidumbre, impartió órdenes, las revocó, volvió a impartirlas, desplegando en fin, todas sus energías y actividades tendientes a que la fiesta fuera digna de su rango y del de sus invitados.

De modo que la viuda estaba fatigadísima y "loca de los nervios", que desempeñaban, en tales casos, su importante rol. Por consiguiente podía asegurarse, sin calumniarla, que también estaba insufrible doña Justina Esquivel. Los criados podían dar fe de ello.

—¡Esta "gentuza" va a enloquecerme!... ¡Y para eso pago yo mi dinero?... ¡Muévete, condenada! ¡Oh, estoy loca, "loca de los nervios!"

—¡Hola, querida... ¿qué es eso?—interrogó desde la puerta de acceso a la quinta, la señora de Ucar, antigua relación de la casa, con una indulgente sonrisilla con que pretendía atenuar su sorpresa por aquella irascibilidad de su amiga.

—Nada, hija; estos "salvajes" que no entran en vereda—respondió la señora, saludando a la recién llegada.

—¡Mira qué manos! ¡Parezco una cavadora!

—¡Qué horror, hija!... ¿Qué es eso?

—Que por la diligencia de los "señores" he tenido que destrozar mis dedos tronchando rosas! ¡Ya lo ves: a la miseria, perdidos!

Y entraron en el salón.

A la caída de la tarde la morada estaba "au grand complet", según el "cliché" croniquero.

La señora Esquivel atendía solícita, llena de sonrisas, a las interrogaciones que se le formulaban respecto de tal o cual objeto, y respondía con inclinaciones de cabeza—languideces de su satisfecha vanidad—a los golpes de incensario que inundaban la estancia de un vaho adulador que parecía ahogar el aliento de los jazmines que dormían en los búcaros.

—¿Aquel bronce de arte? De la esposa del ministro.

—¡Oh, magnífico, magnífico—exclamaba el coro de invitados.

—Verdaderamente—exclamó un "pollo" aspirante a la suave y ensortijada mano de doña Justina,—todo esto es un tributo humildísimo para...

—¡Oh, es usted muy galante—contestó la viuda, con un desmayo de orgullo mal disimulado en sus ojos.

De pronto dieron las miradas de los tertulianos en un pequeño envoltorio que, insignificante y modesto entre tanta magnificencia de pedrería, bronces y dorados, yacía arrinconado, como escondido.

La señora de Ucar, curiosa como buena mujer, quiso saber lo que contenía.

—Di, querida, ¿qué es esto?

—¡Bah! Un "mamarrachito", hija, no vale la pena...

—No obstante, tan estimable como lo demás será: mociono en el sentido de que se descubra el enigma—dijo uno del círculo...

—¡Sí; apoyado! que se descubra—fué la exclamación unánime.

Y el misterio quedó en claro.

Doña Justina, con nerviosa mano, deslió el pequeño bulto y, ante la expectativa de los concurrentes, apareció el objeto: un blanco y sencillo pañuelo en uno de cuyos ángulos lucía bordado con primor, el monograma de la viuda.

Un silencio elocuente respondió a la presentación de la prenda.

Pero la amiga "indiscreta", cuya curiosidad estaba aún por satisfacer, lo turbó para preguntar:

—Falta saber ahora: ¿quién es el obsequiante?

—¡Ah! De esas pobres..., las de Barros.

—Tus "parientas"...—recalcó la interrogante.

Todos los tertulianos, salvo la señora Ucar, que sabía de ellas, coincidieron en pensamiento: ¿era posible que parientes de la gran dama tuvieran el "coraje" de manifestar de tan pobre manera su estimación hacia ella? ¡Oh! Era indecoroso casi... ¿Y quiénes eran las de Barros?

Las de Barros.., no eran "nadie"; habían sido.

Dos pobres mujeres planchadoras, consumidas por las privaciones y que, demasiado débiles para soportar el cúmulo de sus desgracias, andaban como agobiadas, gachas, con una perenne sonrisa humilde y dolorosa...

Cada vez que iban a casa de la viuda estaba enferma de los nervios: ¡oh!, "se le ponían de punta", y no podía ocultar su molestia teniendo que escuchar el eterno rosario de males de aquellas infelices, salpicado con misterios de suspiros...

¡Es que eran muy soberbias y no querían doblegar la cerviz! Si tenían alguna necesidad, ¿por qué no lo manifestaban? ¡Qué diablo! ¡ella era generosa! Pero nada: suspirar y más suspirar.

Aquel día habían estado a saludarla, humildes y sonrientes, con sus vestiditos raídos que habían visto más de tres veranos, jadeantes, rendidas por la caminata, para depositar en manos de la gran dama pariente su modesto regalo.

Ella dió las gracias por mera fórmula, haciéndose luego un embarazoso silencio durante el cual las dos muchachas miraban con ojos glotones los preparativos del festín y dejaban escapar sendos suspiros. Por fin, impaciente, ya, temblando ante la idea de que pudiera hallarlas allí la fiesta, buscó un expediente para alejarlas;

—¡Ustedes disculparán, hijitas, pero estoy tan atareada!...—dijo, poniéndose de pie.

Las dos se dispusieron a partir, y la viuda, súbitamente obsequiosa, risueña, las colmó de sarcásticas atenciones y cariñitos, y, para acallar aquellos suspiros que tanto daño le hacían, las atestó de dulces y confituras.

—Adiós, adiós y gracias por todo. Las acompañaré hasta la escalera. Adiós, hijitas, no se pierdan.

Las dos se alejaron más agobiadas, más humildes, más miserables que nunca, con su perenne sonrisilla, como dos vacilantes hormigas con sus fardos provisores.

Doña Justina lanzó un gran suspiro, murmurando desdeñosamente:

—¡Bah! ¡Románticos sentimentalismos!

II

El rumor del último carruaje se ha esfumado en la taciturnidad de la noche. La casa está silenciosa y de la gran "soirée" no queda más que una vaga, confusa estela de perfumes. Los jazmines languidecen en los búcaros, marchitos y exhaustos de aroma. Los criados, como bestias fatigadas y sudorosas, absorben a grandes tragos el manjar reparador del sueño. La viuda ha caído sobre una butaca del salón rosa, tibio y perfumado, en una especie de aplastamiento de alma. Las pedrerías, a través de las vitrinas, destellan su fulgor irritante como pérfida sonrisa. El bronce "L'Ironie" muestra su gran mueca. La dama experimenta una opresión angustiosa, se siente desfallecer. Tiene en su mano un billete en el que sus ojos hanse posado muchas veces En lo mejor de la fiesta había ido a turbar su alegría, sintiendo estremecerse su corazón lleno de ansiedad y tristes presentimientos... Más tarde, libre, sola en su gabinete, rasgó su cubierta, leyó, aprendió de memoria su texto lacónico e hiriente como un estiletazo fatal...

La señora Esquivel amaba y esperaba en aquel fausto día un acercamiento, una reconciliación con el amante distanciado por ciertas habilillas, chismes de salón que habían desvanecido quién sabe qué ilusiones y qué sueños...

El ansiado olivo pacificador fué aquel mensaje supremo, sudario de sus esperanzas: el punto final puesto con tinte de decepciones, incisivo, doloroso...

Poco después la dama, la cabeza hundida entre sus brazos, rendida, sola con sus penas, allí, frente a los diamantes que desgranaban sus luces como sonrisas pérfidas, exclamaba en un suspiro:

—¡Pobres, pobrecitas!

El pañuelo de las de Barros había recibido su consagración de lágrimas y doña Justina no ignora, desde aquella su "soirée" última, por qué se suspira.








Un juicio crítico de Martiniano Leguizamón

Señor Fernán Silva Valdés.

Distinguido poeta y amigo: Tengo sobre mi mesa de trabajo el simpático volumen de "Poemas nativos". Le agradezco tan interesante envío que su autógrafo avalora. He leído con deleite sus poesías, por más que ya las conocía en gran parte por haberlas visto publicadas en varias revistas. Y tuve además el placer de oírlas recitar por radiotelefonía — a una graciosa morocha, la señorita Mony Hermelo, que pone mucho calor en sus recitaciones,—como si fuera una voz que viniera del campo en el silencio nocturno.

Gustándome tanto "Agua del Tiempo", estimo superior este nuevo fruto que afirma su personalidad de poeta americano renovador de viejos moldes; con acento original y maneras propias de expresión inconfundibles, para compenetrarse con esas cosas inmanentes del alma de la tierra, que nos impregnan de misterioso encanto



Señor Fernán Silva Valdés.

y resiste a los embates del tiempo, que usted tiene el don de evocar hondamente.

Anoto al pasar una coincidencia de esta aparcería nuestra, en el culto amoroso a las reliquias aborígenes. En "La Bola"—que tan gentilmente me dedica—hace usted una feliz descripción de ese misil del indio—la palabra no la registra el diccionario pero la encuentro insubstituíble,—y creo recordar que la empleó Sarmiento, el gran montonero de las letras argentinas, describiendo una boleada de ñandúes en la Pampa.

Guardo una bola indígena
que es adorno en mi mesa.
He tenido que hacerle un soporte de [palo
para que se esté quieta,
era una piedra nómada
y por eso le queda
una antigua costumbre de rodar.

Pues bien; tengo también encima de la mesa donde trabajo, sujeta por una soga de tientos de plata sobre una base de mármol verde—"para que se esté quieta",—una preciosa bola ovoidal de pórfido rojizo labrada por los indios pampas. Me sirve para apretar las carillas que voy escribiendo, y la acaricio con la mirada y las manos suavemente. Es la compañera constante de mis horas de labor, y más de una vez me he preguntado contemplándola en su quietud de prisionera por qué ya no puedo rodar. ¿Cuál sería el artista salvaje que te pulió con tan raro primor? ¿Qué brazo de bronce te revoleaœ por sobre la cabeza tiñéndote con la sangre del vencido? ¿Fuiste quizás la boleadora del cacique en aquel bárbaro duelo del desierto que pinta el "Martín Fierro"?...

Y como esta confidencia pudiera señalarle otras, en que las imágenes plásticas de sus hermosas evocaciones me arrancaron de la hora que pasa y me hicieron viajar por su rincón nativo donde alertean los teruteros, y por el "río charrúa con montes siempre verdes e islotes encantados", que es también el río de mi tierra entrerriana.

Señalarán otros las bellezas y los aciertos afortunados de la pintura del ambiente regional y sus gentes, en que vibra el colorido y el auténtico acento del alma vieja del terruño. Harán otros crítica negativa, porque el gusto refinado por las maneras corrientes de expresión verbal, no les permite percibir la oculta armonía que circula a través de estas rimas audaces y rudas a veces, que el autor escribió deliberadamente así, para ajustarlas al panorama salvaje y a los rústicos protagonistas.

Ya sé que estos asuntos no serán del contento de todos, como no lo eran hace cuarenta años cuando allá y acá se empezó a bregar a la sombra de nuestra bandera criolla. ¿Y, quién niega hoy su triunfo en el arte nacional?

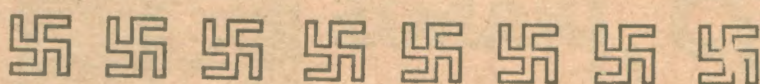
No es este un juicio sino una impresión y un aplauso, que le envío apresuradamente para no retardar mi agradecimiento por el envío de sus bien nombrados "Poemas nativos".

En "Hombres y cosas que pasaron"—un libro que está listo para ir a la imprenta—he consagrado un estudio a "Agua del Tiempo". Me será grato pues confirmar ahora el juicio favorable que allí expreso acerca de su obra poética tan interesante.

Le reitero la admiración y el afecto con que lo distingue su amigo.

Martiniano LEGUIZAMÓN.

Buenos Aires, septiembre 27 de 1925.



Preludio

Tristes, alegres, nobles, perversos,
bálsamo, cáliz, néctar o herida,
lleno mi vida con estos versos,
lleno mis versos con esta vida.

Si te disgusta no hallar afines
los vagos temas de mis canciones
no leas; yo amo los arlequines
con sus ropajes de mil jirones.

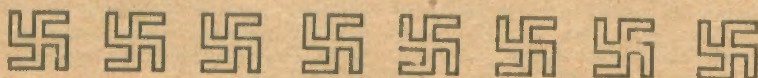
Yo sé que tienen todas las cosas
un mismo germen allá en lo arcano,
que hay variedades de mariposas
dentro de un mismo solo gusano.

El sol no daba su luz violeta,
eran sus llamas siempre las mismas,
hasta que un sabio que fué poeta
rompió el misterio sobre los prismas.

No son iguales las ricas pomas,
ni es una sola la florescencia,
y en hojas, flores, frutos y aromas
hay una sola divina esencia.

Así mis versos son desiguales,
vivo reflejo del alma mía,
pero en sus vagas formas triviales
hay una misma sola armonía.

Salvador ORIA.



De Nueva York a Pekín

Mr. Thomas H. MacDonald, director del Departamento de Vías Públicas de los Estados Unidos, ha dicho lo siguiente:

"Un viajero saliendo de Nueva York el 1.° de julio", dice Mr. Mac Donald, "llegaría a un punto de China, situado como a unos 400 kilómetros al noreste de Pekín, el 5 de agosto, o sea treinta y cinco días después, en caso de caminar hacia el oeste a 40 kilómetros por hora durante diez horas cada día, en la latitud de Nueva York. Si los proyectos de caminos de la Ayuda Federal terminados durante los doce meses anteriores a julio del año pasado se pusieran uno tras otro, unidos por sus extremos, a lo largo de esta ruta, y la tierra y el mar fueran fundaciones igualmente satisfactorias para la calzada, el viajero tendría un nuevo camino de los diversos tipos normales sobre toda la distancia, que es de 13.870 kilómetros.

"Suponiendo que los 24.200 kilómetros de proyectos que efectivamente se encontraban en construcción el 30 de junio de 1924, se encontraran adelante de él hacia el oeste, al continuar su camino tendría que sucederle lo que a todos nosotros nos ha sucedido al hacer rodeos para esquivar los lugares en que están haciendo nuevas obras las cuadrillas de construcción. Ni aun su interés en el equipo tan especializado ni en los nuevos procedimientos que se emplean en la construcción de caminos podrían compensar el fastidio que se le acumularía. Si persistiera en su deseo de ver todos estos proyectos que se encontraban en construcción, tendría que proseguir desde su primera estación al noreste de Pekín y atravesar toda la China, Turquestán, el Mar Caspio, el Mar Negro, la Europa Meridional incluyendo España y Portugal, pasar sobre el Océano Atlántico para llegar otra vez a Nueva York, nuevamente atravesar por completo los Estados Unidos, y no llegar al término de su viaje de unos 38.000 kilómetros sino hasta encontrarse allá lejos en el Océano Pacífico (a 173 grados de longitud oeste computados a 41 grados de latitud norte), a unos 1.600 kilómetros al noroeste de Honolulu.

"Esta descripción sugiere algo de la magnitud de esta tarea de la construcción de los caminos de una nación, a pesar de que en ella están representadas las actividades de sólo un año."

Los drusos y su montaña

Yebel, en árabe, significa montaña. Yebel el Drus, la montaña de los drusos. La actualidad enfoca este país con motivo de la insurrección de sus habitantes contra los franceses.

La montaña ocupada por los rebeldes se encuentra entre el desierto de Damasco y la Transjordania inglesa. Es un inhóspito macizo rocoso, un inmenso volcán apagado que ha cubierto las vastas llanuras que lo rodean de dolerita y lava.

Esta región se ha llamado hasta fines del pasado siglo Yebel Huarán. Es la ''Montaña de Basán'', de que nos habla la Biblia, en que el rey Og reinaba sobre la raza gigante de los rafaimas y sobre los bosques de robles—era muy fértil la montaña en los tiempos bíblicos—que rivalizaban en belleza con los de cedros del Líbano.

Convertida pronto al cristianismo, la montaña sembrada de dioses y de ninfas, se transforma bajo los reyes Guasánidas de la Arabia, en un centro floreciente del culto mesiánico. Los templos paganos se convierten en iglesias católicas, las grutas de náyades, en baptisterios de neófitos.

El Islam, los temblores de tierra y varios siglos de abandono convierten la riente Batanea en montones de ruinas, asilo de chacales y beduínos, a los que vienen a unirse en 18̈0, los drusos del Líbano comprometidos en las horribles matanzas de los maronitas y huyendo del cuerpo expedicionario enviado por Francia. Llegan a ser tan numerosos, que la montaña ya no se llama de Huarán, sino de los drusos: Yebel el Druso.

Los drusos continúan las costumbres de los beduínos,''razzian'' el ganado de los musulmanes, siegan las cosechas de los cristianos, obligan a éstos a ir a trabajar a sus campos los domingos, a entregar monturas y ganado para sus expediciones guerreras, haciéndoles, en fin, tan numerosas y agradables visitas de ''buen vecino'', que acabaron por empobrecer los territorios cercanos.

Naturalmente, la Montaña de los Drusos llegó a convertirse en la pesadilla del pachalik de Damasco.

— —

Al fin, en 1895, al construirse el ferrocarril de Hedjaz, Mandú pachá emprendió una campaña contra los drusos. Pero éstos tienen por norma que en la guerra no se puede estar a la defensiva, por lo que se arrojaron contra el ejército de Mandú con tal ímpetu, con tan inconcebible desprecio de la vida, que hasta intentaban apagar el fuego de los cañones introduciendo en sus bocas sus turbantes. Hicieron retroceder al enemigo, batiéndolo en diversos lugares, envenenando los manantiales, exterminando totalmente las compañías que vivaqueaban en Sueida, la capital de los drusos.

A pesar de todo, fueron vencidos; pero para evitar un nuevo levantamiento, Mandú pachá deportó a las tres cuartas partes de la población al Asia Menor. Vueltos a la Montaña al cabo de ocho años, más fanáticos, más ebrios de independencia que nunca, pagaban los impuestos a regañadientes, acribillando a mofas inicuas a las autoridades turcas, cada vez más numerosas en Yebel, pero tan impotentes como el primer día.

En 1910, la mano de hierro de Samy bey redujo a los rebeldes, construyendo en Sueida un cuartel inmenso, capaz de albergar a 2.000 hombres, y manteniendo tres fuertes guarnición en Huarán. Capturó a los jefes insurrectos y los hizo ahorcar en Damasco. Y, por primera vez, los drusos reconocieron un gobierno.

Pero sobrevino la Gran Guerra. Las guarniciones turcas tuvieron que ser retiradas, y entonces los drusos volvieron a hacerse los dueños absolutos de la montaña, poniendo especial empeño en destruir los edificios de la administración turca, y, sobre todo, el gran cuartel mandado edificar por Samy bey.

No pudiendo demoler el edificio, destruyeron sus escaleras y pisos, llevándose techos, puertas y ventanas. Luego, fabulosamente enriquecidos por la venta de ganados a los distintos ejércitos europeos, no se contentaron ya con sus viviendas miserables y se edificaron casas confortables, pues, como dice deliciosamente la escritora francesa Myriam Harry: ''esas damas tienen ya armarios de luna, y esos señores, fonógrafos y maquinillas Gillette''.

Y empezaron a gobernarse por sí mismos, constituyendo su Asamblea nacional y dividiendo el territorio en varios distritos.

A fines de 1919, el general francés Gourand desembarcó en Beyrut con un numeroso cuerpo de ejército. Los drusos, hipócritamente, vinieron a hacerle zalemas alrededor del auto oficial, lo que no fué óbice para que después un cabecilla izara en el palacio del gobierno la bandera jerifiana.

Pero los franceses no les dejaron tomar la ofensiva. El coronel Paulet llegó a Sueida tres días después con 2.000 senegaleses, spanis argelinos, ametralladoras francesas y 16 aviones. Bastó esta demostración de fuerza—no fué disparado un solo tiro—para la completa sumisión de los montañeses.

En estas circunstancias se hallaba Yebel el Druso cuando la prensa mundial nos informa de un nuevo levantamiento. ¿Qué ocurre? No se sabe. Los periódicos franceses más gubernamentales, más sesudos, más ponderados, piden al gobierno que informe al país del verdadero carácter de los acontecimientos.



Ling - Sang

CUENTO DE PRIMAVERA

Por María Alicia Domínguez

Hubo una vez un filósofo chino, llamado Ling-Sang, cuya juventud estuvo dedicada por completo a buscar el camino que lleva a la verdad.

Una noche de Primavera meditaba a la luz de su lámpara, sobre aquella enseñanza del maestro:

"¡Ojalá pudiera vivir sin hablar!" "¿Acaso habla Dios? Las cuatro estaciones del año siguen su curso y las cosas viven y crecen, sin embargo—decidme—¿habla Dios?"

Acercándose a la ventana que daba a un jardín, Ling-Sang se abandonó abismado a sus abstracciones.

La noche era hermosa. Comenzaba la Primavera y florecían las rosas y los cerezos. El cielo límpido, parecía más cercano.

—La Primavera hace brotar los renuevos y nacer las flores—pensó Ling-Sang, meditando siempre sobre las palabras del maestro.—Dios la manda. Pero Dios no habla, ni hablan la Primavera, ni las flores.

Y entonces le pareció que en la noche tibia y perfumada, sonora de fontanas, alguien pronunciaba su nombre:

—¡Ling-Sang, Lin-Sang!...

Primero creyó soñar, pero luego más dulce, más honda tornó a oír la voz femenina:

—Ling-Sang!

Bajo la sugestión del acento que lo solicitaba el filósofo, salió al jardín. Una ráfaga de aire, acariciándole el rostro, le dejó cierto sabor a flores en los labios.

Y entonces, allá, bajo unos cerezos en flor, descubrió una figura tenue clara...

Acelerando el paso, se aproximó. Una bellísima joven, casi una niña, lo aguardaba sonriendo. Vestía de claro y llevaba flores entrelazadas en los cabellos.

El filósofo creyó que se trataba de una visión.

—¿Eres el Espíritu del Agua o la sombra de alguno de mis antepasados? —dijo absorto.

Ella se echó a reír y entonces en el aire de la noche hubo cascabeles invisibles y en la inmensidad del cielo nocturno parecieron encenderse más astros...

—No soy un fantasma, Ling-Sang. Me extravié en tu jardín y viendo luz en tu ventana, te llamé.

Echaron a andar junto por los senderos, blancos, a la luz de la luna. La noche se poblaba de susurros misteriosos, de luces fugaces y de aromas tibios.

—Ling-Sang — dijo ella de pronto mirándolo—los Espíritus de la Vida y los Genios del Aire están de fiesta porque la tierra florece y tú sigues meditando sobre las enseñanzas de los maestros, sin adherirte al júbilo...

—¡Bienaventurados los maestros! Ellos arribaron a la quieta Inmensidad. Yo voy hacia ella, buscando...

—Lin-Sang, la Primavera ha llegado una vez más.

—Pasará... Solo aquella que Sakyamuni enseña a encontrar, es Eterna.

Habían llegado frente a la casa del filósofo.

—¿Quieres tomar conmigo una taza de te?—dijo él sencillamente.

La joven sonrió afirmando. Entraron juntos. La lámpara alumbraba con su fulgor dorado, los libros abiertos y el desorden de la habitación.

Entonces el filósofo recién pudo observar a la joven sentada frente a él, sobre un almohadón rojo. Le sorprendió su aspecto de suave porcelana fragilísima, sus grandes ojos, como atravesados por una impresión de deslumbramiento. Las telas de su traje eran finas y de un maravilloso colorido y las yemas de sus dedos muy rosadas. Bajo la piel suave de la garganta se veía el latir acelerado de la circulación.

Había en ella algo de etéreo, de vaporoso y de extraño...

Hubiera podido comparársela con una nube encendida de rosa en el Poniente...

—¿Cómo te llamas? — le dijo de pronto Ling-Sang, arrancándose a una especie de éxtasis.

Ella se echó a reír.

—No necesitas saberlo—dijo, mientras que con sus dedos largos y rosados disponía los utensilios del te.

Había una gracia ondulante en los gestos con que preparaba la aromática infusión. Al servirla en las tazas de porcelana, el humo que rodeó su cabeza pareció inmaterializarla un instante.

Luego, mientras ambos bebían a pequeños sorbos, la joven observaba la habitación.

—En la tristeza vives, Ling-Sang. No hay ni una flor aquí. Y es Primavera.

—Flores eternas son las enseñanzas de los maestros que me hablan desde los pliegos sagrados—contestó él con gravedad sin mirarla.

La joven se puso de pie, se dirigió hacia los libros apilados y los empujó con un gracioso y aniñado movimiento de desdén.



Un polvillo sutil se desprendió de las hojas amarillentas.

—Sakyamuni es quien ha dicho: —"No llevéis guirnaldas ni flores; no durmáis en lechos blandos..."—¿verdad, Ling-Sang? — preguntó al cabo.

El filósofo la miró con asombro.

—Sí. Esas palabras son del Iluminado. Tú, ¿cómo las sabes, niña?

Ella tuvo una imperceptible sonrisa.

—Yo sé muchas cosas. Muchas cosas que tú no sabes, Ling-Sang. Yo sé que la verdad de la vida, está en la tierra que florece y que la esencia de la felicidad, está más que en las muertas enseñanzas de los maestros idos, en las hojas del loto, dormido sobre el agua.

Ciertamente, la sabiduría es buena, pero más buena es la tierra florida. Dulce es el conocimiento de la Verdad, pero más dulce es la vida en primavera.

—¿Quién eres tú, quién eres tú, para hablar así?...—gritó Ling-Sang, con asombro.

—¿Para qué quieres saberlo? Tú no crees en mí. Muchas veces llamé a tus ventanas, muchas veces rondé tu huerto bajo la luz rosa de la Aurora y bajo la luz blanca de la luna. Era en el tiempo del Resurgimiento y de la Renovación. Era en la época de las flores y de los nidos, en la época de la Fe... Todo alzaba el vuelo; tú seguías curvado sobre las viejas enseñanzas, sin gozar del milagro. Buscabas la verdad en los muertos y la verdad se reflejaba en el agua límpida de la fuente hecha vida, hecha flor y hecha canto...

Ahora me voy y no volveré más para ti.

Ling-Sang la miraba absorto, casi en éxtasis.

Así la vió acercarse a la puerta y abrirla lentamente con la punta de sus deditos rosados.

Entonces le pareció que algo nuevo nacía en él, que se duplicaba el latir de sus sienes, que el ritmo de su corazón se tornaba loco impulso.

Corrió hasta ella.

—¡Vuelve! — suplicó — ¡vuelve! No comprendo bien, pero quisiera comprender. ¡Vuelve, Espíritu, Espíritu puro!

—Volveré—fué la respuesta que dió la extraña visitante al salir.

Y cuando el filósofo se asomó a la ventana llevado de un ardiente deseo de verla alejarse, le pareció que al final de la calle de ciruelos floridos, ella se desvanecía en la luz de la luna.

Y a la noche siguiente, no pudo Ling-Sang reconcentrarse en el estudio de los maestros.

¿Vendrá?—pensaba abstraído frente a los libros abiertos.

Y para comprobarlo, salió al jardín.

Una rara emoción se le ahondaba en el alma.

—¡Qué noche hermosa!—murmuró de pronto alzando los ojos al cielo brillante de astros.

Entonces se le ocurrió el pensamiento de que desde hacía años, en sus meditaciones sobre la Verdad, había olvidado gozar del brillo diurno y de la paz nocturna.

Y se quedó pensativo viendo el reflejo de las estrellas en el agua del estanque.

—La Verdad parece acercarse al alma en el estudio y en la abstracción—se dijo,—pero lo cierto es que de ella no tenemos nunca más que un reflejo. El Espíritu no llega a poseerla; el agua tampoco siente jamás el milagro de una verdadera estrella.

—No medites Ling-Sang. Es Primavera—dijo una dulce voz a sus espaldas.

El filósofo se volvió conmovido.

Era ella.

—¡Es Primavera! — repitió Ling-Sang como bajo la fuerza de un encantamiento.

—Y en Primavera despierta la Vida y la vida es hermosa...

—¿Tú eres el Espíritu de la Vida? preguntó él, con ansia.

—¿Para qué quieres saber quién soy? Ven; acompáñame por el huerto florido y dime lo que recuerdes del "Libro de los Versos".

Y Ling-Sang la siguió por los senderos. Y ella era como una niebla bañada de luna, o como una pura flor de loto o como el Espíritu de la Verdad misma encarnado en la Belleza de la Vida.

Y Ling-Sang, viviendo un sueño, iba recitando la dulce estrofa del "Libro de los Versos":

"Las flores del ciruelo
se agitan movidas por el viento
y yo intento buscar un sostén para [ellas...
¡Cuán intensamente pienso yo en ti...!"

El polvo emblanqueció los libros sagrados.

Y Ling-Sang, el filósofo, alegre como si estuviera al fin en posesión de la verdad largamente buscada, aprendió en compañía de la desconocida, el lenguaje de la vida, que habla justamente en las cosas buenas y bellas...

Pero una noche le dijo:

—Ling-Sang, mi muy querido, viene la estación de las frutas. Yo debo partir...

—¿Partir?—preguntó él con sorpresa y dolor.—¿A tu reino del Agua o del Espacio?

—¿Para qué quieres saberlo?

—Nunca supe de dónde venías, ni quién eras y ahora ¿no sabré tampoco dónde vas?

—Algún día, sin que yo te lo haya dicho, habrás de adivinarlo...

—¿Volverás?

—Volveré. Pero quizás para ti, no. Cuando llamé a tu ventana, no abriste; no querías oír. Ahora estarás en acecho, pero no me sentirás llegar...

—¿Eres la Verdad?—gritó el filósofo.

—No.

—¿Eres la Vida?

—No.

—¿Eres el Amor?

—No. Pero tengo de los tres... Adiós, Ling-Sang.

Y él, absorto, vió cómo se alejaba, diluyéndose, allá lejos, en un mazo de flores dormidas bajo la luna, junto al agua.

—¡Espíritu, Espíritu, Espíritu! — gritó el filósofo por tres veces, tendiendo los brazos hacia la visión desvanecida.

Hubo un revolotear de aves y un agitarse del agua...

Y Ling-Sang sintió una ráfaga de aire ardiente en el rostro, al tiempo que caía de hinojos y besaba la tierra...

Ella no volvió más. Ling-Sang tornó a encender su lámpara y a meditar sobre los viejos textos de los grandes...

El recuerdo de su aventura extraña se fué muriendo en su alma poco a poco. Al evocar a la dulce desconocida, pensaba sin querer en las flores, en los pájaros, en el agua, en las estrellas y en el antiguo "Libro de los Versos".

Y se hizo viejo. Una noche, meditaba en las serenas palabras del maestro: "¿Acaso habla Dios?" "Las cuatro estaciones del año siguen su curso" "y decidme ¿acaso habla Dios?"

Entonces de pronto, viva, clara se le apareció la Verdad.

Sí. Sí. Dios habla pero una sola vez.

—A mí me habló por medio de Ella —se dijo.—Y Ella era la Primavera...

Miró con amargura, los libros, la letra muerta sobre la que encaneciera buscando aquella verdad tan soñada que se iría sin conocer... Después lentamente se dirigió a la ventana. En el jardín había luna, flores y perfume de renuevos...

Y al aspirar con ansia el aire nocturno, sintió un aletear en el corazón...

Y pensó...

—Ella pasa... La siento... Pero ya no la veré más.

Y alzando la vista al cielo, se abstrajo en la contemplación de los mundos donde quizás reside la Verdad...

Un ave que pesca bajo el agua

En puridad de verdad, hay muchas aves que pescan bajo el agua; pero ninguna lo hace con la presteza y maestría del cormorán, o cuervo marino. Ciertos patos se sumergen a medias, de cabeza, para buscar su presa entre dos aguas, mas de ellos no puede decirse que pesquen, pues no se alimentan de peces, sino de vegetales acuáticos y pequeños moluscos, y lo mismo ocurre con los somorgujos y otras aves zambullidoras. Los verdaderos pescadores de profundidad son los pájaros bobos, mal llamados pingüinos, y los cormoranes y sus próximos parientes el alcatraz y la marbella o añinga de los países tropicales.

Al cormorán se le ha llamado cuervo marino por su plumaje negro con metálicos reflejos y por su insaciable glotonería, pero la verdad es que ni sus formas ni sus costumbres tienen absolutamente nada que ver con las del cuervo. Es una de las aves acuáticas que el naturalista Cuvier llamaba totipalmas, por tener reunidos por una membrana todos los dedos, incluso el posterior. En el mismo caso se encuentra el pelícano. Podría decirse que estas aves son las más palmípedas de las palmípedas. Gracias a esta estructura especial de sus pies, el cormorán se mueve con pasmosa facilidad bajo el agua, ya cambiando bruscamente de dirección, o ya elevándose a la superficie mediante unos cuantos golpes de pata. El pájaro bobo, que rivaliza con él como buzo, se sirve bajo el agua de sus alas, como un pez de sus aletas; en el cormorán, todo lo hacen las anchas patas, totalmente palmeadas.

El modo de pescar del cormorán es muy curioso. Nadando tranquilamente, y mejor aún puesto en acecho sobre una roca o sobre alguna rama que cae sobre el agua, espera el paso del incauto pececillo. Milton nos pinta a Satán acechando a la primera pareja desde el Arbol de la Vida, "agazapado como un cormorán, meditando la muerte de los que vivían..." En cuanto divisa una víctima de su agrado, el ave se precipita de cabeza y desaparece bajo el agua, en línea recta, deslizándose bajo el líquido elemento con maravillosa rapidez gracias a sus formas alargadas y a su plumaje liso y compacto. Casi inmediatamente, reaparece a cierta distancia, llevando su presa en el largo y ganchudo pico.

También zambulle el cormorán cuando se cree amenazado de algún peligro, y entonces, al volver a la superficie, empieza por sacar sólo la cabeza por un momento, lo absolutamente preciso para respirar y ver si ha pasado el riesgo.

Esta costumbre la tienen también los somorgujos, pero en el cormorán, lo curioso es que la pone en práctica aun entre las olas más embravecidas, lo que contribuye a que el ave, al asomar únicamente la cabeza, pase completamente desapercibida para sus enemigos, hasta que los ve alejarse.

Sabido es que los chinos, los japoneses y los indios han aprovechado la habilidad del cormorán para adiestrarlo como auxiliar en la pesca. Todo consiste en acostumbrarle a volver junto a su dueño cada vez que atrapa un pez; por lo demás, para que no se trague el producto de su trabajo, basta ponerle un collar algo apretado. El cormorán acostumbra engullir los peces enteros, y el collar impide que le lleguen al buche, de modo que al llegar junto al pescador, los llevan en el pico o a la entrada del gaznate, y es fácil quitárselos. Una vez que se ha cogido cantidad suficiente de peces, se le dan al ave aquellos que no tienen aceptación en el mercado.

El hábito de tragarse los peces enteros, facilita para el cormorán la alimentación de sus hijos. Estos nacen muy atrasados y tardan bastante en poder abandonar el nido y buscar su comida por sí solos. Entre tanto, cada vez que su madre vuelve de la pesca, trae en el buche algunos peces para ellos, y los pequeños, uno a uno, le van metiendo la cabeza por el gaznate hasta llegar con el pico al buche, y extraen de allí lo que pueden.

La seda artificial

Varios son los procedimientos utilizados para fabricar la seda artificial, aunque siempre hay una materia que no puede substituirse: la celulosa, base de todos los vegetales, principalmente de la madera. Como el algodón es uno de los más celulosos, se ha servido de él y de la madera para la fabricación de la seda artificial, que representa ahora una industria muy floreciente.

Según cuenta Hilario de Chardonet, la primera idea fué la de hilar una solución de celulosa hecha de modo que pudiera ser luego fácilmente evaporable su composición química. Los ensayos, que comienzan en 1878, terminan en 1889, figurando en la Exposición universal de París celebrada en dicha época, varios trozos de seda artificial, debido al mencionado procedimiento.

Después se perfeccionó, llegándose a preparar una especie de pastas, al modo que se fabrican las de papel, disolviendo la celulosa de la madera, transformándose dicha pasta en una mezcla viscosa, que se sumerge en dos cubas, llenas de soda cáustica. Después esta masa se orea y se muele, untándolo luego con sulfuro de carbono muy volátil.

Esta parte viscosa así lograda forma los hilos de soda vegetal, que se obtienen por un sistema mecánico, enrollándose los hilos a unas bobinas para ser lavados conveniente antes de acudir a la fabricación de la tela de tan deslumbrante aspecto, en la que se ha llegado a imitaciones prodigiosas.

Lo que significó y significa la palabra anatema

Anatema significa, etimológicamente, "cosa consagrada", "cosa puesta aparte".

Era costumbre suspender de las bóvedas de los templos ciertas ofrendas, tales como las armas y otros objetos tomados al enemigo.

Por eso se dice en el Antiguo Testamento que Judith ofreció al Señor las armas de Holofernes, como "anatema de olvido". Fueron consagradas, pues, las armas de Holofernes por constituir un monumento de la defensa de Betulia.

Hasta mucho más tarde no recibió la palabra su significado actual de "cosa execrada", o "execrable".

Acaso el origen de este cambio se encuentre en el hecho de que eran expuestas públicamente las cabezas de los criminales, de los enemigos y de los rebeldes.

Para la iglesia, la palabra anatema significa "fuera de la comunión de los fieles". Es la reprobación, la excomunión, la maldición solemne.

Cuando un herético quería entrar en la iglesia católica se le obligaba a pronunciar anatema contra sus errores. Este era el "anatema abjuratorio". El anatema que se pronunciaba contra el hereje se llamaba "anatema judiciario".

COLON

En el Día de la Raza

Con sus proas en rumbo hacia el misterio,
Dios le guía en las rutas estelarias...
¡Y van las carabelas temerarias
flameando al tope el pabellón iberio!

Quiebra en la rebelión con sabio imperio
las dudas de las almas refractarias...
¡Y surge con las tierras legendarias
el prodigio de todo un Hemisferio!

¡Selvas, montañas, oro y corazones
hallaron los románticos campeones
en la fecunda tierra americana!...

¡Y así la gloria del genial marino
cual gigante promesa del Destino
brilla en la frente de la Raza Hispana!

F. Julio PICAREL.

EL GUIA

Por GABRIEL TIMMORY

Al pasar aquella mañana por la plaza de Armas, de Versalles, me detuve junto a la verja del castillo para hojear el periódico que acababa de comprar. Un magnífico automóvil paró cerca de mí, y de él se apeó un hombre grueso, de opulento aspecto, acompañado de un tipo mal vestido que lo escoltaba con deferencia. Los dos se detuvieron junto a mí, y el sujeto mal vestido—el guía—empezó a dar explicaciones a su cliente. Eran éstas tan singulares, que no pude menos de prestar atención, mientras fingía leer el periódico.

—Estamos—decía el cicerone—frente al castillo de Versalles y su verja de honor. Esta verja, cuyo dibujo es del rey Faramundo, fué inaugurada solemnemente por Luis XIV, asistido del nuncio del Papa y de sir Arsonille. Bajo la antigua monarquía era costumbre que las damas de la corte franqueasen la entrada del castillo en silla de mano o en automóvil, según la situación de su fortuna. Se vestían las damas en el patio de mármol, en donde Felipe Augusto se entrevistó después de la batalla de Bouvines con Robespierre, que asistía en representación de Josefina de Beauharnais, y con Richelieu, disfrazado éste de vendedora del mercado. Madama de Pompadour presenció la escena desde aquel balcón del fondo, y a la mitad de la entrevista bajó al patio valiéndose de una escala de seda, y fué a depositar un beso en la frente de Francisco I.

En aquel momento el guía se detuvo.

—¿Desea usted más detalles?—preguntó a su cliente, que había escuchado sin extrañarse aquel cúmulo de disparates.

—No—respondió el otro.—Me basta con lo dicho. Vamos adentro.

Entraron en el castillo, y no pude menos de seguirlos. ¿Qué nuevos camelos se le ocurrirían al guía?

Al llegar al primer piso reanudó sus explicaciones:

—Esta es la capilla que construyó Enrique IV en la época de Carlomagno, según los planos de Colbert, el gran pintor. Aquí se representaron las más aplaudidas obras de Molière, entre ellas "El Cid" y "El barbero de Sevilla". Durante los entreactos, Luis XIV tocaba el órgano, y su favorita, la Champsneslé, volvía las hojas de la partitura. Ahora estamos en el salón de Hércules, en donde se fundó la Academia Francesa, cuyas puertas defendían varios suizos a caballo. Este es el salón de la Abundancia, llamado así por los muchos cuadros que penden de las paredes, entre ellos las obras más famosas del ilustre pintor francés Leonardo de Vinci, llamado así por ser el autor de la histórica frase: "Veni, vidi, vinci".

Volvióse el guía hacia su acompañante y le preguntó:

—¿Está usted satisfecho de mis explicaciones?

—Mucho. Sigamos.

Yo no salía de mi asombro. ¿Cómo podía un hombre ser capaz de amontonar tanto disparate? ¿Y cómo podía el otro escucharlo con aquella serenidad? Fuí detrás de ellos. El guía continuó mezclando a su capricho fechas, lugares, frases, nombres de personajes...

Al fin me decidí a intervenir.

—Caballero—dije al forastero,—debo advertirle que este individuo se está burlando de usted. Nada de cuanto le dice es verdad, ni tiene sentido común.

Pero en lugar de responderme agradecido, el señor de opulento aspecto me dijo severamente.

—¿Quién le llama a usted aquí, caballero? Este señor no hace más que cumplir mis órdenes. Aquí donde usted me ve, yo, Martín Douillard, he ganado vendiendo carbón durante la guerra los millones suficientes para poder ofrecerme toda clase de caprichos. La Historia, tal como se le enseña a todo el mundo, no me importa. Quiero una Historia para mí solicito, y para eso la pago. Estoy en mi derecho, ¿no es así? Pues hágame el favor de mezclarse en sus asuntos y no en los míos.

Antigüedad de las cometas

Los chinos conocían las cometas muchos años antes de que fueran conocidas en Europa. Según una tradición, contada en la "Enciclopedia Khetchi-King-Youen", fueron inventadas hacia el año 206 antes de la Era Cristiana, por un general llamado Han-Sin.

Se las empleó al principio para establecer comunicaciones entre una ciudad sitiada y el exterior. Sólo siglos después, el sencillo aparato pasó a ser del dominio de los juegos infantiles.

Se ignora la fecha en que los europeos conocieron las cometas o panderos. Durante mucho tiempo no las consideraron más que como simples juguetes. La primera aplicación verdaderamente interesante que se ha hecho de estos aparatos, tuvo lugar en 1752 con ocasión de las investigaciones de Romas y de Franklin sobre la identidad de la electricidad y del rayo.

LIGA NACIONAL DE CONTRIBUYENTES TERRITORIALES



Bajo el patrocinio de la Liga Nacional de Contribuyentes Territoriales, pronunció el doctor Rodolfo N. Luque una interesante conferencia que versó sobre el tema "El profesionalismo político y el impuesto a la renta".—La mesa que presidió el acto.



El presidente de la Comisión Directiva de la Liga, señor Eugenio Díaz Vélez, que presentó al orador.



El conferenciante, doctor Rodolfo N. Luque, pronunciando su disertación, que fué muy aplaudida por la concurrencia.



Un aspecto del salón de actos de la Bolsa de Comercio, donde tuvo lugar la conferencia, mientras el orador hacía uso de la palabra.



Partido semifinal del campeonato sudamericano de lawn tennis



De izquierda a derecha: Carlos Morea (argentino) y Bernardo Ferre[illegible] yo). Venció el primero



El jugador argentino Guillermo Robson, durante el desarrollo del juego



Guillermo Robson (argentino), [illegible] ierda, y Eduardo Stanham (uruguayo). Triunfó el primero



Una vista parcial del público que asistió al partido.



El jugador Carlos Morea en [illegible]



Stanham, en los comienzos del partido



Bernardo Ferres, en una incidencia [illegible]

El cónsul e historiador paraguayo, señor Juan E. O'Leary, en Madrid



El cónsul general del Paraguay, en Madrid, señor Juan E. O'Leary, en su gabinete de trabajo.



Al pie del monumento erigido a Emilio Castelar, en la plaza del mismo nombre.



Con su señora e hijos y el universitario paraguayo, señor Guillermo Enciso, en el Paseo Paraguay, situado en el Retiro.



El señor O'Leary, con su familia, en los lagos del Retiro. Como puede verse, nuestro distinguido colaborador, aparece luciendo indumentaria rigurosamente vascuence.



El Sr. Amleto Donadío ha sido objeto de un alto nombramiento en la repartición policial



El señor Amleto Donadío (×), acompañado del personal de la División Judicial, que fué a saludarlo, con motivo de haber sido recientemente nombrado, por el Poder Ejecutivo, inspector general de policía y jefe de la División Judicial. Esta importante y acertada designación ha sido muy bien recibida en las esferas policiales, pues se trata de un correcto caballero y un celoso e inteligente funcionario, que hace honor a la repartición en que presta sus servicios.

Primer Congreso Panamericano de Carreteras



El ministro de Obras Públicas, doctor Roberto Ortiz, acompañado del presidente del Congreso, ingeniero Rodolfo Santángelo, y de uno de los delegados extranjeros, al iniciarse la sesión inaugural, realizada en el Prince George's Hall.



Un detalle de la concurrencia que asistió a la sesión inaugural del Primer Congreso Panamericano de Carreteras.

Gente menuda



Hipólito Arias.



Agueda Rosario Gutierrez.



Aldo Fulvio Gutiérrez.



Santiago Maurelli.

UNOS MINUTOS CON EL POETA VILLAESPESA



Francisco Villaespesa, el notable poeta español, actualmente nuestro huésped, pronunciando, en el teatro Cervantes, ante un brillante auditorio, la primera de sus bellas conferencias



El poeta (a la derecha), acompañado de nuestro colaborador, Eduardo María de Ocampo, en su alojamiento del Gran Hotel España

Sin saber cómo, nos encontramos sentados frente al poeta, en una mesa de hotel. Un cuarto de hora antes no le conocíamos.

Llegamos a su alojamiento llevándole el saludo de FRAY MOCHO.

En el transcurso de la conversación, el cronista insinuó tímidamente que también él hacía versos. Y don Paco, con una sonrisa benévola y protectora, nos llevó a cenar...

Villaespesa se destaca desde un primer momento por su sencillez y franqueza. Nos habla como si fuésemos viejos camaradas. Y, entre plato y plato, comienza la escaramuza reporteril.

¿Qué impresión tiene de nuestra Babel de [illegible]?

[illegible]. Mucho había oído de ella; pero jamás logré darme una idea exacta de toda su grandeza. [illegible] realidad ha sobrepujado a toda imaginación.

¿Cuándo inició usted su jira por América?

En el año diez y siete. Empecé por Méjico. Ultimamente he visitado Perú, Chile y Bolivia. Mi viaje durará aún dos años más. Pienso visitar Uruguay, Paraguay y Brasil.

¿Qué piensa usted de las juventudes intelectuales de aquellos países y del nuestro?

—Creo que la joven intelectualidad americana atraviesa un período caótico. La producción, principalmente la poética, ha aumentado considerablemente en los países de Centro América. En la Argentina, el florecimiento poético ha sobrepasado, en cantidad, a todo lo producido en el resto de los países iberoparlantes. Han surgido, en consecuencia, muchos poetas de indiscutible valor.

¿Qué opina usted de nuestras agrupaciones de vanguardia?

—Conozco algunas publicaciones de estos grupos, entre las que se destaca notablemente "Martín Fierro", que dirige el poeta Evar Méndez. Ya Oliverio Girondo me había hablado de este periódico, a su paso por el Perú. Por algunos números que me dejó, he podido comprobar que la agrupación cuenta con firmas de sólido valor. También he notado en toda la nueva literatura argentina, un profundo sentido de nacionalidad. Esto último es lo que más ha de contribuir al engrandecimiento de nuestro idioma. Inglaterra y Estados Unidos poseen una acentuada afinidad de ideas y sentimientos. Frente a la literatura inglesa, la nuestra nos ofrece mayores ventajas. Cuando cada uno de nuestros países de América cuente con una literatura suya, será magnífico ver glosar en un solo idioma las vibraciones de veinte modalidades distintas, encuadradas dentro del carácter de cada nación.

¿Qué nos puede decir de la juventud intelectual de España?

Se encuentra en las mismas condiciones que la de estas tierras. El mismo estado de extravío. La literatura más avanzada la representan Guillermo de Torre y Gerardo Diego. Se necesita acercamiento y eso únicamente se lograría fundando más publicaciones, estableciendo así el intercambio.

¿Qué piensa usted del estado político de los pueblos americanos?

—Le diré a ustedes. Soy político para hablar de política. En consecuencia, nada puedo adelantarles. Más adelante publicaré algunas obras a este respecto.

Además de sus anunciadas conferencias, ¿qué otras actividades desarrollará aquí?

—Mi compañía estrenará tres o cuatro piezas mías en el Argentino. Además dará "Noche de Calvario" del portugués Marcelino Mezquita.

Hemos llegado a los postres. Don Paco enciende un puro, y tras un breve silencio, nos pregunta:

¿Qué más quieren ustedes?

Un autógrafo, si usted...

Les daré un soneto inédito. FRAY MOCHO me contó entre sus colaboradores, hace ya quince años. Es una gran revista que cuenta con toda mi simpatía. Vengan ustedes mañana a mi hotel y arreglaremos eso...

Nos levantamos. Ya en la Avenida de Mayo echamos a caminar. El reportaje ha terminado. Pero nos restan aún algunas horas de amable y confidente conversación, en que el poeta hace derroche de espiritualidad...

Eduardo María de OCAMPO.



Villaespesa rodeado de un núcleo de intelectuales, que fueron a visitarle

El bambuco colombiano

[illegible] en un peñón de la montaña,
mientras el sol en Occidente agoniza,
[illegible] mira
el floreciente edén que el Cauca baña.

Siente nostalgia de su patria; [illegible]
como un perfume el corazón de España,
y [illegible] que [illegible]
una [illegible] andaluza se [illegible]

Una lágrima surca en lento giro
su mejilla; un suspiro al cielo envía...
¡Y ambos al viento los lanzó su mano!

Y, al confundirse lágrima y suspiro
surgió esa dulce y triste melodía
que se llama el bambuco colombiano!

[illegible]

Buenos Aires, [illegible] Octubre [illegible]

Un soneto inédito, [illegible] escrito para FRAY MOCHO

LA VISITA DEL ORFEO CATALA A ARRECIFES

Los residentes catalanes establecidos en Arrecifes organizaron un banquete de vastas proporciones en honor de los componentes del Orfeo Catalá, de Buenos Aires, que recientemente visitaron a dicha población. El banquete, al cual asistieron las autoridades locales y numerosos vecinos caracterizados, [illegible] de seiscientos cubiertos y fué srvido en la sala del teatro Colón. Una vista parcial del acto

NOTAS SOCIALES



CARMELO (República Oriental). Señorita Aida Saintagne que recientemente contrajo enlace con el señor Héctor Etchebehere



BANFIELD F. C. S. La señorita Zulema María Silva y el señor Alfredo F. Muga, después de su matrimonio.



CAPITAL FEDERAL. La señorita Martina Lynch y el señor Roberto Frick Rehder, después de la bendición de su enlace.



La señora Avelina del Río recientemente desposada con el señor Francisco Fernández

EXPOSICION FELIX PASCUAL



De la exposición de cuadros que el pintor señor Félix Pascual realiza en el salón Witcomb, reproducimos las siguientes telas: "Escena criolla".



"Trabajo".



"Gauchos del siglo XVIII".



Señor Félix Pascual.

VIDA PERIODISTICA



El ingeniero señor Francisco Seguí, que recientemente se ha hecho cargo de la dirección de nuestro colega "El Plata", acompañado por los señores Alfredo y Laurentino Sienra Carranza.



"Carnaval"

De Campo Quijano, (Salta), a Antofagasta, (Chile), en automóvil



Los automóviles que tomaron [illegible] en el raid Campo Quijano-Antofagasta, momentos antes de emprender la marcha. — En la [illegible], situado en la cordillera andina, con dirección al cerro El Overo de [illegible] metros de altura sobre el nivel del mar



Subiendo el Alto Lare, en la Cordillera de los Andes



Pobladores de las regiones andinas, contemplando el paso de la civilización



Camión Ford, armado con desperdicios de talleres, único camión que llegó a Chile



Un ejemplo para el Touring Club Argentino. — Camino carretero que conduce de Salta a Chile, en el corazón de la Cordillera de los Andes.



El auto Ford, de auxilio, en el primer paso sobre el río Toro, en la provincia de Salta



El Cadillac y el Ford de auxilio, en las altas cumbres.



Los vehículos descendiendo de la cordillera para atravesar el desierto.



Salvando un mal paso en las vertientes andinas



Cuarteadores que favorecieron la marcha de los autos en el Alto de Saucar



El Ford de auxilio, guiado por el señor Elordi, en el Alto Saucar.





La estación del ferrocarril en Antofagasta



Los expedicionarios haciendo por la vida.

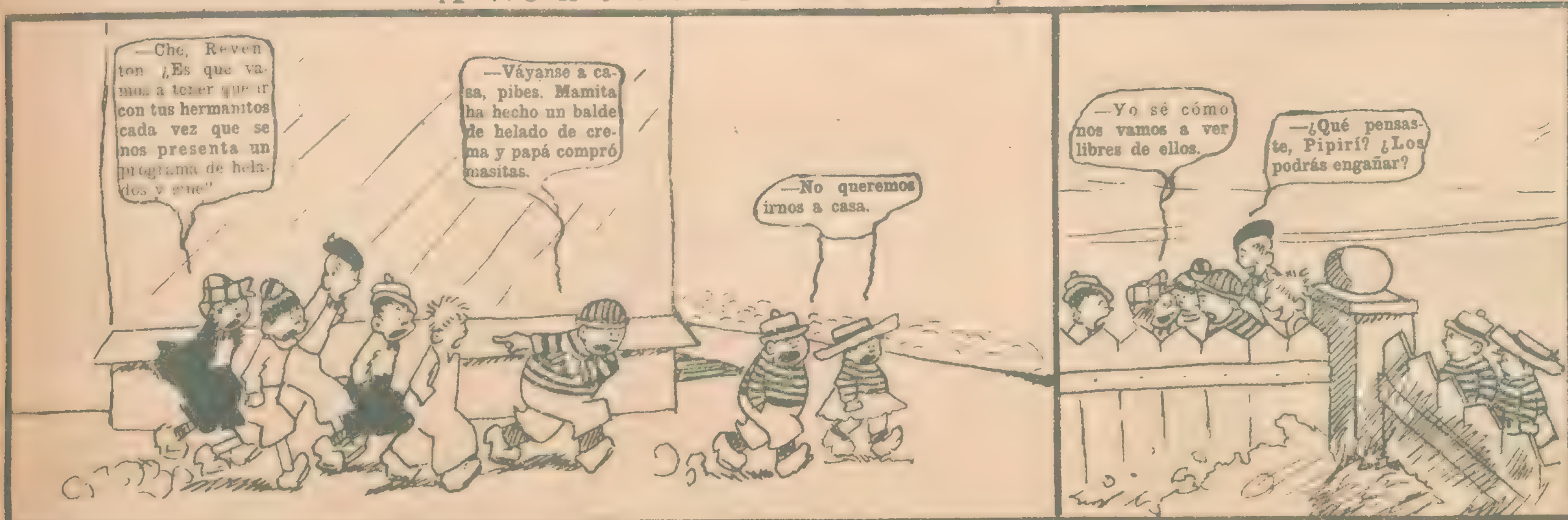


El auto guía, dirigido por el ingeniero señor Luis Elordi, al salir del Huaico Hondo, en plena cordillera.

Fots. Luis Alfredo Posse.

PAGINA INFANTIL

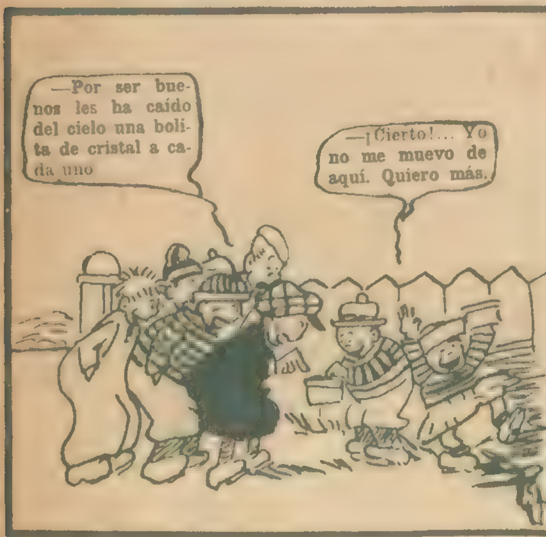
Aventuras de Pipirí





















Segundo centenario de la fundación de Rosario.

El presidente de la República fué objeto de un caluroso homenaje a su llegada a la ciudad.



La comisión oficial de damas, designada para recibir a la señora Regina Paccini de Alvear, esposa del primer mandatario, esperando, en la estación Rosario Central, la llegada del tren presidencial.



La cabeza de la gran manifestación cívica, a su paso por las calles Corrientes y San Lorenzo.



El presidente de la República, doctor Marcelo T. de Alvear, entrando al Hipódromo Independencia, para presenciar la reunión extraordinaria en la cual se disputó un clásico designado con su nombre.



Durante el acto de la colocación de la piedra fundamental del nuevo edificio de Correos, ceremonia a la que asistió el presidente de la República. — El director general de Correos y Telégrafos de la Nación, doctor Arturo Goyeneche, pronunciando un elocuente discurso.



El doctor Alvear, dirigiéndose al acto de la colocación de la piedra fundamental de la nueva estación Rosario del Ferrocarril Central Argentino.



La piedra fundamental de la nueva estación Rosario del Ferrocarril Central Argentino, a cuya colocación asistió el primer magistrado.



El doctor Frías, del directorio local del F. C. C. A., leyendo su discurso, durante el acto de la colocación de dicha piedra.



El presidente de la República pronunciando su discurso durante el brillante banquete organizado en su honor por el gobierno de la provincia y realizado en el palacio de la Jefatura de policía.



El gobernador de la provincia de Santa Fe doctor Aldao haciendo uso de la palabra en el banquete de referencia



Un aspecto del banquete oficial, servido en el palacio de la Jefatura de policía, y que alcanzó las más lucidas proyecciones.



Señoritas [illegible] [illegible] Yolanda Ricardone, Marcela Zampetini, Edelmira Araya, [illegible] [illegible] Lucrecia Zeni, Fidelita Terán, María del Carmen Martínez y [illegible] Maker, que tomaron parte en la función de gala realizada en el teatro de la Ópera



Las señoritas María Adelaida Moglia, Zampetini, Rodríguez y otras, en una escena de la mencionada representación teatral



La jura de la bandera por los soldados de los regimientos 11 y 12 de infantería, ceremonia llevada a cabo ante el presidente de la República.



El doctor Alvear, durante la recepción ofrecida en su residencia del palacio Vasallo



El presidente de la República y el gobernador de la provincia de Santa Fe, doctor Aldao, momentos antes del banquete servido en los salones del Jockey Club, en honor del primer magistrado



"Bariloche", caballo piloteado por el jockey F. T. Rodríguez, de propiedad del señor Néstor Noriega, que se adjudicó el clásico Presidente Alvear.



La llegada del clásico Presidente Alvear, disputado en la reunión extraordinaria efectuada en el Hipódromo Independencia: 1.º "Bariloche", 2.º "Bombardeo", 3.º "San Fernando"

Fots. Flores Toledo



ACTUALIDAD CINEMATOGRAFICA



Patsy Ruth Miller y Norman Kerry, en la película Jewel "La mujer y el bruto", próximo estreno de la Universal.



Douglas Fairbanks y Mary Astor, en "Don X..., el hijo del Zorro", que Artistas Unidos estrenará el próximo domingo en el Empire Theatre.



Lois Wilson y Richard Dix, en el cinedrama Paramount "Hasta el último hombre", que Max Glücksmann estrenó el viernes de la semana anterior.



June Marlowe, David Butler y el perro Rin-Tin-Tin, protagonistas de "Huellas sobre la nieve", cinedrama que el viernes último estrenó la General.



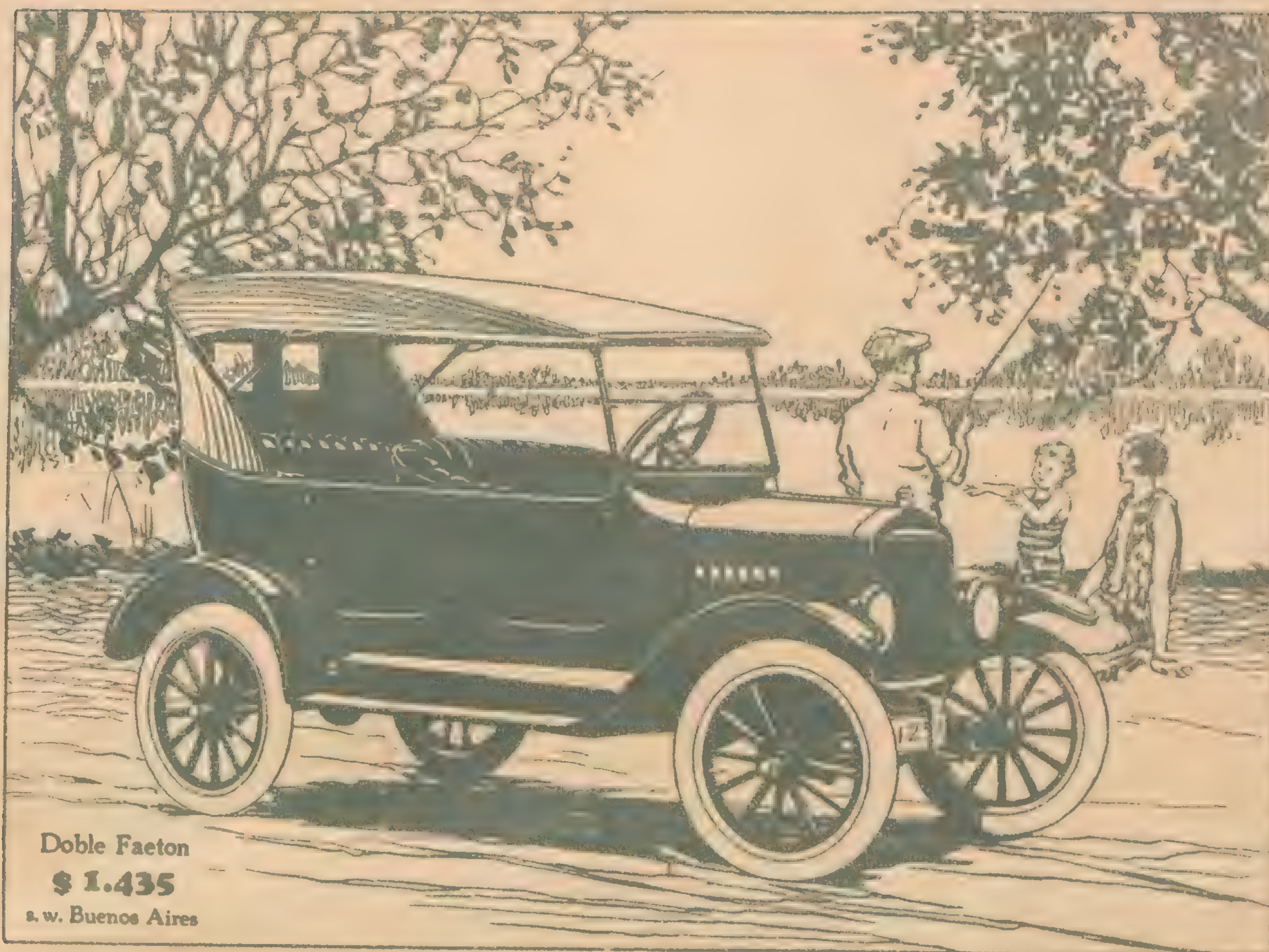
Tom Mix y su "leading-lady" en "El terco", cinedrama que la Fox Film estrenará pasado mañana.



Conrad Nagel y Eleanor Boardman, dos de los varios intérpretes de "Champán frappé", cinedrama que el sábado próximo estrenará la Corporación.



Liane Haid y Werner Krauss, protagonistas de "Nelson, el héroe del mar" (Los amores de Lady Hamilton), cinedrama que ha comenzado a exhibir Terra Program.



LLEGA LA PRIMAVERA.....

Prepárese a disfrutarla. — Es la época propicia para excursiones a lejanos lugares. — Aproveche mejor los domingos y feriados.

Si quiere estar seguro de disponer de su Ford sin esperar turno, haga su pedido enseguida.

Ford

AUTOS — CAMIONES — TRACTORES

Balloon: Los Modelos Ford con llantas desmontables, y arranque, se proveen equipados a opción con neumáticos "balloon" (29 x 4.40) mediante un recargo de. . . . $ 115.-

NOTAS GRAFICAS DEL INTERIOR





MAR CHIQUITA. — Galerías y patios del establecimiento balneario Hotel Miramar, propiedad del señor Victorio Roso, en el cual se han introducido grandes comodidades para la próxima temporada.



AARÓN CASTELLANOS. F. C. P. — Grupo de alumnas del colegio de Nuestra Señora de las Mercedes, que recibieron la primera comunión el día de su Santa patrona.



RUFINO. — Team del Club Atlético Jorge Newbery, primera división, que en su encuentro con Matienzo venció por 2 a 0 goals, adjudicándose el trofeo "XX Septiembre".



Componentes del equipo Club Atlético Matienzo, que perdió el partido jugado contra Jorge Newbery.

Fots. Jordán y Della Mattia.

LA CAMORRA

Un cuento de aventuras por FRANCIS GRIBBLE

Vuelve a ser de actualidad en Italia la famosa asociación secreta llamada la Camorra, que estos días se ha agitado con motivo del asunto Nasi y las manifestaciones anticlericales en la península.

Sociedad misteriosa y temible que tiene algo de los carbonarios y mucho de la banda organizada de salteadores, mantiene aún su prestigio, en otros días célebre, por la evolución de sus procedimientos más en consonancia con la época, asegurándose de ella que no es ajena a las luchas políticas y municipales del reino y especialmente de la Italia meridional.

Las páginas que siguen a pesar de su carácter novelesco son interesantes porque dan a conocer algunos episodios reales de la tenebrosa asociación que ha dado a la leyenda y a la crónica episodios y anécdotas terribles y emocionantes.

No hay sociedad secreta más misteriosa y falsamente representada que la Camorra. Yo nunca comprendí su índole o sus objetivos hasta que oí la historia verídica de Jean Antoine Stromboli. Fué él a Nápoles y descubrió la Camorra. Investigó y supo exactamente qué clase de sociedad era.

Pero dejemos que él refiera la historia en sus propias palabras.

—*¡Voyons!* Apenas llegué a Nápoles, la Camorra se impuso a mi atención. Al desembarcar, noté que el botero que había traído a tierra mi modesto equipaje deslizaba subrepticiamente una monedita en la mano de un corpulento mirón, ataviado ostentosamente con el traje charro que uno asocia instintivamente al oficio de bandido, cuyo mirón tenía todo el aire de aceptarla no como una limosna, sino como algo que se le debía. Mi vigilante curiosidad se despertó en el acto.

—¿Quién es ese hombre?—pregunté al cochero.

—Es el "camorrista", "signor"—contestó en un tono convincente, al alzar mi equipaje para colocarlo en un coche.

—¿Y por qué le da usted dinero?

—Porque lo pide, "signor"—respondió el hombre, y saltó a su pescante y partió antes de que tuviera tiempo de proseguir en mi interrogatorio.

Me propuse investigar este asunto y mientras tanto, lo descarté de mi mente, y me fuí a comer, saliendo después a recorrer la ciudad para distraerme.

Mi diversión tomó la forma de una partida de billar en un café, que no era, debo confesar, uno de los más elegantes de su clase en la ciudad.

Había allí mejor oportunidad de observar la vida de la gente que en los lugares más elegantes.

Pero no me atuve a observar simplemente la vida de la gente, sino que también les gané su dinero. Mi habilidad en el billar no era entonces tan insignificante y en varias jugadas sucesivas fuí el vencedor.

En total, gané lo bastante, tal vez, para pagar la cuenta de mi hotel por una semana. Entonces guardé mis ganancias y deseé a todos unas corteses "buenas noches".

Luego tomé mi paraguas—porque había estado lloviendo—y salí rápidamente a la calle.

No había andado media docena de pasos cuando un desconocido avanzó de la sombra y se acercó a mí.

—¿Nuestra parte, "signor"?—me dijo perentoriamente, por no decir fieramente.

—¿Qué parte? ¡Y a quién tengo el honor de dirigirme?—respondí con no menos determinación.

—"Il camorrista"... el hombre de la Camorra—contestó.

Una repentina curiosidad se apoderó de mí. ¿Cómo se portaría este imperioso sujeto, pensé, si yo lo golpeara repentinamente y con gran violencia en el estómago con la punta de mi paraguas? Me pareció un interesante experimento y digno de probarlo.

—¡Ea, aquí está vuestra parte!—exclamé, y lo ataqué con la destreza y rapidez de una persona acostumbrada al manejo del florete.

Mi ojo y puntería fueron seguros, y el resultado satisfactorio. La virola hirió a mi antagonista debajo justamente del esternón, en ese punto sensible a que siempre apuntan los pugilistas.

Lanzó un grito de dolor, vaciló, se dobló hacia atrás y cayó al suelo hecho un ovillo.

—"Addio", camorrista... adiós, hombre de la Camorra—le dije y me alejé con dignidad, siendo esto motivo de gran asombro y admiración de los espectadores.

Pero mi experiencia me había interesado. Comprendí que estaba frente a un misterio, y resolví penetrar hasta el fondo de él. Con ese fin toqué la campanilla de mi dormitorio a la mañana siguiente, e hice llamar al hotelero.

Vino al momento.

—¡Veamos, hotelero!—exclamé.—Lo que deseo saber es esto: ¿Qué es la Camorra? ¿Por qué he sido invitado — sin ceremonia alguna y con amenazas—a subscribirme a ella? ¿A qué propósito hubiera sido dedicada mi subscripción si la hubiese pagado en vez de derribar al agente de la sociedad—el recaudador de su tributo—de un golpe inesperado?

—La Camorra es...

—¿Y bien?

—La Camorra es la Camorra. Es prohibido decir más.

Y dicho esto abandonó la habitación cerrando de un golpe la puerta al salir, le echó llave y me dejó encerrado. Luego llamó por el ojo de la cerradura, diciendo:

—¿Me perdonará el "signor"? Es el único modo. Voy a arreglar la seguridad del "signor" antes que la Camorra...

Poco después regresó.

—Está arreglado—dijo.—Si el señor es tan bondadoso que quiera pagar su cuenta ahora mismo, estos caballeros le proporcionarán la protección que necesita.

—¿Y la Camorra?—pregunté.

—¡Chitón!—respondió, levantando sus dos manos para ordenar silencio.

Así, pues, aboné mi cuenta y salí acompañado de mi escolta policial, tratando de pensar con más benevolencia en mi hotelero.

—El pobre hombre tiene buena intención, según parece—me dije.—Teme que yo pueda ser asesinado por esta terrible y predominante sociedad, presente en todas partes. Me procura protección de la policía.

Luego, al encontrarnos en la calle, procedí a entrar en conversación con mi escolta.

—Veamos—les dije.—Ustedes, al menos, mis amigos, podrán darme algún informe sobre esta misteriosa Camorra.

—¡Silencio!—fué la única contestación que obtuve, dicha en tono autoritario.

—Antes que sigamos adelante, entonces, tomemos un vaso de vino—indiqué.

Convinieron con ello, y se sentaron conmigo en un café al aire libre, bebiendo a mis expensas; pero el refrigerio no los hizo más comunicativos. La Camorra era la Camorra. Era un secreto; era poderosa. Ayudaba a sus amigos y castigaba a sus enemigos sin misericordia. La gente que no pertenece a ella tiene que pagar tributo a aquellos que son de la cofradía. Esta fué toda la información que pude conseguir.

—Debe ser una sociedad que trabaja para la revolución—indiqué.

—¡Silencio!—repitieron de nuevo con acento entre salvaje y medroso; y nos retiramos del café y seguimos nuestra marcha.

Se me ocurrió que habíamos andado lo bastante y que ya no necesitaba protección de la policía.

No es cosa frecuente que un vigilante se ría, pero estos agentes de policía se rieron como campesinos en el teatro.

—¡Bajo la protección de la policía! Es una manera de decir, cuando uno tiene corazón alegre y le gusta gastar bromas.

—¿Bromas?

—Ciertamente, desde que está usted bajo arresto.

—¿Bajo arresto? ¿Acusado de qué?

Se encogieron de hombros al unísono.

—La Camorra está en el fondo de esto. La Camorra y el hotelero están en conspiración contra mí...

—Es posible. No tenemos informes sobre el asunto.

—Pero yo resistiré sus maquinaciones. Yo soy Jean Antoine...

—Es posible... no tenemos informes. Pero aquí está la prisión.

—¡Paciencia!—me dije, cuando el gran portón rechinó cerrándose detrás de mí; y pronto fué evidente que necesitaba tener una buena dósis de paciencia.

No había allí ceremonioso recibimiento de los recién llegados por las autoridades; ni siquiera tomaban la molestia de preguntar quién era uno.

No había tampoco separación y retiro.

—Esta es su sección. Sopa y macaroni se sirven dos veces al día. Los otros prisioneros le dirán dónde puede dormir—me dijo el carcelero brevemente.



La caridad y las mujeres

Hay almas tan buenas, tan buenas; hay personas tan piadosas y tan caritativas que, el día en que no quedaran en el mundo desgracias que socorrer e injusticias que reparar, la existencia les parecería baldía y desprovista de sentido. Por esto tiene la miseria tantos partidarios. Si no hubiese riqueza—decía yo el otro día—no habría miseria. Si no hubiese miseria—añado ahora—no habría caridad; y la caridad está considerada, sino como uno de los sentimientos más nobles del hombre, por lo menos como uno de los que más enaltecen a la mujer.

Yo convengo en las excelencias de la caridad, aunque me choca un poco el que se la relegue, casi exclusivamente, para uso de señoras desocupadas. Hasta cuando se la ejerce en privado, parece la caridad una cosa de mujeres. Frecuentemente, cuando un matrimonio bien vestido sale del teatro y se tropieza con un pobre, es el marido quien se conmueve, pero, en vez de alargar directamente su mano, le pasa a su esposa la calderilla que lleva en el bolsillo del gabán.

—Toma—le dice.—Para ese desdichado...

La caridad resulta así un sentimiento femenino, como la afición a los trapos o el miedo a las ratas, y esto le hace perder a la miseria gran parte de su decoro. Es una lástima, pero no debemos por ello pensar mal de la caridad. Indudablemente, y a pesar de todo, la caridad es una virtud excelsa.

Yo convengo, como digo, en reconocer las excelencias de la caridad, pero, si se ha encontrado ya el procedimiento de acabar con la miseria, y si la miseria se conserva tan sólo para desarrollar los sentimientos caritativos en el alma de las señoras de buena posición, creo que se abusa un tanto. Los que tenemos una naturaleza poética no nos acostumbraríamos fácilmente a vivir en un mundo desprovisto de caridad, pero nos acostumbraríamos. Sería doloroso, incuestionablemente, el saber que no habrá caridad sobre la tierra, pero nos consolaríamos pensando que ya no hacía falta ninguna.

Y mientras las mujeres siguieran experimentando la necesidad imperiosa de alguien a quien llorar y socorrer, podrían constituir asociaciones en defensa del mirlo, pongo por caso. En Inglaterra, donde los gobiernos les van quitando cada vez más pobres a las damas caritativas, gran parte de la ternura femenina ha derivado hacia el avestruz, y en un cartel de propaganda, yo he visto cómo se le llamaba a este bicho, grande como un guardia de la City, el "tierno e inocente pajarillo"...

Julio CAMBA.





Y cerrando de golpe una puerta desapareció.

Un período de fastidio, un término de cansadora espera, con verdadera incomodidad, pero sin agitaciones, parecía ser lo que la suerte me tenía reservado. Pero una vez más, al menos, en lo que se refiere a excitación, me equivoqué. Un compañero de prisión me proporcionó inmediata excitación y entretenimiento.

Era alto, delgado y de constitución nervuda y fuerte. Se acercó a mí, como el hombre a quien yo había golpeado en el estómago después de haber estado jugando al billar, con una mano extendida para recibir una dádiva, y blandiendo un garrote en la otra.

—¿El tributo?—pidió brevemente.

—¿Qué tributo?—pregunté yo tranquilamente.

—Para comprar aceite para la lámpara de la "madonna".

Era una fórmula, aunque yo no lo sabía. Pero como puede suponerse, no estaba con humor conciliatorio en ese momento. Me enderecé altivamente y le dije:

—Mi buen hombre, no sabía que tuviera el placer de contar con vuestra relación.

Entonces se presentó a sí mismo.

—Io sono il camorrista..., el hombre de la Camorra.

Clavé mis ojos en el hombre, para mostrarle que estaba pronto para defenderme, y le hablé gravemente.

—Seamos razonables—dije. — Deje que le haga una proposición.

—¡Hable!

—Desde mi llegada a Nápoles, he tenido curiosidad de saber lo que es vuestra Camorra, y qué hace con el dinero que reúne con tan sistemática industria. Si usted me lo dice, le daré una moneda de oro; y si no me lo dice, no le daré nada.

¿Habría cedido si hubiéramos estado solos? No puedo decirlo. Un cordón compacto de nuestros compañeros de prisión se había agrupado a nuestro alrededor, y su orgullo estaba en juego.

—¡Silencio! No tiene usted que hacer preguntas, sino pagar.

Mi carácter se sublevó, y resolví precipitar la crisis. Arrojé al suelo una moneda de oro, parte de mis ganancias en la mesa de billar, y lo desafié.

—Nadie dirá que Jean Antoine Stromboli Kosnapulski es mezquino—grité.—Aquí está su dinero, y yo pelearé por él.

Un grito feroz de aprobación se elevó de los espectadores.

—¡Un duelo! ¡Un duelo!—exclamaron en coro, y el representante de la Camorra, haciéndole justicia, no rehuyó el encuentro.

—¡Antonio!—llamó a un compañero,—¡trae cuchillos!

Pero yo no quería cuchillo. Es un arma en cuyo uso tengo poca práctica.

—¡No, no!—grité.—No tomaré una ventaja desigual. ¿Será su cuchillo contra mi paraguas? ¿No le parece eso justo y conveniente para usted?

Pareció vacilar como uno que teme un peligro desconocido; pero la opinión pública de la prisión estaba a favor de mi propuesta. Tenía la novedad de su parte; prometía un espectáculo de extraños resultados calculados para aminorar el tedio de la vida de prisión. Por lo tanto, a mi contrincante le fué imposible negarse.

—Como usted prefiera—dijo, y se nombraron padrinos y despejóse un espacio. A la palabra dada, avanzamos a encontrarnos frente a frente desde los ángulos opuestos del patio.

El camorrista avanzó al principio furtivamente, con pasos largos, felinos; y yo por mi parte avancé fieramente, manteniéndome derecho como un maestro de esgrima de la escuela francesa. Entonces el camorrista se lanzó sobre mí como salta el galgo sobre la liebre. Me di cuenta de su propósito, agarrar la punta de mi arma con su mano izquierda, mientras hería con la derecha con un veloz movimiento simultáneo.

Al tomarla, lo empujé, dando un paso rápido a la derecha al hacerlo. Vaciló y se demoró medio segudo. y este retardo me dió mi oportunidad. Tan pronto como mi pie derecho se asentó firme en el suelo, descargué con el izquierdo el "coup de savate". Antes de que pudiera hacer girar el cuchillo, y cuando se inclinaba ligeramente hacia adelante, el golpe le pilló en el mismo punto bajo el esternón en que mi antagonista de la noche anterior había sido herido.

El cuchillo cayó de su mano, y rodó por tierra, gimiendo e impotente. Todo había terminado. Estaba victorioso: y señalé con mi paraguas a mi rival allí donde yacía postrado.

—¡Eh, caballeros! ¡La moneda permanece siendo de mi propiedad, creo! —exclamé recogiéndola y volviendo a colocarla en mi bolsillo.

—Si algún otro caballero desea entrar en una batalla semejante para el aceite de la Madonna...—proseguí, pero nadie avanzó. Al contrario, me vitorearon como los antiguos romanos, de los cuales ha oído usted hablar, podían haberlo hecho con un triunfante gladiador.

Pero mi triunfo estaba llamado a tener una consecuencia que yo no había previsto. Durante el resto del día mi mente no estuvo enteramente tranquila. Algunos de mis compañeros de prisión estaban cuchicheando de una manera que no tendía a alentarme ni a darme confianza. Parecía haber razón para temer que mientras dormía tomaran ventaja sobre mí, cometiendo algún acto de violencia en la obscuridad.

—No puedo mantenerme despierto todas las noches; pero esta noche es necesario que vigile y vea lo que sucede—me dije.

No tuve mucho que esperar para ver algo que justificara mis temores. El mismo hombre a quien yo había derrotado en la mañana se arrastraba furtivamente hacia mí a lo largo del suelo del dormitorio, donde estaba yo recostado, como todos los demás, sobre un miserable y duro colchón.

Esperé hasta que estuvo cerca de mí, y entonces me incorporé repentinamente, con mi mano en el paraguas, preparado a herir con él. Pero no hubo necesidad de hacerlo.

—¡Chitón!—murmuró el hombre.—Esta mañana se probó usted. Ahora vengo como amigo. Le traigo esto.

Imagínese mi sorpresa cuando le vi colocar suavemente sobre mi cama un puñadito de monedas pequeñas.

—¿Qué significa esto?—murmuré, observando todavía y sospechando alguna traición.

—Es su parte.

—¿Mi parte de qué?

—Del "barattolo"..., de los fondos que reunimos.

—Pero...

—Se ofrece como una prueba de que deseamos que sea usted uno de los nuestros.

—¿Uno de los vuestros? ¿Que sea de la Camorra?

—Precisamente. Es la regla, cuando un hombre se ha probado, que se le invite a ser uno de los nuestros.

Parecía realmente que había llegado mi oportunidad para obtener contestación a mi pregunta. Alargué mi mano en señal de amistad y pregunté:

—Hábleme entonces como a amigo. Discúlpe mi ignorancia, y dígame qué es la Camorra, a la cual se me pide que me asocie.

Pero otra vez fuí defraudado.

—¡Chitón! Es la regla informar a los compañeros sólo por grados.

—Pero al menos podía empezar a informarme desde ahora.

—Sí, puedo decirle algo. Es una sociedad... secreta y poderosa. Aquellos que no la quieren la temen. Tiene influencia en todas partes. Ella lo ha traído a usted aquí. Arreglará su libertad mañana, retirando el cargo que tiene contra usted. Un compañero lo recibirá en la puerta de la prisión. Haga lo que él ordene.

—¿Pero el objeto de la sociedad? Los fines a que dedica las grandes sumas de dinero que...

—¡Chitón! Es de eso de lo que no debo informarlo todavía. Usted sabe, al menos, que es mejor ser amigo de la Camorra que su enemigo.

Y eso, de todos modos, era evidentemente una verdad.

En efecto: a mi salida, el compañero anunciado me esperaba en la puerta. Esta vez tuve que entendérmelas con un camorrista vestido de caballero.

—¿Es usted el nuevo compañero? —me preguntó cuando salí de la prisión.

—Soy el nuevo compañero, Jean Antoine Stromboli Kosnapulski—respondí.

—Lo estaba esperando—me dijo.

—Es mucha bondad la suya—repliqué.—Tal vez podrá añadir un acto más de bondad informándome cuáles son los fines políticos de esta interesante sociedad en que me he enrolado.

—¡Chitón!—ordenó.—Por ahora, sólo tengo permiso para informarlo de los deberes que tiene usted que llenar.

—Su proceder me parece muy equívoco—protesté.

Pero él me opuso sus razones con amabilidad.

—¡Qué! ¿Quiere saber todo... antes de haberse probado, antes de haber dado garantías? ¿No confiará en la Camorra... aun cuando la Camorra demuestre que ha confiado en usted?

—Pero tengo curiosidad de saber.

—Hay hombres que han trabajado años para obtener el privilegio que usted ha ganado por un solo acto de valor.

—Dentro de una semana, entonces...

—Dentro de una semana recibirá aviso de la asamblea convocada para su iniciación como miembro de la Camorra.

—¿Y entonces sabré todo?

—Todo... pero con la condición de que, mientras tanto, usted cumpla los deberes que voy a encomendarle.

Mi colega explicó la naturaleza de la misión que se me confiaba.

Frente al café en que yo había derribado por el suelo al camorrista, debía pararme como representante de la Camorra. Mi tarea era recolectar la parte de la Camorra, es decir, la décima parte de las ganancias de cada ganador. Tenía que responder a la Camorra por el dinero así reunido, la Camorra dispondría de él.

—No me parece una ocupación de gran dignidad—argüí

—¡Realmente! Es una posición de confianza la que le asigno.

En verdad, había algo de eso en ello.

—Si estuviera completamente seguro—añadí—de los fines de la asociación y del uso que se dará al dinero...

Se sonrió y movió la cabeza, diciendo:

—Pronto lo sabrá, y cuando lo sepa, no tendrá razón para disgustarse.

Después de esto me dejó y yo me fuí a mi puesto, donde ejecuté mis deberes como recaudador de rentas de la Camorra lo mejor que pude.

A su debido tiempo llegó a mis manos una carta, la que decía:

"Querido compañero: Es para esta

Dolor : tú lo eres todo

Dolor: tú lo eres todo; en el ritmo afanado
de la vida, tu aliento es la llama inmanente
que renueva las formas y les da, egregiamente,
un matiz, una luz y un destino sagrado.

Forjador de las cosas, como Dios, increado,
tal cual fuiste al principio serás eternamente;
centella que aniquila o prodigiosa fuente
en que limpien las almas el cieno del pecado.

Y es en vano que opongan, la razón sus consuelos,
el placer sus deliquios, la ternura sus flores
y la Ciencia, atrevida, tus mandatos esquive:

tu saeta, vibrante, rasga todos los cielos,
se hinca en todas las carnes y se enciende en furores
en todo lo que muere... y en todo lo que vive.

El tronco viejo

El pobre tronco viejo; gustador de tormentas,
como un anciano herido, se estremece y vacila:
el vendaval lo doma con sus alas violentas
y sus ramas, exhaustas, escarnece y mutila.

Agónico y vencido, como un ciego que a tientas
huír quiere de un monstruo que fiero lo aniquila,
en contorsiones mudas traduce las afrentas
y piensa que hay un rayo que mata y que rutila.

...De pronto, todo angustia el viejo y débil tronco,
todo hecho dolor, siente que en la vetusta entraña
penetran mil puñales tajantes y hendidores

y que algo que estrangula, que muerde y que se ensaña
lo despedaza... Y cae, con alarido ronco,
a morir en la tierra de sus viejos amores.

José OLIVA NOGUEIRA.

noche, en el sótano de la casa cerca de la cual vigilas. Serás iniciado, y entonces se te informará de todo. No hay nada más.—Tu compañero.''

Era una gran ocasión para mí, y me preparé para hacerle plena justicia.

Escogí mis pensamientos y pulí mis frases, para poder pronunciar una arenga conveniente sobre los principios de cualquier revolución que pudieran presentarse.

El punto de reunión era una pieza larga y baja, debajo del nivel de la calle, a la cual se llegaba por una escalera tortuosa que había dentro del café; del techo colgaban faroles de kerosene, que iluminaban opacamente; nubes de humo de tabaco enturbiaban la atmósfera; sobre una mesa larga, sin mantel ni carpeta, había botellas de vino rojo y vasos.

Los compañeros presentes eran alrededor de treinta, de todas las clases y de todos los rangos sociales, compañeros que tenían todo el aspecto de prósperos profesionales—médicos, abogados y magistrados,—algunos de estos en traje de tarde, como yo, y con guantes blancos; compañeros que parecían trabajadores; compañeros que parecían errantes mandolinistas napolitanos.

No dejaba de parecer extraño que pudiera reinar camaradería entre ellos; sin embargo, la había. Estaban sentados alrededor de la mesa chocando sus vasos unos con otros, mientras a mí se me colocó en un banquillo alto cerca de la puerta esperando la ceremonia de mi iniciación.

Fué una ceremonia muy sencilla. El presidente de la asamblea se puso de pie y se dirigió a mí.

—Es necesario que pronuncie el juramento de regla. Repítalo conmigo.

Recitó la fórmula, que era corta y sencilla.

Juré ser fiel a la Camorra, guardar sus secretos, obedecer sus órdenes, no traicionar a los compañeros denunciándolos a la policía. Y eso fué todo.

—Ahora, bebed—exclamó el presidente. Y se me entregó un vaso de vino rojo, y yo lo vacié debidamente hasta las heces, después de haber dado vuelta en torno de la mesa chocando los vasos con cada miembro.

—Y ahora—prosiguió el presidente —llegamos al asunto de la noche.

Escuché ansiosamente. Al fin parecía que el misterio iba a aclararse y llegaría a conocer el secreto de la Camorra; sabría para qué sagrada causa reunía sus entradas, y por qué sutiles medios se proponía emplearlas para derrocar soberanías y poderes. La verdad cayó sobre mí como un rayo.

—¡Giovanni, traedme los libros!—ordenó el presidente a un subordinado. Y dos grandes libros, como los que uno ve en las oficinas de comercio, fueron puestos delante de él.

—¡Y el dinero!—añadió, y un número de pequeñas bolsas llenas de monedas fueron traídas también por el mismo.

Unos minutos después se hallaba embargado en cálculos, mientras alrededor se oía el zumbido de la conversación. De pronto alzó la vista, y golpeando en la mesa, ordenó silencio. Cuando habló, podía haberse oído el ruido de un alfiler al caer.

—La semana ha sido afortunada—empezó, y al oír esto estallaron vivas y aclamaciones. Además del acostumbrado tributo recaudado en los muelles, hoteles y cafés, se han recibido algunas contribuciones buenas de ganaderos y labradores cuyo ganado los compañeros han prometido no envenenar, y ciudadanos en cuyas casas los compañeros han respondido que no habrá robos. El ''barattolo''...

—¡Viva il barattolo!—gritaron los compañeros con gran júbilo.

—El ''barattolo'' de la semana asciende a la suma de 20.000 liras—grandes aclamaciones. — Hechas las deducciones necesarias para los gastos de trabajo, y la remuneración de los empleados de la sociedad, quedan 730 liras — ciento cuarenta y seis pesos oro—para cada compañero.

—Veamos, compañeros...—empezó —Voy a proceder a la distribución de los fondos. Giovanni, llevad primero esta bolsa al nuevo compañero, Jean Antoine Stromboli Kosnapulski.

Mi turno había llegado y tenía libertad para hablar. Me aclamaron lo que me puse de pie imaginándose, no hay duda, que deseaba darles las gracias por el honor que me habían hecho.

Pero este no era mi propósito. Mis sospechas se habían despertado, y concentré esas sospechas en la forma de preguntas escudriñadoras.

Empecé:

—¿Esta bolsa de dinero es para mí?

—Naturalmente — replicó el presidente.

—¿Para hacer lo que yo quiera?

—Absolutamente.

—¿Y para cada compañero presente hay una igual también, para que haga lo que quiera con ella?

—Ciertamente. Todos somos hermanos aquí.

—¿Y las grandes entradas de esta gran sociedad son recaudadas con el único propósito de dividirlos de este modo semanalmente entre los pocos favorecidos?

—Precisamente. ¿Para qué otro propósito nos tomaríamos el trabajo de recaudarlas?

—Entonces tengo algo que decir.

Porque ahora la **verdad** estaba revelada, y mis sospechas se habían confirmado, sublevándose en el acto mi indignación.

Los compañeros me miraban fijamente. Las frases quemantes brotaban de mis labios como lava ardiente. El discurso que pronuncié no fué el que había preparado, por cierto.

—¡Sí!—exclamé.—Tengo que deciros algo; y es lo siguiente: Me habéis engañado, embaucado y defraudado: me habéis seducido con vuestras bellas palabras para atraerme a una sociedad de la cual me encuentre en el acto avergonzado.

Un murmullo se iba levantando, pero yo lo apacigué.

—¡Silencio! No he concluido. Recién he empezado. Por vuestros movimientos de cabeza, gestos, guiñadas y misteriosas palabras me habéis hecho creer que al asociarme a vosotros me asociaba a la sociedad revolucionaria más poderosa que el mundo ha visto nunca y me encuentro—yo, ''moi qui vous parle''—sentado y bebiendo en un antro de ladrones.

Se produjo un gran rumor.

—¡Silencio!—grité.—Estoy a punto de terminar. Me resta sacudir de mis pies el polvo que se ha adherido a mí; que rompo mi conexión con vosotros, que os denuncio...

Pero no pude seguir. Fué la palabra ''denuncio'', desgraciadamente elegida, con su insinuación de revelación a la policía, lo que estimuló a los compañeros a la acción. Su número les dió coraje; sus cuchillos relampaguearon; y como un solo hombre saltaron sobre mí.

No era momento para argumentar. Arrojé mi banco con ímpetu a los que estaban más cerca, y gané así una ventaja. En la tortuosa escalera uno de ellos se prendió de la orilla de mi capa; eché los brazos atrás, de manera que quedó en sus manos. Gané la calle y corrí como un gamo, perseguido por unos veinte pícaros napolitanos con sus puñales desenvainados.

Pero yo era muy veloz, y me persiguieron en vano, y cuando hube llegado a la estación ferroviaria y saltado dentro del coche de un tren que partía—el cual parecía, en aquellas circunstancias, el lugar más seguro de refugio—me hallé con que mi bolsa llena de monedas estaba bien segura en mi bolsillo.

—¡Veamos!—me dije, al examinarla.—¡Si pudiera devolver cada una de estas monedas a su legítimo dueño! Pero eso es obviamente imposible; no hay otra alternativa sino que yo las conserve como un recuerdo de una notable experiencia de mi vida que no volverá probablemente a ocurrir otra vez.

"Estados Unidos Standard" Saving Time

El norteamericano, aunque no tenga nada que hacer, siempre da la impresión de un hombre muy ocupado. Con la ilusión del "time is money", cree sinceramente que "saving time" equivale a "saving money".

Todo norteamericano tiene por principal obligación economizar el tiempo. Para ello acostumbra:

1.° Tomar por las mañanas un baño de lluvia en lugar de un tub. "Saving time": tres minutos.

2.° Desayunarse con huevos duros en lugar de huevos fritos. "Saving time": un minuto diez segundos.

3.° Vestirse en "Union Suit", marca "B.V.D." Esto le permite ponerse a un mismo tiempo el "undershirt" y el "underdrawers". "Saving time": diez segundos.

4.° No ponerse en chaleco. "Saving time": diez segundos.

5.° Irse a la oficina en "subway" en lugar del "bus". "Saving time": treinta minutos.

6.° No leer la "Sección política" en el "New York Time". "Saving time": veinticinco minutos.

7.° "Baaber Shop" en "Down Town": "Shave", "Manicure", "Shampoo", "Shine", "Stenographer". Todo a un mismo tiempo. "Saving time": doce minutos.

8.° "Lunch" en "Down Town": "Beefsteak", "Pie", "Ice Coffee". "Saving time": cinco minutos.

9.° En la oficina: Timbres, "Clerts", "Dictaphones", "Stenographers", "Calculatins machines", "Asistanto". "Saving time": una hora diez minutos.

10. En la oficina: "Repvits", "Memorandums", "Facsimile". "Saving time": treinta minutos.

Son, en total, 2 horas, 56 minutos y 50 segundos de "saving time", que el norteamericano dedica a jugar "Mah Jones" en su casa, o a resolver "Pusseles" en la oficina.

César CASCABEL.

Forma y color.--Impresiones de viaje

Por Cupertino del Campo

De la obra así titulada, cuya segunda parte acaba de publicarse, entresacamos los interesantes fragmentos siguientes:

Nuremberg, julio 7.

Salí de Munich a las 11 y 50 y llegué aquí a las 15 y 29. Nada de particular ofreció lo que vi por la ventanilla: llanura monótona de apretados cultivos y, de vez en cuando, una que otra lomita que alegraba los ojos.

No bien dejé el equipaje en el hotel que me aconsejó el peón (ahora siempre hago así y me va muy bien), salí a vagar por las calles y caminé cinco horas sin parar, porque a medida que caminaba quería ver y ver y ver. Me perdí varias veces pero, gracias al planito del que me proveo siempre, inmediatamente después de llegar a una ciudad nueva, me volví a encontrar.

Difícilmente habrá en el mundo una ciudad más pintoresca que ésta, por lo movida en la línea y por lo cambiante en el color. Nuremberg es preciosa. Para la derecha, para la izquierda, para atrás, para adelante, para cualquier lado hacia el que mires hay un cuadro nuevo y distinto del anterior.

El tiempo, que era gris a mi salida de Munich, se despejó completamente y tuve la suerte de ver a Nuremberg en una espléndida tarde de sol. Los edificios góticos de altas agujas o de anchos techos a gran declive con teja roja o con pizarra de un tono verdoso, parecen puestos especialmente para que cualquier sitio de la ciudad sea un punto de vista interesantísimo. Siempre hay algo a los lados dispuesto en bella perspectiva y siempre hay algo en el fondo que cierra deliciosamente las calles estrechas y por lo general curvilíneas. Dentro de una perfecta uniformidad de estilo, hay las más inesperadas variaciones que puedan imaginarse. Es un quebrarse sin cesar de líneas que nunca están quietas. Suben, bajan, son verticales, son oblicuas, son horizontales, o dentadas, o curvas o se combinan nerviosamente, pintorescamente, fantásticamente sin que nada desentone, ni choque, ni pierda el carácter. Y después, arriba y en el fondo, contrastando con las obscuras paredes, aunque siempre coloridas, brilla el rojo de los techos heridos por el sol de la tarde, o el amarillo de las paredes, con notas mágicas de colores de fuego, cambiantes siempre también, en forma maravillosa. ¡Felices los pintores que viven aquí! Sin salir de la ciudad y desde cualquier punto de ella en que se encuentren, tienen motivos estupendos, riquísimos de color y bellísimos de dibujo. Yo he pintado ya varios cuadros mentalmente, mientras andaba como loco por las calles, mirando para todos lados, parándome a cada rato, dándome vuelta, caminando para atrás, cerrando un ojo y enmarcando con los dedos a los innumerables preciosos motivos que me salían al paso. Y ya sé cómo hay que pintar esos paisajes que jamás haré. Hay que empezar por establecer perfectamente el dibujo arquitectónico, jugando con el lápiz al trazar los arabescos de los perfiles. Y después... color, color y más color; es necesario destruir todo el dibujo y hacer cantar a la paleta en un mosaico de tintas jugosas, llenas, profundas en los obscuros y brillantes, alegres, luminosas, vibradas, fulgurantes, arriba, en los techos incendiados por el sol.

Y en esta ciudad chica, de calles por lo general estrechas, de pronto te sorprende una gran plaza que se abre inesperadamente, una iglesia monumental de encaje gótico o un castillo medioeval de torre cilíndrica y de vetusta muralla.

Pensaba irme mañana; me voy a quedar un día más.

Por otra parte, tengo que ver dos museos que ya sé dónde están y que por una feliz coincidencia quedan a ambos lados del hotel y muy cerca. Tal vez vea uno solo en el que hay obras modernas alemanas (de Lenbach, desde luego), porque el otro me parece que es del género del Museo Nacional de Munich.

No dejé, por supuesto, en medio de mi frenesí ambulatorio, de entrar un rato a la casa de Dürer. Esta me interesó en sí misma, más que las copias de algunos de sus cuadros y las fotografías de otros, que contiene, fuera de los grabados que pueden verse en muchas otras partes y de algún dibujo original. No sé por qué, pero no sentí el alma del maestro y me incomodó mucho la muchachita gorda que explicaba todo. Y no creas que porque hablaba en alemán; al contrario: eso me proporcionaba la gran ventaja de no entenderla. Pero su vocecita monótona y un tanto esgarrada, no era, a buen seguro, el menos incómodo de los ruidos, como dijo el malogrado Napoleón.

Julio 8.

Esta mañana tuve la desagradable sorpresa de encontrarme con el museo de arte moderno (Stadt galerie) cerrado; felizmente se abrió de 14 a 17. Aprovechó, pues, mi tiempo visitando tres iglesias: Lorenzkirche, Sebalduskirche y Frauenkirche, góticas, naturalmente. Las dos primeras son más espaciosas, pero las tres muy interesantes. Lástima que las llenen de copias y de otros cuadros más o menos viejos, para justificar sin duda lo de la entrada paga, como si el gótico no fuera ya bastante cargadito. Lo que hacen con eso es interrumpir la pureza de las líneas.

Después de almorzar fuí al museo. Es muy pequeño y en realidad no hay más que tres cosas que ver. Uno de los tres retratos de Lenbach (el de Bismarck) personaje a quien siempre hace distinto e interesante reflejando en cada obra un momento propio del modelo. La otra cosa es un gran herrero de bronce de Meunier que hay en el vestíbulo de entrada. Y por último una serie de dibujos de Gavarní. Los demás son pequeños llenaparedes sin importancia o grandes máquinas como la guerra de las amazonas de Feuerbach, especialmente anunciada en el cartel colocado en la puerta exterior de la Galería. No faltan, al lado de esto y como haciendo contraste, algunas simplezas expresionistas, tan deformes como sin gracia.

La caminata de ayer y la de esta mañana me tenían algo cansado físicamente, de modo que al encontrar en Hallplatz a la carroza de los turistas con guía y todo, próxima a partir, me convertí de golpe en turista y, con la psicología alterada, trepé sin poderlo remediar por la pequeña escalera del vehículo.

Mi idea era simplemente la de buscar un sitio cómodo para seguir admirando los cuadros urbanos, sabiendo de antemano que los guías nunca ven las cosas más interesantes de las ciudades que muestran, que son generalmente los rincones humildes con un bello efecto de luz. ¿Qué demonios le importa a un viajero que llegó ayer, y se va mañana, saber dónde está la policía o el teatro de la ópera? En cambio, lo que hay que decirle, que nunca se lo dicen, es:

—¡No pierda esto, amigo! ¡Mire ligero para atrás!

—Ah, sí. ¿Qué es?

—Es lo que está viendo. ¿Para qué más?

—Tiene razón. ¡Es espléndido!

Y es sencillamente un tejado rojo que se refleja en el río con otras cosas grises azuladas, que lo mismo da que sean edificios o árboles.

Pero la verdad es que la gente cuando ve una casa quiere saber hasta el nombre y apellido del propietario, y si se le explica que se quemó y la reedificaron, lanza un "¡ah!" de pueril curiosidad satisfecha y de inútil condolencia retrospectiva.

Lo que quiero decir, después de todo, que el guía sabe muy bien lo que hace...

En tres puntos del camino se interrumpió la marcha. En el primero para visitar la iglesia de San Lorenzo, de modo que yo, que la había visto, me quedé solo en el coche, pensando por qué habría subido. La segunda para visitar la iglesia de Nuestra Señora, que yo también había visitado, de modo que, otra vez, me quedé solo en el coche y, para matar el tiempo y tentado por un lindo motivo que tenía ante mi vista, me puse a hacer un croquis al lápiz.

No bien había empezado cuando el cochero, después de un breve diálogo con los caballos, resolvió cambiar de sitio, no obstante mis protestas en un inglés atosigado que ni yo mismo entendía.

"Ja, ja", me decía el alemán, y seguía viaje tranquilamente. Y fué a colocarse en el único punto de Nuremberg desde el que no se ve nada que pueda dibujarse, y, para colmo, al rayo del sol. Tuve que bajarme del coche renegando en criollo, dos cosas de las que ni siquiera se dió cuenta el triple camello del auriga.

La tercera parada fué para que nos retratara un fotógrafo premeditadamente apostado en un sitio estratégico y que debe de ir a medias con el guía. Y todos los buenos burgueses posamos, sonriendo.

Todavía hubo una cuarta y última parada para visitar el Burgo, un antiguo castillo medioeval de mucho interés y de un gran carácter. Esto que pudo ser un buen número del programa, me lo amargaron al final, porque nos llevaron a un cuarto lóbrego de la torre, para mostrarnos instrumentos de tortura con láminas explicativas.

A mí estas cosas me producen una impresión extraña. Me dan más la idea de la absoluta estupidez humana que de su salvajismo. Sólo la imbecilidad moral combinada con la imbecilidad intelectual más completa pueden llevar a la invención de aparatos para torturar a un semejante. Esto, lejos de ser refinamiento, es siempre embotamiento, mellamiento, enromamiento de todas las puntas y los filos del espíritu. El odio es un sentimiento subalterno, y la venganza una confesión rubricada de pitecantropismo y de cuasi antropofagismo substitutivo.

¿Para qué conservar esos repugnantes instrumentos en una ciudad tan bella? ¿Qué interés puede haber en que al burgués turista se le paren los pelos de punta o, lo que es peor y más frecuente, se le queden perfectamente asentados sobre su cráneo impermeable? ¿Con qué fin y con qué derecho se trata de asustar a las señoras gordas a quienes ya les parece sentir en los propios jamones los clavos puntiagudos de las prensas de hierro?

El hecho fué que me "escupieron el asado", como dicen los criollos, y me lanzaron con el estómago revuelto.

Y todavía faltaba lo peor. Al llegar al punto de partida, nos esperaba el fotógrafo con las tarjetas postales ya impresas y sequitas.

Y como éramos turistas las compramos. Te la mando. Yo estoy al lado de un yanqui de perita que me proyecta la sombra de la misma convirtiéndome en "malacara". Para vengarse de lo que yo te había dicho de sus compatriotas, resultó políglota. Empezamos hablando en inglés, seguimos con el francés y terminamos con el español. Todavía él hablaba el alemán y parecía divertirse con la charla del cicerone. Me dijo que era un humorista.

¡Y a mí que me parecía todo lo contrario!

PRECEPTOS DE NOBLEZA

La nobleza se pierde moral y positivamente: así como los soberanos conceden títulos nobiliarios, y visten de calidad señoril a una persona, así mismo dan carta desaforada. Una vez anulados los honores y prerrogativas, el noble queda plebeyo. Todo el que incurre en caso de menos valer aplebeya su sangre: el infame no puede ser noble; hay también incompatibilidad entre el señorío y la indignidad. Los que dan principio a su enriquecimiento con lucros despreciables y granjerías ruines, no son, no pueden ser nobles: "el agio", verbigracia, es una de las formas del robo; el ladrón no es noble. Los que tiran a la ruina de sus semejantes por medio de la murmuración, la difamación, la calumnia, no son, no pueden ser nobles: la nobleza se contonea en el orgullo de buena casta, y éste es gran señor, que mira para abajo a las pasiones viles. Los que se venden a la avaricia, y por satisfacerla vuelven la espalda a la moral, no son, no pueden ser nobles: la nobleza anda con gran prosopopeya por el ancho campo de la libertad; el desprendimiento es su corona. Los que juran falso, y profesan la mala fe, y practican el dolo malo, no son, no pueden ser nobles: la nobleza jura por Dios y la honra, y no engaña a uno ni a otro; habla siempre la verdad, "ca ninguna cosa es más del caballero" que el ponerla por delante en las palabras y los hechos, y mira con horror toda superchería. Los que se arrastran a los pies de un tirano y le rompen a besos la mano podrida en sangre, no son, no pueden ser nobles: la verdadera nobleza es austera, no contemporiza con los crímenes y la corrupción; no sufre mordaza en la boca ni cadena en el tobillo. Tan gran cosa es una ilustre sangre, que no apreciarla, es negadez; enturbiarla con una acción ignominiosa, irreparable desgracia. En estas consideraciones ese fundó, sin duda, la más sabia de las sectas de filosofía, cual era la de los estoicos, para sentar este principio: "No hay más nobleza que la de las virtudes."

Juan MONTALVO.

La industria carbonera inglesa

La exportación de carbón es de importancia vital para este país, porque es necesario equilibrarla con las importaciones de alimentos y emplear la marina mercante. Pero en los últimos años este negocio ha disminuído considerablemente, y es necesario buscar medios para favorecerlo. Actualmente las exportaciones son de poco más de 40.000.000 de toneladas anuales, en vez de 73.000.000 que se exportaban en 1913.

El final de la guerra encontró a Europa agobiada por la escasez de carbón. Un gran número de minas habían sido destruídas o deterioradas. Alemania no estaba en posición de exportar ni aun la mitad de la cantidad que exportaba antes de la guerra. En París y en otras ciudades continentales se ofrecían hasta 125 francos por tonelada de carbón, e Inglaterra, en vez de aumentar su producción y obtener nuevos mercados, empezó a reducirla, limitando a siete las horas de trabajo, causando huelgas grandes y pequeñas, y cada minero limitando la cantidad de carbón que enviaba a la superficie. Se tuvo que restringir carbón a los mejores clientes de este país, haciéndoles emplear aceite mineral; aunque se procedió con gran rapidez a remediar los deterioros en las minas, explotaron otras nuevas, adoptándose varios sistemas para economizar el combustible. A esto se debe que el negocio carbonero inglés esté en decadencia. Francia produce más carbón que antes de la guerra; Bélgica, prospera igualmente; Alemania ha avanzado considerablemente en su producción. Las enormes reservas de carbón de Polonia están siendo también explotadas.

No es posible deshacer lo hecho. Este país ha estimulado el desarrollo minero y sistemas economizadores de combustible en varios países. Pero es un error creer que Inglaterra ha agotado sus mercados y que el aceite y otros combustibles reemplazarán tarde o temprano al carbón. Las autoridades geológicas de los Estados Unidos aseguran que el mundo está consumiendo más carbón que años antes de la guerra. La importancia del aceite mineral y la electricidad han sido exageradas. Con el aumento de población y desarrollo de industrias manufactureras es muy probable que el carbón continúe usándose en grandes cantidades durante un gran número de años. Se pueden mencionar dos puntos significantes. Una compañía de vapores holandesa, que había hecho construir varios buques para usar carbón, en vista de la baja en el precio de éste y aumento en el costo del aceite mineral. Los ferrocarriles por todas partes siguen valiéndose del carbón, esperándose que en los próximos años se puedan ejecutar muchos proyectos de extensiones ferroviarias.

El carbón inglés continúa siendo el mejor de todos. Las minas inglesas están más cerca de los puertos de embarque que las de los países competidores. Inglaterra puede enviar carbón a Hamburgo a un costo menor por transporte que el que tienen que pagar los alemanes por llevar el suyo a dicho puerto. Este país puede poner su carbón en Quebec con más economía que los Estados Unidos el suyo. El transporte de carbón inglés cuesta menos que el envío de carbón indio desde el interior de la India a dicho puerto. Las minas inglesas están tan cerca de los puertos de embarque y las facilidades son tales, que los gastos de lugar a lugar son los más pequeños del mundo, con la única excepción del carbón belga. Si la producción es barata y el suministro continuo, Inglaterra puede vencer a todos sus competidores en los mercados neutrales. Canadá solo necesita importar cerca de 20.000.000 de toneladas anuales. La totalidad de esa demanda puede ser suplida por Inglaterra si este país modera sus gastos en las minas. En Sud América Inglaterra podría también vencer a los Estados Unidos si lograse reducir sus costos de extracción. En los puertos del mar de la India aumentaría considerablemente la demanda de carbones en beneficio de la marina mercante, por el mismo método de producción económica. Este país perdió buena oportunidad en los años 1919, 20 y 21; pero todavía le queda alguna esperanza si la llega a cuidar y hace uso ventajoso de esas condiciones.

La primera persona que jugó a la pelota

De todas las heroínas de la antigüedad, Nausica es la única que Homero presenta jugando a la pelota. Se la puede, pues, considerar como la inventora de este juego, ya que ella constituye el ejemplo de jugadora más antiguo que se conoce.

"Después de comer—dice Homero en la rapsodia sesenta de "La Odisea",—Nausica y sus sirvientes se quitaron las cintas de sus cabezas y se pusieron a jugar a la pelota. Y Nausica empezó a cantar."

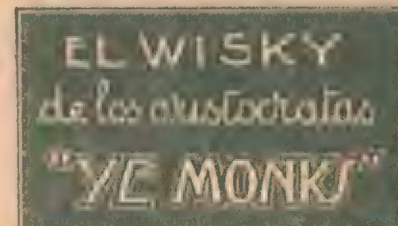
Vedlo. Nausica cantaba mientras jugaba a la pelota.

El juego de la pelota, en efecto, llamado por los griegos "ourania", constituía una especie de danza, en la cual los jugadores, uno después de otro, lanzaban y recibían la pelota.

Uno de los jugadores tenía que lanzar la pelota hacia el cielo: de ahí el nombre de pelota "ourania", esto es, pelota celeste.

Los otros jugadores saltaban al ritmo del canto. Todo su afán era tomar la pelota en el aire, estando ellos precisamente a alguna altura sobre el suelo.

El que la recibía, sin perder la cadencia, volvía a arrojarla al espacio, y así sucesivamente.





RENUNCIAMIENTO

(Del volumen de poesías titulado "La caja de música", recientemente aparecido)

Estas tardes frías de nublado ceño,
escuchando el cierzo que mi puerta rasa,
siento un ansia viva de quedarme en casa,
con una indolencia de hastío nordeño.

Me echaría al lado de la roja brasa,
y me haría el muerto para todo empeño,
oculto debajo de un ala del Sueño,
sin sentir los pasos del Tiempo que pasa.

Y vería el fuego con fijeza triste,
para anestesiarme con mi descontento
contra lo que existe, por lo que no existe,

y olvidarlo todo, como cosa inerte:
mi ser, mi destino y el duro tormento
de toda la vida con toda la muerte.

Roberto LEDESMA.



Los santuarios de las mariposas

Se ha constituído en varias regiones de Inglaterra el "Santuario de las mariposas', reservando grandes terrenos casi salvajes a mantener distintas especies, amenazadas de destrucción por los coleccionistas de estos animalitos, con objeto de que vivan y se multipliquen libremente.

Las curiosísimas instituciones dedicadas a este particular, someten a una rigurosa vigilancia tales santuarios, temerosos de que algunos visitantes, con cierto descaro y poco escrúpulo se decidan a capturar las especies más raras allí contenidas, con todo el fervor y el ansia de los coleccionadores de lepidópteros, sobre todo los ejemplares azules, que casi han desaparecido.

Por esta clase de mariposas se ha llegado a verdaderas extravagancias, que tienen un fondo humorístico extraordinario para un inglés. No hace mucho que algunos diarios de este país anunciaron que en algunas partes se habían presentado gigantescas mariposas azules, de un colorido maravilloso por la finura de su tonalidad. Allí se lanzaron inmediatamente los coleccionistas dejando sin una mariposa aquellos lugares, mariposas que fueron a embellecer los caprichosos álbumes de las damitas inglesas, muy sentimentales cuando se enamoran con un amor frágil de las cositas pequeñas, como estas mariposas de parques y jardines, más que de los campos, vendidas a precios fabulosos, casi igual que esas joyas que lucen sobre los descotes femeninos.

Lo que el 13 influyó en Wágner

Para aquellos que creen en la nefasta influencia del número 13, señalamos la frecuencia con que esta cifra pasó por la vida del gran compositor.

Ricardo Wágner nació en 1813 y falleció el 13 de febrero. Fué en 13 cuando se inauguró su teatro de Beyreuth, un 13 (1861) el día del fracaso de Tannhauser en París, restrenándose la obra otro día 13 (1895), después de haberla terminado, también, un día 13. Wagner, por fin, fué expatriado por 13 años de Sajonia, se entrevistó con Listz, por última vez, y un 13 dejó Beyreuth para siempre.

Un potente faro para la navegación aérea

Nadie duda hoy en día que la navegación aérea del porvenir traerá consigo, obligatoriamente, trayectos nocturnos. En los largos recorridos, la caída del día no deberá, en modo alguno, interrumpir el viaje del avión, del mismo modo que no detiene la marcha del barco ni la del tren. Del mismo modo que la navegación marítima de noche o el establecimiento de horarios de noche en las grandes líneas férreas han planteado diversos problemas, del mismo modo el cuidado de la seguridad de la navegación aérea nocturna ha hecho aparecer diferentes cuestiones que los servicios aeronáuticos de todos los países están obligados a estudiar y resolver.

La primera de estas cuestiones es la del alumbrado de los aeródromos. Esta no es la más ardua de resolver. En todos los países, o casi en todos, se está hoy en condiciones de alumbrar los terrenos; es el del abalizamiento de las rutas, es decir, fijar los jalones por una serie de puntos luminosos. De este modo se han llegado a prever faros para indicar las rutas, señalar los cruces, etc.

En realidad, no existe aún sino un número ínfimo de esos faros. Se les encuentra, por ejemplo, a lo largo de la ruta que une Londres a París, en Croydon, en Saint-Englevert, en Le Bourget. Pero el último que acaba de ser erigido y puesto en servicio merece, por sí solo, una especial mención y una descripción particular, tanto a causa de su utilidad como de su potencia. Es el faro edificado sobre el Monte Afrique, en los alrededores de Dijón (Francia).

El Monte Afrique está a ocho kilómetros Oeste-Sudoeste de Dijón, y es una meseta aislada de unos dos kilómetros de longitud y de una altura aproximada de 600 metros. Desde este monte se goza una vista maravillosa, dominándose todo el valle del Sarre y la cordillera del Jura, y hasta, en tiempo claro, las nevadas cimas de los Alpes. Si se mira un mapa se advierte inmediatamente que esta eminencia se encuentra en el cruce de dos grandes vías: una que viene del Norte (Londres-Bruselas-París) y se dirige hacia Lyón, Marsella, el Mediterráneo, el Africa del Norte y el Asia Menor. Otra que viene del Este (Suiza-Alemania) y va hacia Francia meridional, España y Portugal.

Hay que añadir que los alrededores de Dijón poseen, desde hace mucho tiempo, un excelente terreno de Aviación (aeródromo de Longvic). Ningún punto estaba más indicado, pues, para recibir este abalizamiento de nuevo género.

El faro tiene más de 12 metros de altura y 5.60 de diámetro.

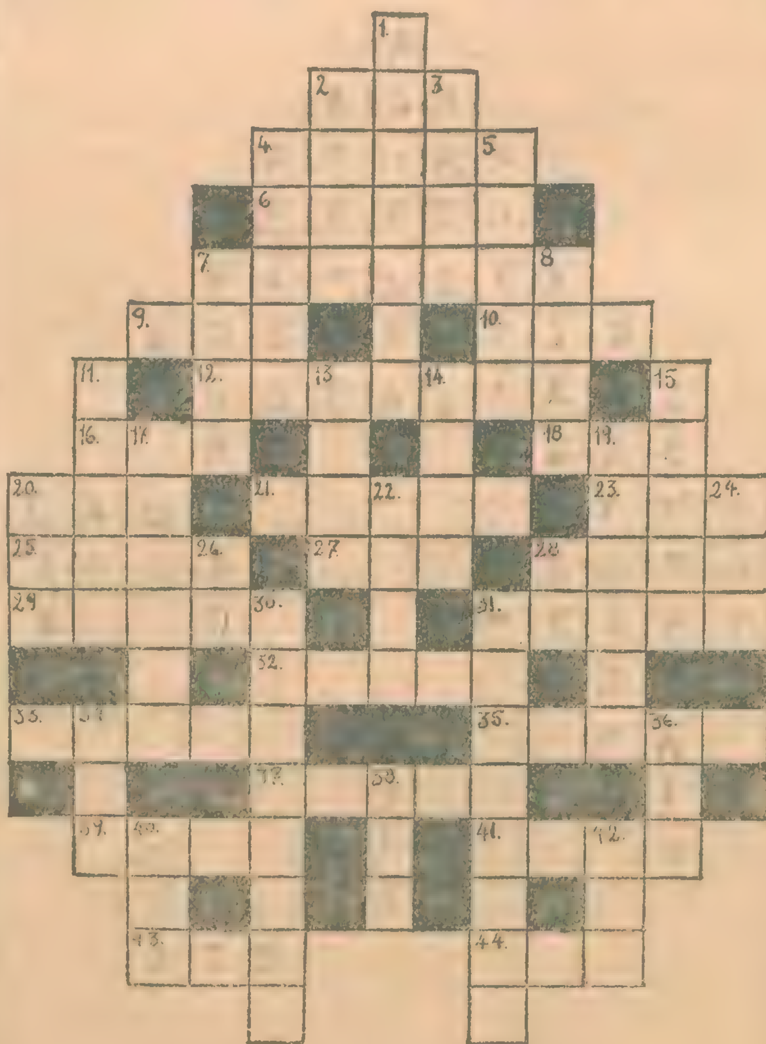
Pero la gran novedad la constituye aquí la potencia luminosa. En las costas marítimas es inútil dar a los faros un brillo demasiado potente. A gran distancia, la esfericidad de la Tierra impide a los navíos percibir los faros, aun con tiempo muy claro. Así estando tan reducido su alcance, se limitan, los más visibles, a una fuerza luminosa de 50 millones de bujías. En cambio, ningún obstáculo se opone a la visibilidad de un faro para un avión que vuela a gran altura. En su consecuencia, ha parecido posible aumentar intensamente la potencia de alumbrado del Monte Afrique para hacerlo visible desde muy lejos. La intensidad luminosa alcanza casi un billón de bujías en marcha normal. El fanal se compone de cuatro aparatos de luz giratoria, de 50 centímetros de distancia focal. Su rotación está asegurada por un motor de cuatro caballos a vapor. El faro da un destello regular cada cinco segundos. Se calcula que, en tiempo medio, el haz luminoso es visible a 150 kilómetros. Advirtamos, a título de comparación, que en las noches más favorables un faro como el de Le Bourget no se ve a más de 50 kilómetros.

La torre iluminada de Dijón representa y materializa, en cierto modo, una gran conquista de la ciencia. Es, sin duda alguna, el principio de una inmensa cadena de puntos luminosos que tarde o temprano ceñirá el mundo. Igual que el Universo se ha cubierto de esas delgadas y largas cintas de acero sobre las cuales corren en la actualidad las locomotoras, del mismo modo se erizará de torres idénticas, que marcarán a los pilotos, en las tinieblas, las futuras grandes rutas internacionales de la Civilización, del Comercio y del Progreso.

En este concepto, el faro del Monte Afrique merece ser señalado.

Cuando se encienda sobre las alturas de Borgoña este derroche de luz, esta hechicería nocturna simbolizará, elocuentemente, el nacimiento de un nuevo orden de cosas, un porvenir cuyo alcance pocos se imaginan.

PALABRAS CRUZADAS



HORIZONTALES

2—En las aves.
4—La ley de Moisés.
6—Piedra, guijarro.
7—Símbolo nacional de un país.
9—Artículo.
10—De la familia.
12—Sitio o paraje lleno de barro.
16—Graznido del cuervo.
18—Letra.
20—Apellido de un gran caricaturista gallego.
21—Sitio que se elige para salir a algún desafío.
23—Consonante.
25—Porción de tierra rodeada de agua.
27—Nombre de mujer.
28—Pronombre demostrativo.
29—Sentimiento, pena y congoja que se padece en el ánimo.
31—Del verbo traer.
32—Dícese de uno de los linajes más ilustres de los godos.
33—Nombre de una calle de la capital federal.
35—Tela fuerte de seda, lana o algodón, que hace aguas.
37—Insecto díptero.
39—Arbol.
41—Razas de perros.
43—Escuchad, sentid.
44—Preso.

VERTICALES

1—Ave.
2—Unen.
3—Virtud, fuerza, disposición e industria para hacer alguna cosa.
4—Casualidad, suceso imprevisto.
5—Arteria mayor del cuerpo humano.
7—De forma esférica.
8—Para respirar.
11—Igual al número 4.
13—En los aparatos de radiotelefonía.
14—Listado de pies y manos.
15—Cristal con caras cóncavas o convexas que se emplea en varios instrumentos ópticos.
17—Arrollar.
19—Movimiento que hace la ola del mar cuando se retira volviendo de la orilla o playa.
20—Célebre guerrero español.
22—Mineral que forma parte integrante de varias rocas.
24—En el gnosticismo, cada una de las inteligencias eternas, o entidades divinas de uno u otro sexo, emanadas de la divinidad suprema.
26—Africa Occidental. (iniciales)
28—Iniciales de una provincia argentina.
30—Nombre de varón.
31—Parte por donde se toma o ase una cosa.
34—Papagayo grande.
36—Corriente de agua.
38—Santo.
40—Posesivo.
42—Parásito del cuerpo humano.

Solución del problema anterior

A	T	A	C	I	R	■	C	O	M	P	A	S
M	E	T	A	■	U	I	O	■	E	L	L	A
A	■	R	E	A	L	■	L	A	S	O	■	L
L	I	A	■	R	O	D	A	R	■	M	E	S
A	N	S	A	R	■	I	■	A	N	A	N	A
R	O	A	■	E	S	■	A	D	■	R	A	S
■	D	■	■	L	O	N	G	A	■	■	N	■
B	O	I	L	■	L	O	A	■	A	M	O	R
A	R	M	A	D	A	■	S	A	L	E	R	A
B	O	A	■	A	Z	O	A	R	■	D	A	R
E	■	N	A	T	O	■	J	E	T	A	■	E
A	■	■	T	O	S	C	A	N	O	■	■	Z
R	O	N	O	S	O	■	R	A	S	T	R	A

El crimen de la pirámide

Un alma de 6.000 años. — El horror de la metempsicosis

La pirámide quedó al fin abierta. Una cavidad tenebrosa en la pared que daba hacia el lado del Nilo y del sol levante, engrandecido, triunfador, adivinándose en el fondo un corredor del que salían emanaciones húmedas, un corredor repentinamente descubierto, después de sesenta siglos. Era el camino de las tumbas y acaso de los tesoros.

A una señal, los obreros se detuvieron ante este umbral sagrado; indiferentes, contentos de haber ganado su jornal, abandonados los picos, las palancas esparcidas aquí y allá, reposaban a la sombra del gigante de piedra, sombra violácea y fría, ampliamente proyectada, geométrica, sobre la sábana amarilla del desierto imponente, de arena muy fina.

El director de las excavaciones, advertido rápidamente, llegó casi en el acto, seguido de algunos invitados de diversas categorías. Hombre cortés, habituado por otra parte a esta clase de aventuras, dejó hollar aquella tierra virgen, la primicia de la exploración, a tres jóvenes intrépidos, el señor Claret y su gentil esposa, ingleses, y Juan Mombur francés.

Ante la obscuridad del boquete, la joven quedó ansiosamente perpleja, durante un minuto.

—Vamos, Regina—dijo Claret,—un poco de valor: esto es muy "selecto".

Y pasó él primero. Siguiólc Regina y después Juan; varios obreros los precedían y cerraban la marcha llevando antorchas de resina, cuyas llamas rojizas teñían de escarlata la muralla micácea.

—¡Adelante!

El corredor tenía cuatro metros de ancho. Habían andado unos 30 pasos cuando Mombur se puso a la vanguardia de la comitiva con un obrero que llevaba una antorcha.

Bruscamente un escalofrío se apoderó de él como si fuera presa de una angustia repentina y murmuró:

—Me parece que yo he pasado por aquí alguna vez.

Claret que lo oyó, se echó a reír y exclamó:

—¡Muy original, por cierto! ¡Los franceses son siempre muy divertidos!

Mombur no respondió: sus ojos iluminados por una claridad de espanto se clavaban en todas partes, mientras continuaba en voz baja:

—Sí, yo conozco esto..., lo conozco...

De pronto una encrucijada en semicírculo, bifurcaba el camino.

—¿A la derecha o a la izquierda? —preguntó Regina.

—A la derecha — exclamó Mombur: — esto lo reconozco. A la derecha..., hacia el tesoro.

Los portadores de antorchas y los exploradores quedaron sorprendidos.

Un obrero dijo:

—El señor se vuelve loco.

—¡Loco! — gritó Mombur... — El loco eres tú. Sí, piensen ustedes lo que quieran, pero yo he estado ya aquí... ¿Cuándo? Enigma... Acaso hace seis mil años... ¿quién conoce los destinos de los hombres? Y, sino, van ustedes a verlo. ¡Alto ahí!

Todos se detuvieron, impresionados por estas palabras: la voz del joven retumbaba entre aquellas murallas y adquiría una autoridad fantástica en medio a ese silencio misterioso.

—¡Alto ahí! He aquí huellas de pasos en la arena, señales dejadas por nuestros archimuertos. Hemos pasado sobre las primeras sin verlas... Contemplen éstas... un pie ancho, al que sigue uno más pequeño... a cierta distancia: ya me acuerdo...; ya me acuerdo. Y ahora, comparen ustedes.

Diciendo esto, el francés colocó su zapato amarillo en la huella marcada por la antigua sandalia egipcia. Era cierto, correspondía exactamente, en todos los puntos era la misma. Entonces gritó:

—¡Es mi pie!

Un ligero escalofrío recorrió el cuerpo de los esposos ingleses..., los que conducían las antorchas, hombres rudos, comenzaban a turbarse.

De manos de uno de ellos Mombur arrancó la antorcha y con paso acelerado se precipitó hacia las profundidades de la sombra. No hesitó, parecía seguir un sendero cien veces recorrido, como un aldeano el camino del mercado, Juan Mombur caminaba siempre.

—¡Por aquí! ¡por aquí van a ver ustedes! Vamos a encontrar su cadáver! ¡Bien lo recuerdo!

Todos, anhelantes, lo seguían en su desenfrenada carrera. A la entrada de una habitación obscura, se detuvo, como poseído de horror, con el gesto de un asesino en el momento de serle presentado el cadáver de su víctima.

El brazo en alto, sosteniendo la antorcha que lo bañaba de arriba abajo con un resplandor rojizo, los ojos queriendo salírsele de las órbitas, habló así:

—Claret, señora..., ya lo ven ustedes, nuestras almas tienen destinos sucesivos... Sí, yo, francés, por un capricho, me vuelvo a encontrar en Egipto al que una fatalidad anterior, imperiosa, soberana, me llamaba. Los países que deseamos conocer, son los mismos en los que hemos vivido anteriormente otras existencias, y este deseo no es sino una nostalgia de alma errante y metamorfoseada... Mirad, he aquí la cámara..., la cámara del crimen y os aseguro que hay allí algo de horrible.

Entró. Una reverberación más intensa de la antorcha disipó las tinieblas; después dió un alarido de horror y de triunfo.

Todos palidecieron y miraron. Y todos vieron caído junto a la pared, un cadáver disecado, amarillento, pero bastante conservado, preservado de la descomposición por las condiciones del suelo y de las paredes graníticas, un cadáver extendido, con el cráneo abierto.

Un viejo egipcio, con traje abigarrado, con figuras macabras y ridículas; a su alrededor vasos de oro que habían quedado intactos, estatuitas que permanecían de pie, como si se las hubiese respetado en las luchas... El conjunto tenía seis mil años de misterio; sin embargo la prueba de un crimen casi prehistórico vivía aún. Mombur divagaba.

—¡He sido yo, quien lo maté..., he sido yo!

Después prorrumpió en una carcajada que aterró a los circunstantes.

—¿Dudan ustedes todavía? ¡Vean, en la pared esa mancha sangrienta, estrellada, parecida a una gran araña negra que abre sus patas! Es la impresión de la mano teñida en sangre del asesino..., el tiempo la ha ennegrecido... Miren bien..., vean mi mano..., se adapta perfectamente..., ésta es mi mano, éstos son mis dedos. ¿Quién no está convencido?

Claret, alucinado a su vez, exclamó:

—¿Y por qué lo habéis asesinado?

—¿Por qué? ¿por qué? — balbuceó Mombur, como si buscara la causa con un supremo esfuerzo de memoria...—¿por qué? ¡No, por robarle nunca!... todo está intacto: nada he tomado! ¿Por qué? Ah, sí... ya sé... ¡Por que yo amaba su mujer!

Todo es siempre lo mismo en nuestro mundo miserable... Sí, porque yo amaba a su mujer, como amo...

—Señor Mombur — interrumpió vivamente Regina, más pálida, presa de un segundo espanto, usted se complace en atemorizarnos. Renuncie a esta broma..., me vuelvo loca!...

Y en voz baja, agregó:

—Iba a confesarlo todo.

Claret se inclinó sobre el cadáver y lo examinó.

—¡No cree usted que se le parece! —observó Mombur maliciosamente.

—Algo más delgado, en todo caso, —respondió el inglés flemáticamente... Pero, mire, he aquí un papiro..., puede ser un documento precioso.

—En este rollo amarillento — respondió el francés con voz firme,—ya verá usted, los sabios leerán que él se llamaba Gambys, su mujer Thaia y que tenía un amigo de nombre Zechotes. ¡Este Zechotes soy yo!

—Salgamos, partamos—gritó Regina.—¡Ya es demasiado por hoy!

Retrocedieron hacia la entrada, hacia la luz. En pleno sol, Mombur, temblaba, lívido de espanto.

—Soy un asesino—repetía.

Claret reconfortado por la luz a torrentes, y con un gesto de hombros replicó:

—¡En todo caso, existe la prescripción!

Ocho días después, el famoso documento, descifrado a duras penas, afirmaba que el cadáver encontrado en la pirámide era el de cierto Gambys, que tenía por esposa a Thaia y un amigo fiel de nombre Zechotes; los tres vivían en tiempo de Ramsés XXXVII, cuatro mil años antes de la era cristiana.

Juan Mombur, perseguido incesantemente por visiones, se embarcaba precipitadamente con destino a Francia.

—¡Pobre hombre!— dijo Claret, mirando a su esposa... De todos modos es un inconveniente tener tanta memoria...

Mauricio **MONTEGUT.**

Monografía del banano

No se sabe con certeza cuál es la primera patria del banano, pues todos los países tropicales se la disputan. Esta preciosa planta es conocida desde el origen del género humano, y parece contemporánea del hombre primitivo. Descripción completa de ella se encuentra en los Vedas, en las leyes de Manú y en otros monumentos de la literatura sánscrita. Sábese que en la parte occidental de la India se cultiva desde los tiempos más remotos. Las tradiciones semíticas la hacen originaria de las orillas del Eufrates; otras, del pie del Himalaya, y otras, de la parte oriental de Indostán. Lo cierto es que nadie ha encontrado la planta en estado salvaje, y que, como el trigo, el maíz y la papaya, puede colocársela entre los vegetales míticos o sea aquellos respecto de los cuales los pueblos han imaginado alguna leyenda sobre el modo cómo la Providencia los agració con su útil posesión y goce. Aún hay tribus que, atribuyendo al banano origen divino, lo rodean de supersticiones, tales como considerar sacrilegio arrebatarle el fruto antes de su madurez. Los primeros portugueses que doblando el cabo de Buena Esperanza, fueron a la India y encontraron allí al banano, se abtenían de cortarlo al través, creyendo descubrir en el interior una cruz.

Teofrasto habla de un árbol de la India cuyas hojas tenían hasta doce palmos de largo y se asemejaban a grandes plumas de avestruz. El médico árabe Abd-Alatif dice que el primer pie de banano fué llevado de la India por los musulmanes al Asia Menor, de donde luego lo pasaron a Egipto. Plinio lo llama "Pala", nombre que aún es vulgar en la costa de Malabar. Avicena lo denomina "mugy". Varios autores creen que es el "doudiam" de la Biblia; otros juzgan, razonablemente a mi entender, que el enorme racimo con que apenas podían dos israelitas cuando se lo llevaban a Moisés, de la llanura de Escalón, como muestra de la fertilidad de la tierra prometida, no era de uvas sino de plátanos. En la Edad Media los cristianos lo llamaban "pomun paradisi" y creían que fué el fruto prohibido de que se sirvió la serpiente tentadora para hacer pecar a nuestra madre Eva, y nadie negará que, a la vista y por el perfume, sabor y tacto, tiene más atractivos de seducción un banano que una manzana. También creían los primeros cristianos que fué con hojas de plátano con lo que Adán y Eva cubrieron su desnudez cuando les hubo venido la vergüenza, y hay que convenir en que para este primer ensayo de indumentaria se prestaban mucho mejor las amplias hojas del banano que las diminutas hojas de la higuera o de la pera, sobre todo completándolas con las guascas o fibras del tronco, a guisa de cordones y cintas, pues parece probable que, por lo menos aquella buena señora que causó nuestra perdición, ya pondría en sus trajes un poco de modas y coquetería.

Según esto, el banano fué el verdadero árbol de la ciencia del bien y el mal, y el árbol de la sabiduría.

Rafael **URIBE y URIBE.**

PAPEL Y TINTA

"La rueca", poesías por María Alicia Domínguez. Bs. Aires, 1925

He aquí un libro que llega en forma francamente simpática. Sin recomendaciones, sin prólogo de algún bondadoso guiador, que, antes de leerlo, nos pone por delante las cualidades del volumen.

María Alicia Domínguez hace su presentación ella misma. En cada estrofa, en cada concepto, hay un jirón de su espíritu sencillo, hay una partícula de su naciente personalidad.

No canta esta poetisa al amor exaltado, como lo hacen la mayoría de las que se encuentran en su caso. No es el sendero de Erato el que atrae a esta joven soñadora. En sus versos hay un hondo sabor humano, que, hasta cierto punto, la lleva hacia Melpómene. Sus trabajos titulados "Morgue", "Los ojos de los muertos" y "Nocturno", acusan un sentimiento trágico. En cuanto a profundidad de ideas, nos basta citar la composición titulada "Mar", donde se detiene ante la fuerza que gravita en el lomo encrespado de las aguas:

Eres sabio también. Has visto al mundo
formarse desde el caos, paso a paso...
Las luces rojas del primer ocaso
te sumieron en éxtasis profundo...

. . . .

¡Con qué ira tus alas levantaron
al primer hombre, ahogado cara el cielo!
¡Con qué ronco clamor, su muerto anhelo
en un himno, las aguas entonaron!

La extensión de este trabajo nos impide reproducirlo íntegro, a fin de dar una impresión exacta del mismo. En "Los ojos de los muertos", la autora de "La rueca" se abstrae en una triste meditación. ¿Qué será de los ojos que murieron, que ya no nos acariciarán más? Y en el crisol divino del ritmo, se funde un poema de lo irremediable:

¿Dónde están? ¿Qué se han hecho? Crista-
[les empañados
al soplo de la muerte, ¿ya no han vuelto
[a brillar?
¿Para siempre cubiertos? ¿Para siempre
[apagados?
¿O en el cielo, en la niebla, en la sombra,
[en el mar?

En cuanto a la construcción del verso, la señorita María Alicia Domínguez es una respetuosa de la forma, que sabe encontrar nuevos motivos dentro de los moldes preestablecidos.

María Alicia Domínguez, con su primer libro, merece un aplauso.

E. M. de O.

"Aldea española", por Fernández Moreno. Edt. Tor, Bs. Aires

Fernández Moreno es el poeta que con más positivos méritos figura al frente de la nueva generación literaria argentina. Personal en su forma y maravillosamente sincero en el fondo de sus composiciones, cada vez que su pluma traza un verso, es para sugerirnos algo o para pintarnos alguna escena que, dentro de la sencillez que le es característica, encierra un mundo de evocaciones y toda una gama de colorido. Es por esto que, año tras año, el público, sabedor de la regularidad con que el poeta suele regalarle con sus composiciones, hasta la aparición del consabido volumen, existe grande y ciertamente bien fundada curiosidad.

Y, este año, la Editorial Tor nos ha presentado "Aldea Española", quizá el conjunto más armónico que hasta el presente ha publicado el poeta de "Campo Argentino". Composiciones pletóricas de vida y colorido, evocan con serena sencillez la España que tan cara le es al poeta y que viene a ser como el alma de la raza: fuerte, vigorosa, enérgica y llena de amor, que, ciertamente, está muy distante de ser la España llena de oropeles a que acostumbrados nos tiene la poesía ramplona y estrepitosa que para tales trances siempre se suele usar.

Con emoción varonil va cantando el poeta los días de su juventud y trazándonos los cuadros vívidos de la tierra de sus mayores; con ternura muy humana evoca los hombres y las cosas de los pueblecitos perdidos entre las montañas y hasta se atreve uno a afirmar que, si no mediara la existencia del Azorín de los primeros tiempos, esta "Aldea Española" sería, indiscutiblemente, el conjunto de cuadros más sinceramente trazados sobre la verdadera España: la España humilde, que vive recogida en las aldeas, palpitante en lo íntimo de sus hombres rústicos y casi bíblicos en el porte, y es cantada por estos poetas que, como Fernández Moreno, poseen la más cara, preciada y clásica sencillez.

"Segundo libro de loco amor", por Bernabé de la Orga. Edición Juan Roldán y Cía., Buenos Aires.

Este joven poeta argentino, consiguió fijar la atención de los lectores y de la crítica en su primer libro que titulaba "Libro de loco amor", versos de juventud, de sana frescura, que saben a cosas mozas y que reflejan el espíritu vigoroso de un poeta que concibe imágenes y las traslada al poema sin prejuicios ni ñoñerías.

Ahora da Bernabé de la Orga una nueva producción que es como la continuación de la anterior, como ya lo indica su título: "Segundo libro de loco amor". Las poesías de este libro son productos fieles de viajes, de impresiones tomadas de la vida, rasgos de un momento sentido de cerca y trozos de una visión que pasó como el vértigo.

Bernabé de la Orga ha viajado mucho y en sus andares ha recogido los frutos que los poetas acostumbran a saborear a través de esos instantes supremos que sólo a los artistas le es dado admirar. Así como el pintor roba al amanecer sus tintes valientes y vigorosos para trasladarlos al lienzo, aprovechando el momento propicio, y el músico se inspira en el silencio para componer sus páginas, el poeta toma del cielo, del agua, del aire, de la tragedia y de la risa las imágenes que siente a su alrededor para poetizarlas. Pero esta labor sin alinamientos pueriles con valentía siempre, es la que Orga ha realizado al escribir su obra "Segundo libro de loco amor".

"Telarañas" por Nydia Lamarque. Edición Librería La Facultad, Buenos Aires.

Constituyen ya legión las poetisas argentinas de los últimos tiempos. Nuestras niñas bien, en lugar de malgastar el tiempo en paseos y visitas a las tiendas, leen, y muchas veces escriben. La cultura femenil argentina puede, muy perfectamente, considerarse de altos vuelos, porque las mujeres de este país saben leer y saben saborear la lectura. Si se hiciera una estadística de los libros que se venden y a quién se venden se demostraría que el libro bueno tiene mayor aceptación y que los principales clientes son damas y damitas...

Nydia Lamarque es una nueva poetisa que acude con sus versos, sonoros unos y quejumbrosos otros, a sumar su labor artística a la de tantas mujeres argentinas que se revelaron en los últimos tiempos como poetisas.

El libro con que la señorita Lamarque se presenta al juicio público se titula "Telarañas" y se compone sólo y exclusivamente de sonetos, lo más escabroso de los poetas. Hacer versos en medida libre suele ser harto fácil. Pero hacer versos conforme a las verdaderas reglas poéticas, y máxime tratándose de sonetos, es tarea demasiado difícil. Pues bien; Nydia Lamarque ha conseguido reunir en su libro una bella colección de sus mejores sonetos y ello con acierto y con sentido artístico.

"El despertar de una nación" por W. Jaime Molins. Editorial Tor, Buenos Aires.

Una labor amplia, meticulosa y documentada ha consagrado desde hace años al señor W. Jaime Molins como uno de los cultores más caracterizados del costumbrismo sudamericano. Hombre de los que repudian los estudios realizados a la sombra de las bibliotecas, antes que nada, ha preferido documentarse y correr una buena parte del continente, realizando interesantes observaciones y verificando anotaciones que han resultado una sorpresa, no tanto para el gran público, sino para los mismos estudiosos. Puede afirmarse, pues, que el señor Molins ha dado colorido y amenidad a la hasta no ha mucho árida y pálida geografía de esta parte del continente americano.

Por esto, y porque el señor Molins es un fino estilista y un narrador ameno, la publicación de este nuevo volumen que acaba de editar la Editorial Tor, llamará la atención de sus lectores habituales y suscitará la curiosidad de todos aquellos otros para los cuales la historia y geografía de las repúblicas de América posee un justificado interés. Porque el concepto moderno de la geografía no se encierra en los manuales fríos sino en estos otros trabajos como los del señor Molins, en los que se entremezcla, agradable y llevaderamente para el lector, la descripción física, la historia, la etnografía y los muchos rasgos pintorescos de los pueblos estudiados.

Y, en "El despertar de una nación" existe un motivo todavía más para que a sus páginas acudan los lectores curiosos. Bolivia, por más que se halla cerca de nuestro país, es casi desconocida por nuestro público; de su vida social, política e intelectual no se tienen sino muy remotas referencias y, en lo que respecta a la vida económica, poco o nada es lo que de ella y de su riqueza pueden decir nuestros financistas o industriales.

"La plebe en acción", por Alcides Arguedas.

Don Alcides Arguedas, destacado escritor boliviano, autor de los libros "Pueblo enfermo", "Vida criolla", "Raza de bronce", "Historia general de Bolivia", "La fundación de la República" y "Los caudillos letrados", ha dado a la estampa otro volumen, titulado: "La plebe en acción".

Don Alcides Arguedas reside actualmente en París, donde continúa su labor literaria con contornos didácticos.

En su obra, muy bella, "Raza de bronce" aparece el demócrata, el defensor de la raza india explotada, humillada. No así en la última que ha publicado, donde parece inclinarse a la clase intelectual, que es la acomodada, la pudiente. Pero leyendo la obra, desapasionadamente, se siente el lector impulsado hacia el partido que él defiende. Los políticos del pueblo, militares, suelen ser, en su mayoría, personajes poco simpáticos por incultos y crueles. El carácter de uno de ellos, Belzu, tiene muchos puntos de contacto con nuestro Rosas. Han actuado ambos, con corta diferencia de años, en la misma época y en ambiente análogo.

Belzu estaba ligado, en cierto modo, a nuestro país. Era el esposo de la inolvidable escritora argentina doña Juana Manuela Gorriti.

Este libro fué recibido en Bolivia con protestas de odio hacia el autor. Se le tildó de antipatriota, de calumniador de Bolivia, cruel insulto, injusto, porque Arguedas se ha inspirado en las fuentes de la historia, porque se ha documentado escrupulosamente al emprender su obra.

Se desarrollan las escenas en un ambiente de tragedia. Conspiraciones, revoluciones, condenas, ejecuciones, perdón.

Y el nombre de Belzu se enlaza con el de Ballivian, el mandatario culto, intelectual, derrocado por Belzu, el caudillo militar del pueblo, del pueblo vicioso, que bebe, que asalta y holgazanea. Con estos nombres se enlazan otros como el de Melgarejo, Arguedas, Linares, Frías, Tellez, Laguna, Córdova, Bustamante y cien más, que nosotros citamos arbitrariamente, sin orden de importancia. Y están en pugna los regionalistas de La Paz, Cochabamba y Oruro, sobre todo los dos primeros citados, que se odian profundamente. Están por Ballivian los de La Paz y por Belzu los de Cochabamba. El caudillo revolucionario logra ganarse las simpatías del pueblo pobre de La Paz y entre conspiraciones y delaciones llega al poder, de donde se aleja voluntariamente para dejar a su yerno, que poco tiempo se mantiene en él.

Ballivian, desterrado a Chile, resolvió ofrecerse para formar en las filas de un batallón de rioplatenses emigrados, frecuentando el trato de Mitre, Alberdi, Oro y otros argentinos. "Iré—dijo—a combatir al tirano Rosas para hacerme matar lo más pronto que sea posible." Ballivian, entonces, cruzaba por una situación pecuniaria difícil.

Hay, en el texto, reproducciones de cartas, correspondencia particular, que son valiosos documentos históricos, como la que dirige don Francisco Cires a Ballivian, como otra de Frías a Ballivian, como las del poeta Bustamante a sus amigos. También se leen impecables estrofas, de corte clásico, donde el poeta canta a Ballivian derrocado, lo que le vale al vate el destierro.

No pudiendo éste vivir lejos de la patria canta luego a Belzu para que le permita entrar otra vez en su idolatrada ciudad de La Paz. Y es aquí donde ese carácter noble flaquea y, en nuestra opinión, sucumbe. En el mismo caso está Frías, digno, leal y que luego se entrega, proponiendo a Ballivian una transacción con Belzu. Pero Ballivian es inquebrantable.

También se hallan en el libro reproducciones de sueltos de la prensa de La Paz; unos valientes, aduladores otros. Los hay que se manifestaban admiradores de Ballivian cuando éste gobernaba y que luego, ya Belzu en el poder, loaron al revolucionario. Lo mismo, exactamente lo mismo, que en nuestros días.

No falta tampoco en la obra el incendiario criminal, imbécil o inconsciente, que ataca con el fuego los archivos históricos de Chuquisaca, destruyendo documentos que para los bolivianos constituían reliquias.

Belzu, como Rosas, tiene a ratos sus facetas simpáticas, tiene gestos que atenúan su tiranía.

"La plebe en acción" es la historia de Bolivia en una época sangrienta, en un grave momento político de vacilaciones, desesperación y lucha.

La obra abarca un período de nueve años.

Es un libro que interesa no sólo a Bolivia, sino a toda la América de habla española.

Leonardo BAZZANO.

Nueva Zelanda y sus maravillas geológicas

El geyser más grande del mundo,-el Uaimangu, el volcán del Agua Negra de Nueva Zelanda, después de muchos años de quietud, ha recobrado su actividad, volviendo a constituir una de las grandes maravillas geológicas de aquellas islas, tan ricas en esta clase de fenómenos.

El Uaimangu se considera como uno de los resultados de la famosa erupción del Tarauera, en 1886, que, en cambio, destruyó las bellas Terrazas Blancas del lago Roto Moana, sin iguales en el mundo entero.

Pocos paisajes pueden darse más imponentes y grandiosos que el del lago Roto Moana, cuyas hirvientes aguas surgen de innumerables caudalosas fuentes. El continuo hervir de las aguas; las humaredas que suben y se extienden en todas direcciones; el ronco silbido y ruidos atronadores que producen los surtidores al brotar de la tierra y al caer de roca en roca, ofrecen espectáculo tan imponente y sublime que la imaginación no puede menos de establecer comparaciones entre aquellos paisajes y el infierno. A no gran distancia hay otro lago idéntico, aunque de menor extensión, el Roto-rua, y entre uno y otro, y en torno de ambos, lagos más pequeños y multitud de fuentes termales. Las aguas son saladas y han contribuido a formar las terrazas cristalinas hoy hundidas, maravillosa escalinata de sílice blanco y pulido como mármol de Paros, semicircular, de 30 m. de altura. De la terraza superior brotan surtidores o géyseres intermitentes, cuyas aguas, entre nubes de vapor, caen de escalón en escalón hasta el fondo del lago. Al otro lado de éste se encuentran terrazas idénticas, pero de color de rosa. En estas colosales escaleras de limpio y brillante cristal, cada uno de los 20 peldaños tiene de 7 a 8 pies de altura y de 20 a 50 de ancho. Terminan con un pequeño muro; la parte superior es perfectamente horizontal, y todos forman, a modo de abanico, un arco de círculo, cuyo centro es un cráter. Lagos, terrazas, solfataras y géyseres están en la zona volcánica antes mencionada. Al pie del Tarauera se extiende el lago del mismo nombre, cuyas aguas, azules antes, repentinamente tomaron hace algún tiempo color verdoso, y durante un año dejaron de ser potables. La erupción del Tarauera dejó recuerdo imperecedero en el país. En la noche del 8 de junio la tierra empezó a agitarse violentamente en la región de los lagos; los indígenas, acostumbrados a estos bruscos movimientos del terreno en que viven, no dieron importancia al fenómeno; pero a las dos de la mañana sintieron un choque terrible, a la vez que sonaban grandes detonaciones. Entonces se vió enorme columna de fuego que surgía del monte Tarauera; inmensa nube negra cubría el cielo, caían cenizas y rocas de todos tamaños; muchos perdieron la vida heridos o aplastados por las piedras, envueltos por las cenizas, o bien asfixiados en sofocante gas.

Desde entonces el Tarauera es ya un volcán activo, porque desde la gran erupción continúa arrojando humo.

Historia del cero

También los humildes y los pequeños tienen historia. El "cero", a pesar de su insignificancia y humildad, tiene una interesante historia.

Es bien sabido que el hombre llegó muy tarde, tras una dilatada y laboriosa evolución, a adquirir la idea de la representación simbólica del número, el signo gráfico convencional.

¡Cuántos siglos debieron transcurrir para que en el cerebro humano se formase ese simple concepto! Y nada más interesante que el desenvolvimiento psicológico de este concepto, allá en el secreto y misterioso funcionamiento de las células cerebrales; maravillosas obreras del pensamiento.

Se ha dicho que en los comienzos del siglo VI, ya se usaban en Europa las nueve cifras o ápices numerales; aunque esto no se ha comprobado suficientemente. Mas, es lo cierto que si bien se resolvían arduos problemas, no era todavía conocido el "cero". Según la opinión de Seviñé—historiador de la civilización—parece indudable que fueron los árabes—que tan eminentes servicios prestaron a las ciencias—los inventores del símbolo gráfico "cero": singular expresión negativa, mediante cuya combinación con los números, en un orden determinado, se altera convencional y sencillamente el valor de una cantidad. Se atribuye al rabino español Abén Ezra, de Toledo, famoso matemático, la prioridad en dar a conocer en Europa los números llamados arábigos, por su origen, y enseñar el empleo del "cero", en una aritmética que escribió en 1093. Se ve, así, que, en el orden cronológico—y quizás también en el orden psicológico—el "cero" fué el último de los símbolos gráficos inventados por el hombre para la expresión figurada de la cantidad.

Hoy..., apenas se hace reparo en la inmensa importancia de este signo tan sencillo, que carece de valor propio, porque no se piensa en las dificultades que su falta representaba ni en las necesidades que ha venido a satisfacer. Hoy..., apenas nos damos cuenta de los serios obstáculos o inconvenientes que se presentarían a los grandes matemáticos de la antigüedad, cuando hacían cálculos y operaciones, imponiendo tal vez fatigosos esfuerzos a su mente. Y ¡cuánto ha simplificado y facilitado la invención del "cero", el trabajo matemático! Puede, sin duda, asegurarse, que esa invención representa un notable progreso en la ciencia de los números.

El "cero" no vale nada, se dice; sin embargo, suprimidlo por un momento de la aritmética, y veréis cuántas dificultades se os presentarán aun en las más sencillas operaciones. No hay, pues, exageración en decir, que la preciosa invención del insignificante y humilde "cero", es una admirable manifestación del humano ingenio.

La poca eficacia de los cañones contra aeroplanos

En cuanto se demostró que desde un aeroplano se podían hacer blancos, las potencias empezaron a preocuparse de disparar contra los aeroplanos. Alemania fué la que produjo el primer cañón contra naves aéreas. Era la ordinaria pieza de campaña de unos 75 m/m. montada sobre un pedestal de tal forma que casi podía disparar verticalmente.

Prevalecía la idea de que el cañón fuese un cañón movible, a fin de que pudiera ser usado como pieza normal de campaña y como pieza especial contra aeroplanos. De acuerdo con esta idea, el cañón fué montado sobre un camión automóvil. Aunque fué muy usado en maniobras, no logró hacer ningún blanco efectivo contra una nave moviéndose en el espacio, ni alcanzó perfeccionamientos dignos de mención hasta que sobrevino la Gran Guerra.

Al empezar la guerra, todos los beligerantes comprendieron que había una seria amenaza en la ofensiva aérea, por lo cual emplearon los cañones contra-aeroplanos; pero sin el éxito que había de obtenerse posteriormente como resultado de la gran práctica guerrera.

Las bombas llevadas a bordo de los aeroplanos al principio de la guerra eran de pequeño tamaño, con un peso de 10 a 25 libras. Todas eran del mismo tipo y eran arrojadas indistintamente contra otros aeroplanos, contra grandes edificios y masas de tropas. Otra arma usada al principio y abandonada después, fué la lanza de acero. Era una lanza de seis pulgadas de largo. La aspiración era bastante modesta: la de hacer algunos blancos individuales arrojando grandes cantidades de lanzas sobre compactas masas de soldados.

Fué aumentando considerablemente el número de cañones contra-aeroplanos y de reflectores busca-aeroplanos, siendo, además, colocados unos y otros en áreas de terrenos previamente establecidos.

Aunque hubiera sido posible a las autoridades militares proveer algunas ciudades de todos los cañones contra-aeroplanos que solicitaba la población civil, el número de éstos aumentó en algunas plazas, como, por ejemplo, alrededor de Londres, hasta parecer que todo el país estaba sembrado de dichos cañones cuando poníanse todos a disparar contra las naves aéreas.

Los londinenses dábanse por muy satisfechos sabiéndose protegidos contra los aeroplanos alemanes, sin tener en cuenta que tantas probabilidades había de morir destrozado por los cascos de metralla de los aeroplanos enemigos como por las balas de las mismas piezas defensoras.

No obstante, estos cañones experimentaron un gran perfeccionamiento durante la guerra. La vertical de los disparos y la rapidez de las descargas fueron materialmente aumentados, aunque no consiguieron apenas otra cosa que obligar a los aviones a volar a mucha más altura.

Era tanto el desprecio que los aviadores sentían hacia los cañones contra-aeroplanos, que muchos comandantes de escuadrillas hacían volar a los alumnos de aviación sobre campos llenos de aquellos cañones, a fin de irles "quitando el miedo".

Fué un hecho comprobado que aun las guarniciones más experimentadas no lograban derribar más de una nave aérea por cada mil disparos.

Mensajes rurales

Para "Fray Mocho".

III

Las obras que me envían.

Yo no soy crítico ni cosa parecida... Al menos jamás he estudiado el oficio de desmenuzar la obra ajena en ninguna academia. Pero tengo un centenar de amigos que, conjuntamente con otras personas que no son tales, se afanan en honrarme con el precioso obsequio de sus libros para que opine acerca de ellos.

Tarde o temprano, yo contesto a todos. A muchos les expreso cuales son las bondades que descubro en sus trabajos. A otros les aconsejo. A un número muy reducido me atrevo a señalarle rumbo...

Algunos autores ocultan mis sinceras cartas por excesiva modestia, aunque me suelen agradecer con exquisita amabilidad lo que yo les digo con justicia y honradez.

Bien. En lo sucesivo concretaré mi parecer en estas páginas, diciendo algo de cuanta obra se me remita escrita en el único idioma que utilizo para hacerme entender dentro de las lindes del pago.

Y como para proemio sobra con lo dicho, voy a obedecer a la conciencia que me está gritando: "¡manos a la obra! o ¡dientes a la gloria!"

Comencemos, entonces:

IV

"Naturaleza".

El señor Vicente Passarelli, educador, ha preparado un librito de Ciencias Naturales para 3.° y 4.° grados. En ningún texto debe buscarse la novedad científica ni la exposición de tesis discutibles: menos aún cuando se trata de obras dedicadas a los niños. Pero sí deben los textos ofrecer buen método y procedimiento, además de clara y acertada exposición.

Todo esto tiene en general el librito del señor Passarelli, y será por ello un elemento escolar útil. Pero el autor deberá recorrerlo en las sucesivas ediciones hasta convertirlo en un dechado de limpidez didáctica.

Los dibujos, no son ni mejores ni peores que los de otros textos. Hay una causa: nuestros dibujantes son perezosos. Pintan un pájaro, por ejemplo, al cual el autor del libro se ve a veces obligado a aplicarle el nombre que conviene al asunto. Así, en determinadas ocasiones la misma figura es carpitero, o zorzal, o tordo o... lechuza.

No es cosa fácil caracterizar un animalito. Pero serviría la tarea de feliz oportunidad para un bonito estudio que no han hecho de nuestra fauna los artistas.

En la página 64 de "Naturaleza" hay un cuadrito en colores con dibujos fuera de proporción, carácter, etc.

Los niños, que siempre se sienten más atraídos por las láminas que por la reflexión del texto, se formarán, contemplando estos dibujos, conceptos erróneos o supersticiosos de la sabia obra de la naturaleza.

Ni los grandes escritores ni los grandes pintores argentinos han dedicado una parte de su excepcional acervo a los niños. Acaso les infle una vanidad equivocada: primero, porque ignoran que también en este campo se pueden concebir cosas duraderas; segundo, porque no saben que es preciso colaborar en la formación del ambiente mental de donde mañana saldrá el crítico que les amará y sabrá comprender.

En un cuadro sinóptico de la página 32, leo los nombres de las siguientes plantas que el autor califica de 'inútiles'': cardo de Castilla, cardo negro, manzanilla, biznaga, quinoa, yuyo colorado, capiquí, cepacaballo, etcétera.

Hay que tener cuidado al sentar verdades definitivas frente a los niños. Mejor que atarles el entendimiento con expresiones dogmáticas que la experiencia rural de sus propios padres analfabetos se encargará de destruir con desmedro de la sabiduría escolástica, es sugerirles posibilidades. Nada debe ser inútil, sobre el haz de la tierra. Sólo nuestra insuficiencia científica nos hace depreciar lo que puede ser base de una industria o de una fortuna. Por otra parte, no olvide el educador que la tendencia actual de la escuela con la propia implantación de las manualidades bien y honestamente enseñadas, consiste en aguzar la inteligencia para hacer que todo lo que nos rodea nos sirva de algo, claro es que a fuerza de trabajo y de ingenio, y siempre en obsequio de nuestra petulancia criolla que mira las tareas físicas con desprecio, sin estar capacitada para las empresas mentales, desde que su mayor ensueño es la ambigua función burocrática.

Un libro de texto debe, como el buen maestro, sugerir, casi más que fijar conclusiones dogmáticas. Nosotros, pues, nos quedaremos con nuestras verdades relativas o viejas, pero los niños irán más allá, a comprobar o aplicar nuestras sugestiones en el porvenir.

Volviendo al asunto, creo que podría el autor decir que aquellas plantas no son tan útiles al hombre como el trigo, pero que el ingenio humano o el instinto animal les sacan siempre algún provecho, y que acaso alguna vez le saquen algo más.

De otro modo, los chiquillos de la campaña que han saboreado el tallo de cardo de Castilla como única golosina de su pobreza campera, podrían dudar de la experiencia del señor Passarelli. Y, el más avisado se preguntará: ¿No llegará un día la industria a extraer de estos tallos algo benéfico?

Los criollos saben, también, que la cabeza de cardo (de Castilla, negro, etcétera) es un precioso bocado de engorde para los yeguarizos.

¿Y las numerosas bandadas de palomas y otras piezas de caza que viven a expensas de los cardales? Algunas de estas semillas son, además, oleaginosas y rendirían provecho si hubiera necesidad de explotarlas.

Vea el autor cómo se anima esta ligera crónica sugiriendo, vinculando el estudio teórico de la naturaleza a las sensaciones de la vida humana que la ha sentido en plena labor o goce. Calcule luego cuál sería la movilidad espiritual de los niños pinchados por estas y otras sugestiones.

¿Y la manzanilla tampoco sirve? Que se les diga eso a las viejas campesinas que en muchas circunstancias aflictivas recurren a la panacea de un "te" o de un emplasto de dicha hierba para aplacar ciertos dolores abdominales. Además, hay en nuestros campos excelente manzanilla curativa que por obra de la desidia rural y del desprecio que venimos censurando, nadie cultiva o simplemente recoge, obligando así a los herboristas a adquirir en el extranjero lo que la farmacopea tendría aquí al alcance de la mano.

La biznaga es utilísima para hacer bastidores con los que en invierno suele cubrirse las pilas de ladrillo más o menos frescos. También se utiliza para el fuego. El yuyo colorado es, como la verdolaga, un excelente alimento para la manutención de los cerdos que no son de engorde especial. La cepacaballo es curativa. Pero suele la gente suburbana creer que la que rodea sus ranchos no tiene ese poder, y recurre por ello a la que le vende en cajitas y paquetes con epígrafes el farmacéutico.

Me acuerdo aquí, y a propósito de tanto vegetal despreciado por ignorancia o desidia, de una anécdota en la que se vincula a dos eminentes educadores muy conocidos.

El ilustrado profesor e historiador, don J. W. G. nos refería los pormenores de una visita a la quinta del sabio naturalista doctor E. L. H., por invitación especial de éste.

Contaba que a eso de las 13, apercibiéndose de que, cuento tras cuento, se habían deslizado demasiado veloces las horas, el doctor H. amontonó unas briznas de leña, les allegó un fósforo, y desarrolló, desde un clavo que había junto a la pared, un alambre que ató a la manija de una diminuta ollita.

Antes que el agua hirviera, el doctor H. invitó al profesor G. a que le acompañara a la hortaliza donde se proveerían de la verdura necesaria.

Con sorpresa vió el profesor que allí no había lechugas, ni repollos, ni nada parecido, pero que en cambio abundaban las malezas.

El doctor H. sin cesar en su chistosa conversación, cortó, con la certeza que su sabiduría de botánico le daba, un poco de verdolaga, un manojo de quinoa y otros yuyos, informando a su acompañante, como al pasar, sobre el valor nutritivo y los elementos minerales de cada vegetal.

De regreso, contemplaron la ollita en violenta ebullición con menos de la mitad de agua.

El doctor H. siempre interesante en su charla, agregó, sin lavar, calculadas porciones de los vegetales recogidos.

A eso de las 15 horas devoraron todo aquello, y algunos fiambres, con raro apetito.

El doctor H. dijo alguna vez que en la broma a su amigo iba el propósito de probar ante un hombre inteligente la verdad de que aún no conocemos una cantidad de hierbas alimenticias y curativas que se arrojan de las huertas y jardines para dar lugar a otras de menor importancia económica, y aun perjudiciales a la salud y a las que sólo el hábito y el paladar hecho a ellas, más que la ciencia, han adjudicado las soberanas virtudes culinarias.

No hay duda de que me he alejado de mis funciones de "crítico no académico". Pero creo que por el hecho de escribir para un educador, y de reflejo en homenaje de los niños, no se me ha de censurar el pecado. Más aún: no se me ha de objetar nada si se sabe que mi propósito, en estas nuevas funciones, es el de buscar puntos de apoyo, que en algunos casos llegarán a servirme de simple pretexto para decir aquello que no sólo convenga a los intereses o a la gloria del autor. El resto lo dirán los eruditos.

Agradezco al señor Passarelli la ocasión que me ha proporcionado para anotar esta plática y le felicito por su laboriosidad poco común entre los educadores.

Juan Manuel COTTA.

Tandil, 1926.

MANOS DE MUSICOS

Cada día más los profesores de música se fijan en la formación de las manos de sus discípulos que piensan dedicarse a la profesión de pianistas, violinistas, etc. Es lo trágico de muchos virtuosos—sobre todo mujeres—que no puedan llegar al pináculo de su arte por haberles negado la naturaleza manos que puedan abarcar las diferentes notas musicales indispensables para tocar ciertos intervalos. El profesor de música se da cuenta de que la muñeca, la palma de la mano, tanto como la flexibilidad y agilidad de la mano son de la mayor importancia para tocar el piano y que defectos en este sentido han de influir desfavorablemente en la ejecución de una pieza, por admirable que sea el talento del joven estudiante. Un discípulo que con el dedo índice y el pulgar abarca mucho espacio, está calificado para tocar el piano. Pero también la mano entera, desde la punta del pulgar hasta la del meñique, debe ser capaz de cubrir mucho espacio para permitir al pianista tocar con facilidad las octavas. Así, por ejemplo, el pulgar corto constituye un gran impedimento para tocar una octava. Es un error creer que los dedos largos y delicados son las características del pianista; al contrario, estos dedos delicados no disponen en general de la fuerza necesaria para tocar con expresión. Una forma particularmente favorable para el piano tiene la mano cuyo índice medido del falange a la punta, tiene la misma longitud que el correspondiente hueso metacarpiano. Las palmas planas son consideradas como un impedimento, mientras que las arqueadas tienen gran facilidad para vencer los difíciles y complicados pasajes de la solfa. También los dedos afilados, por muy poéticos que sean, no significan un provecho para el pianista, pues la suprema finura de la ejecución depende de la sensibilidad de las yemas, que, cuanto más anchas, tienen también más desarrollado el tacto. La mano apropiada para tocar el violín no se distingue en mucho de la del pianista. Para el violinista al igual que para el violoncelista, es indispensable poder separar la punta del meñique mucho de la del dedo medio. Los dedos fuertes sin longitud exagerada, de buena formación, constituyen las manos ideales para el músico.

De Argelia al Cabo en automóvil

El viaje a través de Africa, desde Argelia al Cabo, en automóvil, que acaban de realizar el capitán Delingette, del ejército francés, y su esposa, constituye una de esas empresas que hacen época en la historia de la exploración del Continente Negro, y una proeza mucho más interesante y digna de admiración que las tan celebradas travesías del Sahara en autos-orugas y aun que el reciente viaje automovilístico de M. Haardt. En el caso de los viajes a través del Sahara, en efecto, la expedición se preparaba de antemano, y los expedicionarios contaban con toda clase de medios y de auxilios, preparados de antemano; y en cuanto a la expedición Haardt, en ella han tomado parte cerca de una veintena de personas, con muchos vehículos; no ha sido una hazaña de audaces amantes de la aventura, sino una cosa bien meditada, encaminada a resultados positivos en la ciencia, en el arte y en la cinematografía, y hecha, en una palabra, a lo grande. Los esposos Delingette, en cambio, han hecho su viaje sin más compañía que la de un mecánico, usando un solo automóvil y valiéndose única y exclusivamente de sus propios medios. Es un ejemplo de energía con el que sólo podría compararse el de Mr. y Mrs. Shay, los norteamericanos, fueron a pie del Cairo al Cabo; y aun el caso presente tiene el mérito de que el viaje ha sido más largo, sumando un total de 23.000 kilómetros, más de lo necesario para dar la mitad de la vuelta al mundo.

El capitán Delingette y su mujer salieron de Colomb-Bechar con un Renault de diez caballos, provisto de seis ruedas, el 15 de noviembre del año pasado, atravesando el Sahara en diez días, reunidos con la misión Gradis. Desde el Sudán Francés, el matrimonio continuó ya sin otro compañero que un mecánico apellidado Bonnanre, a quien corresponde una parte no despreciable del mérito del viaje. Recorriendo de Oeste a Este la Nigeria Francesa, llegaron hasta Zinder, y penetrando en la Nigeria Británica hasta Kano, dirigiéndose hacia Fort Lamy por el Sur del lago Chad; pero a ochenta kilómetros de Port Lamy se encontraron detenidos por grandes inundaciones y se vieron obligados a desandar lo andado hasta verse de nuevo en Zinder, pasando después a Fort Lamy por el Norte del lago. Desde este último punto, siguiendo una línea sinuosamente diagonal, llegaron a Stanleyville, en el Congo Belga, y desde aquí, a través del Uganda, penetraron en la Colonia del Kenia, haciendo alto en Nairobi. Era la primera vez que esta ciudad recibía viajeros procedentes de Argelia por tierra; el joven matrimonio francés había tenido que atravesar las imponentes estribaciones del Ruvenzori y había cruzado treinta y cinco ríos.

Había comenzado la estación de las lluvias, y el viaje se hizo sumamente penoso, especialmente en la región del lago Nyasa, que el auto recorrió muchas veces con el agua y el fango por encima de los cubos. Pero al fin, el 14 de mayo de este año, a los seis meses de su partida, los audaces viajeros eran calurosamente acogidos en Elisabeth-ville, el gran centro minero del Congo. Desde aquí quedaban 3.700 kilómetros por recorrer; pero esta parte del itinerario era la más fácil. En Joannesburgo, el matrimonio recibía la enhorabuena del príncipe de Gales.

El 4 de julio llegaba al Cabo, donde embarcó para el Havre, y el 6 del pasado agosto París hacía al capitán y a su intrépida esposa el recibimiento triunfal a que su valor y perseverancia les había hecho acreedores.

Es la primera vez que un automóvil aislado, por sus propios medios, ha atravesado de Norte a Sur el continente africano, haciendo el recorrido más largo posible sin desviaciones innecesarias.

Cualquier tiempo pasado... no fué mejor

Cuánto y cuánto se suele repetir la expresión "Antiguamente... Antiguamente..." como dando a entender que todo lo que ocurría en ese pasado, relativamente próximo, era superior y, por lo tanto, preferible a cuanto ocurre en nuestros días.

Sin embargo, en muchos casos, si pudiéramos retrotraernos a un siglo o dos, sentiríamos horror ante los cuadros que se presentarían a nuestros ojos.

Por ejemplo—y estas líneas han sido sugeridas por una reciente lectura,—Londres en el siglo XVIII era una verdadera desdicha.

Las condiciones sanitarias eran horrorosas; las defunciones excedían a los nacimientos, conservándose sólo el equilibrio gracias a la inmigración rural.

De cuatro niños, tres morían antes de los cinco años. De los ingresados en hospicios y casas de beneficencias, pocos, muy pocos, llegaban a adultos.

Tanto se practicaba el abandono de los recién nacidos, que hubo necesidad de crear otros establecimientos para su socorro.

Desde la época de los Stuardos se trataba de limitar la población de Londres, que aumentaba en proporciones alarmantes, restringiendo el derecho a edificar.

Así, era espantoso el hacinamiento humano. La higiene pública y privada era deplorable, sobre todo, antes que se fabricaran tejidos de algodón, lavables, y a muy módicos precios.

Pero el factor más disolvente de la salud pública era el extraordinario abuso de las bebidas alcohólicas. Se animaba a los destiladores en interés de la agricultura. Por todas partes se vendía ginebra. Pasaron muchos años antes de que las leyes contra el alcoholismo fueran nada más que medianamente observadas.

Avisos eficaces

Un devoto señor neoyorquino dejó olvidado en la iglesia un lindo paraguas de seda y, sin perder momento, confiado en la eficacia de los avisos, insertó uno, en cierto diario de gran circulación, prometiendo magnífica recompensa al que le devolviera aquél.

Pero como transcurrieron los días y nadie se presentó con el paraguas, fuése el "yankee" a la administración del diario, lamentándose de haber perdido no sólo el paraguas, sino también el importe del aviso.

—Usted tiene la culpa—repuso el administrador.—Su aviso era estúpido.

—¿Cómo?

—¿A quién se le ocurre ofrecer una recompensa a un ladrón? El aviso debió redactarse así:

"He visto a una persona, cuyo nombre sé, apoderarse, en cierta iglesia, de un paraguas que no le pertenecía. Si el aprovechado señor quiere conservar su reputación de buen cristiano y evitarse un disgusto, debe, sin perder momento, llevar dicho paraguas a la calle High número 10."

Publicado el aviso, al siguiente día una docena de individuos fueron a devolver a la calle High paraguas sustraídos.

El aviso no pudo ser más eficaz.

Jorge Stephenson

Con motivo del centenario de la invención del ferrocarril, varios niños de la Escuela N.° 20, del Consejo Escolar IV, han escrito los pensamientos que transcribimos a continuación y que serán incluídos en el álbum que se depositará en la tumba de Jorge Stephenson:

La perseverancia, exclamaba Stephenson, ha sido siempre mi lema: sin ella nada habría conseguido; ella me hizo triunfar de todas mis miserias y me hizo feliz.—**Encarnación Codina.**

———

El amor a la ciencia lo sentía en tan alto grado que después que salía de la mina compoñía por la noche los zapatos de sus compañeros para poder comprar sus libros con lo que ganaba.—**Amelia Ageno.**

———

Deseoso de recibir la instrucción que sus pobres padres no habían podido proporcionarle iba por la noche a la casa del maestro del pueblo y durante el día mientras comía, estudiaba con gran entusiasmo.—**Antonia Fernández.**

———

Había instalado en su casa un pequeño taller donde pasaba largas horas estudiando y haciendo modelos de todas clases.—**Isabel Guerrero.**

———

La inteligencia, el trabajo, el valor y la perseverancia fueron las virtudes a las que debió sus grandes triunfos.—**José Cortona.**

———

Al fin se comprendió lo que había predicho Stephenson y que al principio ponían en ridículo, los hombres acabarán por viajar ellos mismos con la ayuda del carbón.—**Emilia Prada.**

———

El célebre Stephenson, hijo de humilde familia, fué el famoso inventor de la locomotora y por lo mismo iniciador de las vías férreas.—**Gerardo Gotti.**

———

Llegó Stephenson no sólo a salir de la miseria, sino a ser una de las glorias más puras de su país.—**Amelia Della Savia.**

———

Honremos la memoria del ingenioso inglés Stephenson inventor de la locomotora a quien se debe la reducción de la distancia y también el gran medio de transporte.—**Natalio Mineo.**

———

Fué un hijo cariñoso y bueno, pues mantenía y prodigaba toda clase de cuidados a su anciano padre que había perdido la vista en las minas y al que hizo feliz en sus últimos años.—**Julia Tevelevich.**

FRAY MOCHO

SE PUBLICA LOS MARTES

Oficinas: BOLIVAR, 879 — Buenos Aires

De 9 a 12 y de 14 a 18
Sábados: de 9 a 12

Ú. T. 428, B. Orden

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

En la Capital	En el Interior	En el exterior
Trimestre. . $ 2.50	Trimestre . $ 3.00	Trimestre $ oro 2.00
Semestre . . „ 5.00	Semestre. . „ 6.00	Semestre. „ „ 4.00
Año. . . . „ 9.00	Año. . . . „ 11.00	Año. . . „ „ 8.00
N.° suelto. . 20 cts.	N.° suelto. . 25 cts.	
N.° atrasado. 40 „	N.° atrasado. 50 „	

No se devuelven los originales ni se pagan las colaboraciones no solicitadas por la Dirección, aunque se publiquen. Los repórters, fotógrafos, corredores, cobradores y agentes viajeros, están provistos de una credencial de esta revista.

EL TEATRO — CRÍTICA - GLOSAS - HUMORISMO -

"MARTES DE CARNAVAL". EN EL SMART

Un argumento de película ha utilizado don Enrique García Velloso para desarrollar su pieza en tres actos "Martes de Carnaval", recientemente dada a conocer en el Smart por la compañía de Blanca Podestá. Lo enunciado basta para descontar que no debe buscarse en la nueva producción del conocido comediógrafo, ni caracteres en los personajes, ni excelencia en los diálogos. El cinematógrafo no admite nada de eso, ya que la acción tiene que ser vertiginosa, encaminada en pos del golpe de efecto que conmueva el sistema nervioso, de la misma manera con que ejecuta evoluciones el acróbata del circo.

Ni aún colocándonos en ese punto de vista, podemos elogiar "Martes de Carnaval", que la noche de su estreno, sea por la falta de agilidad de la interpretación, sea porque el asunto se desvía en episodios de poco interés, nos resultó pesado en muchos momentos. No basta tener la pupila de hombre de teatro para escribir una pieza agradable o emocionante; hay que poner interés creciente en las escenas y en este sentido "Martes de Carnaval" acusa fallas desde su primer acto, que participa más del sainete que del drama, por la intromisión de elementos cómicos que no llegan a comunicar alegría al espectador.

El toque melodramático, cuando llega, llega sin la fuerza necesaria para producir el efecto perseguido y es así que se desvirtúa la más importante finalidad de la pieza, que cobra, sin embargo, cierto interés relampagueante en el último acto, cuando se resuelve el conflicto.

Blanca Podestá realzó su personaje, bien secundada por las actrices señoras Vidal y Cainelli. El actor Ballerini reapareció en las tablas interpretando un tipo de italiano de sainete, sin poder imponerlo por falta de colorido del personaje.

El público aplaudió los finales de acto, sobre todo la escena con que se cierra la pieza.

"A. E. I. O. U." FUÉ ESTRENADA EN LA COMEDIA CON APLAUSO

La compañía española que actúa en la sala de la calle Pellegrini y que viene realizando una temporada discretísima, sobre todo después de la reincorporación del primer actor cómico Miguel Lamas, nos ha presentado con "A. E. I. O. U." una interesante fantasía lírica que, o mucho nos equivocamos, o está destinada a un largo cartel. Firma la letra J. Andrés de la Prada y ha puesto números de música el maestro José Padilla, uno y otro bien conocidos por su labor anterior.

Desde el primer cuadro, predispone favorablemente la pieza que nos ocupa, en la que se han combinado la mayoría de los recursos del género. Gran vistosidad presenta el primer cuadro, en que aparecen los mejores elementos femeninos del elenco, en punto a arquitectura física. Continúan después los demás cuadros, muchos de los cuales son bonitos a carta cabal y han sido presentados con el lujo en trajes y decorado a que nos tiene acostumbrados la empresa. La tiple Elena Antúnez es una de las figuras más interesantes y su labor siempre se destaca. En esta fantasía tiene ocasión de lucirse en varios momentos. También la Mir, que canta con gusto, sobresalió en un tango intercalado en uno de los cuadros finales, aunque nos parece que ese tango tiene poco de tal.

El actor Lamas, en un personaje muy ocurrente, también se hizo notar por su vis cómica, lo mismo que Amodeo y Quintanilla.

En resumen, un acierto ha sido "A. E. I. O. U.", que tiene fragmentos musicales muy agradables de Padilla, músico de inspiración que todos saben apreciar.

SE VA LA RIVAS CACHO

Pone término a su temporada del Avenida la compañía mejicana a cuyo frente está la gentilísima tiple cómica Lupe Rivas Cacho. Durante su actuación, el público en gran número favoreció los espectáculos, y el conjunto, muy discreto, nos hizo conocer interesantes aspectos del país hermano. Deja la Lupe y los suyos gratísimo recuerdo entre nosotros. Ella, sobre todo, se granjeó las simpatías de cuantos la vieron trabajar, no siendo muy difícil que vuelva a estas playas dentro de no muy largo plazo, lo cual celebraríamos.

DE ROSAS SE MARCHA A ESPAÑA

El inteligente actor Enrique De Rosas, después de dar sus funciones de despedida en el Cervantes, cuyo cartel cubrieron las obras "La máscara y el rostro", "La mala reputación", "Padre" y "Gualicho", se prepara a embarcar rumbo a España, debiendo debutar el 5 de noviembre en el teatro Goya, de Barcelona, con la segunda de las nombradas piezas.

En anteriores ediciones hemos aludido a la nueva cruzada artística del aplaudido comediante, el primero de los artistas argentinos que por segunda vez actuará en teatros de la península. Hoy sólo nos resta hacer nuestros mejores votos por el éxito de su gestión, aun cuando puede darse por seguro que De Rosas volverá a triunfar en España, de la misma manera con que triunfó hace dos años.

¡Feliz viaje, laureles y pesetas!

CONTINÚA DESCONOCIDA

El teatro, como la vida, suele ser paradójico, lleno de cosas raras... "Una mujer desconocida", la comedia de Aquino, a pesar de venir dándose hace ya bastante tiempo, continúa siendo desconocida para mucha gente que arrebata, o poco menos, las localidades a Carlitos Traversa, secretario simpático como pocos, con el objeto de conocerla. Esa misma gente, aunque parezca extraño, ve la obra, se entera de la desconocida y vuelve otra noche al teatro de Camila Quiroga. Quiere decir que la segunda vez ya no es desconocida, y, empero, la ve y la aplaude como si recién se enterara de su existencia.

Don Pedro B., doña Camila y cuantos están complicados en el suceso, encantados.

EN EL REINO DE VACCAREZZA

Mientras se extrae el jugo que aún le queda a "Conventillo nacional", la compañía Cicarelli-Corsini prepara las "nouveautés" que han de brillar en el cartel del Apolo. Si no ha sido destruída la sala por un terremoto, lo que desde luego no deseamos, a estas horas figurará en las carteleras "La costurerita que dió aquel mal paso", sainete de Mertens y De Rosa, cuyo estreno se ha ido postergando por el éxito de público de las piezas estrenadas últimamente. Luego vendrá "Gauchos viejos", de José Eneas Riú, ya aceptado por el director.

"LA LEY DEL CORAZÓN"

Tal es el título del drama de Folco Testena y Francisco Collazo, que mientras escribimos se ensaya precipitadamente y posiblemente se habrá ya estrenado al salir esta edición. La pluma de ambos autores, en particular la del periodista italiano, es conocida y goza de prestigios merecidísimos. No puede, pues, desconcertar a nadie que preveamos un buen resultado en el ensayo de legislación cordial que intentan Testena y Collazo. Claro que del punto de vista escénico, pues no creemos que pueda imaginarse ninguna ley para reglamentar los desbordes del órgano noble, siempre tan dispuesto a dejarse inundar por el amor.

EL APOLO, EN 1926

Ha quedado resuelto que en la próxima temporada ocuparán este escenario los elementos nacionales que dirige el popular sainetero Alberto Vaccarezza, al menos figurarán Cicarelli, Corsini y otros cómicos útiles que se han desempeñado bien en la actual "season".

NACIONAL

A menos que se haya resuelto una postergación después de hilvanar nosotros esta nota, ha debido estrenarse el viernes, por los elementos de Carca, la pieza grotesca "El organito", de los hermanos Armando y Enrique Discépolo, en la que tenían la compañía y la empresa, esperanzas de renovar el éxito de "Mateo".

LOS RATTI ACTUARAN, EN 1926, EN EL SMART

Ya se sabe qué sala albergará durante el año que viene a la compañía que encabezan los hermanos Ratti y de la que es empresario Traversa. Es el Smart, teatro que viene explotando el conjunto de Blanca Podestá hace varios años y por lo tanto no puede esperarse sino el apoyo del púbblico.

CASAUX

Más de lo que esperábamos, duró en el cartel la comedia "¡Qué suerte la de Bachicha!", milagro que sólo puede atribuirse al primer actor.. A estas horas ya debe haberse estrenado "El sabio de la familia", de Fernández Arias e Hicken, que comentaremos oportunamente.

MUIÑO AND ALIPPI

Esta conocida razón social, que tiene tanto de inglesa como nosotros de rentistas, continúa dando con éxito la revista "Sí que vamos bien", la que tanto por sus cuadros como por la presentación, demuestra un evidente progreso sobre aquella otra que se estrenó últimamente y que logró llegar a la centuria con la misma facilidad con que un galápago rengo puede correr los 4000 metros del clásico Pueyrredón. Y conste que este Pueyrredón no es el famoso ex ministro, que ya hace tiempo que dejó de ser clásico, aunque más bien fué siempre romántico. Pero no divaguemos... Ello es que la revista del Buenos Aires va bastante bien, respondiendo a su nombre.

La primera novedad que nos ofrecerá el simpático ambo, será un sainete de González Castillo y Collazo, titulado "Pocas ganas". Son dos firmas que bien merecen una esperanza, por lo que nosotros iremos al estreno con gafas verdes.

RENOVACIÓN

Angelina Pagano fué recibida en el Liceo después de su viaje helénico, con el cariño que ella merece. El cartel de este teatro debió ser renovado el viernes último con el estreno de una pieza en tres actos titulada "Mentiras convencionales", de la que es autor el señor Emilio Bastida. En la misma función se representará, también por primera vez, una pieza en un acto de Luis García Lynch, rotulada "Jaulas de oro". De ambos estrenos, si han llegado a consumarse, nos ocuparemos circunstanciadamente en el número próximo.

UN FAROL QUE SIGUE ALUMBRADO

Como habíamos previsto, el éxito de "Aladino o la lámpara maravillosa", de Julio F. Escobar, ha evitado en el Sarmiento en la pasada semana el consabido estreno de los viernes. El barómetro de este teatro lo constituye ese día. ¿Hay estreno? Mal día. ¿No lo hay? Bonanza. Los Ratti están, pues, en bonanza y esta se debe a la pieza de Escobar que constituye uno de los mejores éxitos de esta compañía en la actual temporada. Pero seamos justos, no todo se debe al autor. Los dos Ratti y Chela Cordero le ayudan empeñosamente y realizan una labor que es una colaboración muy estimable. Pero hay algo más también. Un tango del maestro Peressini, que es bisado en todas las funciones.

LOS MONSTRUOS DE LA TEMPORADA

Estos fenómenos son dos y están en exhibición en el teatro Maipo. Uno de ellos tiene cerca de trescientas cabezas y el otro anda a inmediaciones de las doscientas. El primero se llama "Las alegres chicas del Maipo" y el segundo "Me gustan todas". Entre los dos llenan el cartel de este teatro y con este cartel se llena la sala. Las innovaciones últimamente introducidas en algunos cuadros, han reforzado la estabilidad de ambas obras y por los llenos que todavía facilitan es de presumir que la cosa seguirá por mucho tiempo.

TERMINACIÓN DE LA TEMPORADA

La compañía lírica española que ha actuado con excelente éxito en el Argentino durante casi toda la temporada, anunciaba para el domingo pasado sus últimas funciones. Durante esa semana de despedida se han ido beneficiando todas las primeras figuras del conjunto, que son muchas y buenas: Amparo Aliaga, Clotilde Aovira, Casenave, Sabarté, Hernández, etc., etc. Los citados, incluso los dos etc., suman siete y como la pasada semana no contaba con un número mayor de días, nos abstenemos de citar más nombres para no incurrir en error.

Como balance podemos decir que con "Doña Francisquita", "Los gavilanes", "El sol de Sevilla" y "Cándido Tenorio", principalmente, ha llenado la sala durante muchas noches dando lugar al lucimiento del valioso conjunto.

LAS POCHADES DEL IDEAL

El efecto personal que se atribuye en "Las píldoras de Hércules" a ese producto farmacéutico, lo ha dado la obra en el teatro a que nos referimos. Lo han tonificado eficazmente, haciendo que un público muy numeroso acuda todas las noches a divertirse con las ingeniosas escenas de la hilarante pochade. Por su parte, "Mi lindo Julián", ayuda todo lo que puede.

Se anunciaba como primera novedad de esta compañía que acaudilla el popular actor Daglio, el estreno de una pieza francesa del mismo género, adaptada a nuestro ambiente por Rodolfo de Puga, arreglador de "Las píldoras". La nueva obra llevará el título bien castizo de "Una noche de garufa".

UNA NUEVA REVISTA

Aunque la compañía bataclanesa que actúa en el Florida largó tarde, figura en buen lugar dentro del pelotón que va corriendo en buen tren y que está por llegar al disco. Como dijimos, se trata de un conjunto muy discreto que presenta con buen gusto sus revistas, las cuales no son ni mejores ni peores que las demás, dentro de la relatividad de las cosas que nos ha enseñado papá Einstein. Para reemplazar a la que afloje primero, se estaba ensayando con mucho cuidado una nueva producción de Weisbach, Doblas, Bellini y el maestro Palacios (¡qué compromiso si el maestro llega a ser Bellini!), con la que se espera afianzar la temporada y esperar sin temores el final.

RAYOS Y TELAS

La compañía de la Olona ha corrido con toda fortuna los grandes temporales desencadenados en el Mayo. "El rayo", de Muñoz Seca y Pérez Fernández, caía todas las noches en la escena, pero no caía del cartel. La graciosísima obra ha constituído un gran éxito. Después fué reprisada "La tela", según se anunciaba y creemos que se habrá cumplido la promesa.

Para dar más fuerza al elenco fué contratada y debutó con envidiable acogida la característica Mercedes Escribano, que ha quedado definitivamente incorporada al conjunto.

"UN HOMBRE FELIZ"

El aplaudido autor chileno Armando Mook y el culto periodista René Garzón, han puesto la sacramental palabra "telón" a una pieza con la que inaugurará su temporada veraniega el actor Carlos Perelli, actualmente en la compañía del Ateneo.

Ha de ser buena sin duda. Dos hombres inteligentes y de espíritu cultivado no pueden hacer una tontería. Esperamos el estreno convencidos de ello.

GRAND SPLENDID

Magníficas películas exhibirá en la corriente semana este bellísimo cine, al que concurren las familias más calificadas de nuestra sociedad. Más que un cinematógrafo, el Grand Splendid es un punto de cita para la gente sociable, culta, fina, distinguida. En este sentido no tiene rival ,porque en esta sala no hay mezcolanzas.

CAPITOL

Muy bonitas películas se pasarán en esta semana, pudiendo preverse el éxito de las funciones, que se caracterizan por la selección del público y el sello de distinción de las familias asistentes.

CORREO TEATRAL

Rosita Lila. V. Ballester.—Nos gusta su "comedia". La intriga está bien, pero usted está mejor. Tenemos un dato inquietante: nos dijeron que de cerca habla en árabe y que es adorable hasta cuando estornuda. ¡Ah! Le hemos asignado el número 11 de turno, para el cartel de la temporada...

Incógnita.—¡Qué bonito seudónimo! Pero no hacía falta: toda mujer es un enigma. Si no fuera así ningún hombre se enamoraría...

R. A. T. Trenque Lauquen.—Usted se domicilia fuera del radio de nuestro corazón. Múdese a Buenos Aires y... veremos.

Angel S. P.—Nos parece muy bien su idea de que la compañía de Ratti dé algunas representaciones de sainetes griegos, ahora que está de moda eso. No conocemos el lunfardo ateniense, pero si tiene ciertas concomitancias con el catamarqueño, le brindamos la oportunidad de que se luzca corriendo con la traducción.

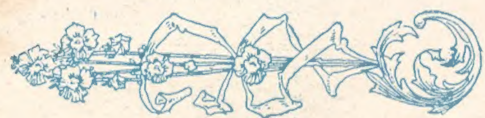
Rodolfo.—Bueno, bueno, bueno. Que lo pase bien.

Julio César Z.—Nominalmente, será usted todo lo emperador que quiera, pero en cuestiones teatrales, permítanos la franqueza, no pasa usted de las pantorrillas de la más minúscula de las bataclanas porteñas.

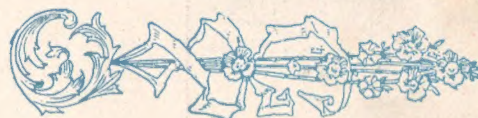
R. S. T.—Gracias.

FOTOGRAFIA ARTISTICA





NEUQUEN. — Laguna y puerto en el parque del doctor Plottier





Un detalle de los viñedos del mencionado parque.

Fots. J. C. Dantiacq.

Cía. Gral. de Fósforos. Tall. Gráficos P. Colón 1266, Buenos Aires.
Industria Argentina.